REBECCA YARROS

LEGACY

Donde todo es posible



Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. RIVER

2. AVERY

3. RIVER

4. AVERY

5. RIVER

6. AVERY

7. RIVER

8. AVERY

9. RIVER

10. AVERY

11. RIVER

12. AVERY

13. RIVER

Epílogo. Avery

Créditos

Legacy
Donde todo es posible

Rebecca Yarros

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Planeta

A Christina, la corredora,
por los cafés con hielo, las visitas de intendencia,
las magdalenas, las llamadas telefónicas;
por mantenerme cuerda y sacarme de mi coraza.
Eres la madre que siempre he querido ser.

1

RIVER

Por mi puta vida, estaba agotado.

Entornando los ojos para protegerme de la luz intensa, salí de la casa de la unidad de bomberos forestales Sol de Medianoche a las 22:45. En mi vida había visto un nombre más adecuado para una unidad forestal.

Llevábamos ya siete años allí, desde que me habían dado plaza en la Universidad de Alaska, pero el sol nocturno de finales de julio aún me pillaba por sorpresa de vez en cuando.

Supongo que mi cerebro seguía en modo Colorado.

—¡Joder, qué largo se me ha hecho este, Riv! —me dijo Bishop, pasándome el brazo por el hombro y estrujándome.

Me había hecho lo mismo después de cada incendio al que habíamos acudido juntos. Sabía que le fastidiaba que hubiera decidido llevar aquella vida con él. ¿Qué pensaba que iba a hacer, dejar que mi hermano mayor siguiera los pasos de mi padre y no acompañarlo? ¡Ni de coña! En cuanto tuve edad suficiente, solicité el puesto y me deslomé en la universidad para sacarme el grado de Forestales, y allí estábamos los dos.

—Me alegro de que haya terminado. Por un momento, la cosa se ha puesto chunga.

Desbloqueé las puertas de mi F250 mientras él me alborotaba el pelo como si fuéramos unos críos. Unos mechones de aquella mata de recio cabello oscuro se me quedaron enganchados en la barba de tres días en cuanto el pelo volvió a caerme por la cara. Yo, como mucho, podía llevarlo por la barbilla; no entendía cómo se las apañaba Bishop con aquella melena por la espalda.

«Nuestra madre es cheyene» era su explicación.

—Sí, se ha puesto chunguísimo —reconoció él—. Siempre puedes buscarte un trabajo más fácil en los Servicios Forestales, sin incendios, con un horario decente, un paisaje bonito... —me dijo antes de desbloquear las puertas de su camioneta.

—Que te lo has creído tú —contesté, y lancé la bolsa manchada de tierra a la zona de carga.

—Ojalá lo hicieras —masculló.

—¿Gim mañana? —pregunté ignorando la pullita, porque, aunque Bishop solo tuviera tres años más que yo, se tomaba muy en serio su papel de hermano mayor.

—Como siempre —contestó, y se subió al coche.

Hice lo mismo, me instalé al volante y cerré la puerta. Arranqué el motor y enfilé la carretera para salir de Fairbanks en dirección a mi casa de Ester.

Bishop me metía mucha caña en el gimnasio. «Ya puedes correr más que el fuego», solía decirme, y me presionaba como si las llamas me lamieran los talones constantemente.

Tampoco es que me importase el cuerpazo que se me estaba poniendo, que garantizaba la atención de un buen puñado de mujeres.

Claro que, aunque yo sin duda había catado el bufé de féminas de la zona, mis conquistas no eran nada comparadas con las de Bishop.

En cambio, en una cosa estábamos igual: ninguno de los dos había salido con una mujer más de seis meses o así. Bishop las dejaba en ese tiempo, y yo..., bueno, terminaban deduciendo que no eran mi prioridad y, claro, me dejaban ellas a mí.

Cuando tomé el desvío de la Ruta 3 hacia Ester, el sol empezaba a ponerse por fin. ¡Por Dios, si eran las once! Echaba de menos las noches cálidas de verano bajo las estrellas en Colorado. Las auroras boreales eran flipantes, sí, pero... no era lo mismo.

«No te quejes del sol, que dentro de nada será de noche casi todo el día».

En el aparcamiento del Golden Eagle Saloon había una plaza libre. La ocupé y, en cuanto apagué el motor, bajé de un salto de la camioneta.

Todo mi ser olía a humo y a diez días de trabajo incesante como bombero, pero sabía que ella se pondría de los nervios si no pasaba a verla.

Además, yo estaba deseando verla.

La música sonaba a tope cuando entré en aquella taberna clásica montada en una cabaña de madera. Había bastante gente para ser un sábado por la noche.

—¡River! —me gritó Jessie Ruggles desde la barra, con una faldita muchísimo más corta de lo que necesitaban esas piernas suyas interminables. No me quejaba, que conste—. ¿Habéis vuelto todos a casa enteros?

—Sí, intactos —contesté—. ¿Has visto a...?

—¡River!

Me volví hacia aquella voz y me topé enseguida con cuarenta y cinco kilos de perfección. Ella aseguraba que eran más, pero yo no me lo creía.

Avery dio un salto y la atrapé al vuelo sin problema. Me enroscó los brazos en el cuello, encajándome uno en la nuca de aquella forma que siempre me derretía.

—Estás bien —susurró muy cerca de mi cara.

Aun estando en el bar, olía de maravilla, a manzanas y canela caliente.

—Estoy bien, Avery —le prometí, pasándole las manos por la espalda—. Todos lo estamos.

Ella asintió, pero no dijo nada, solo me apretó un poco más fuerte. Había vuelto a casa de innumerables incendios desde que era mi mejor amiga, y siempre me recibía así.

No había nada mejor en todo el planeta.

Siempre me quedaba allí plantado, en medio del bar, dejando que me abrazara todo lo que quisiera, más que nada porque no me cansaba nunca de tenerla en mis brazos.

Avery Claire era mi mejor amiga desde los dieciocho años.

Y yo estaba enamorado en secreto de ella desde entonces.

Quizá algún día pudiera decírselo, pero aún no era el momento. Claro que el año siguiente tampoco pintaba bien...

Inspiró hondo una vez más, se deslizó por mi cuerpo y, en cuanto posó los pies en el suelo de madera, retrocedió un poco. Entonces me miró de arriba abajo, en busca de cualquier cosa que pudiera parecerse a una herida, se colocó la larga melena rubia por detrás de las orejas y asintió con la cabeza, satisfecha.

Avery tenía la tez tan clara como yo oscura; su piel era pálida, mientras que el sol y mi herencia cheyene materna bronceaban la mía. También era tan menuda como yo corpulento, curvilínea donde yo era recto, y aquellos shorts que llevaba no disimulaban para nada sus piernas bien torneadas.

—¿Ves?, estoy perfectamente —comenté con una sonrisita.

—¿Me lo prometes? —inquirió, frunciendo aquellos preciosos ojos azules.

—Huelo a humo y estoy agotado, pero sigo de una pieza. De hecho, iba para casa, pero he supuesto que esta noche trabajabas...

—... y que te montaría un pollo si no me avisabas de que ya habías regresado.

—Podría haberte mandado un mensaje.

—No es lo mismo —repuso, y se le ensanchó tanto la sonrisa que casi iluminó el mundo con ella—. Me alegro de que estés de vuelta.

—Y yo. ¿Zeus me ha echado de menos?

—Tu husky es el perro más ñoño y llorón que he conocido en mi vida, pero sí, lo tienes en casa, contento y con la tripa repleta de premios.

—Es como un niño grande —reconocí.

—Igual que su dueño —bromeó ella.

—Avery, ¿qué tal si sigues trabajando? —le soltó Megan desde detrás de la barra con su voz ronca de fumadora. Era una mujer atemporal que se había quedado congelada en los cincuenta y tantos. No había cambiado nada desde que yo había llegado allí, hacía siete años.

—Sí, sí —respondió Avery—. Perdona, tengo que dejarte.

—Lo sé, tranquila. Te veo mañana...

—¡Riv! —Adeline vino corriendo a mí, hecha una maraña de pelo y rodillas nudosas.

La atrapé al vuelo también y la abracé con fuerza.

—¡Hola, Addy! ¿Qué haces aquí?

Ella se apartó y miró de reojo a Avery.

—Iba a quedarme en casa de Stella, pero ha tenido que salir de viaje con sus padres.

Asentí y, al mirar de reojo a Avery, vi que se mordía el labio inferior. Sabía que le fastidiaba llevarse al bar a su hermana, que solo tenía trece años, pero lo prefería a dejarla en casa sola con su padre.

—¿Por qué no te quedas esta noche en mi habitación de invitados? —pregunté.

Ella abrió mucho los ojos, emocionada.

—¿Me dejas ver *Juego de tronos*?

—Ni hablar —contesté—. Pero creo que tengo todos los episodios de *Arrow*.

—Me vale. Stephen Amell está buenísimo.

—Si tú lo dices... —contesté sonriente.

Addy siempre me hacía sonreír.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó Avery, nerviosa.

Me dieron ganas de cogerle la cara con ambas manos, acariciarle las mejillas con los pulgares y plantarle un beso tierno en los labios. En cambio, le apreté la mano.

—Claro que no. Vente cuando acabes. Te quedas a dormir con Adeline y mañana desayunamos los tres por ahí...

Ella asintió con una sonrisa.

—Vale. Cierro a las dos y voy para allá.

Habría dicho lo que fuera por verla así, despreocupada y feliz. Siempre estaba guapa, pero, con aquella sonrisa, la veía guapísima y no me cansaba de mirarla.

—Tienes llaves, entra sin llamar. ¿Nos vamos, Addy?

—¡Sí!

Su entusiasmo me hizo reír de nuevo.

—Vale, tampoco te emociones, que igual Zeus quiere dormir contigo y huele a perro.

—Ya, pero mola y da calorcito.

—Eso es verdad —reconocí, y luego me volví hacia su hermana mayor—. ¿Nos vemos por la mañana?

Avery asintió y se puso de puntillas para abrazarme, la única forma de salvar la diferencia entre mi metro noventa y seis y su metro sesenta y nueve.

—Gracias por acogerla —me dijo, apretándome fuerte—. No podía dejarla allí sola. Por las noches se pone muy violento.

«Cuando bebe».

—De nada —contesté, le devolví el abrazo y la dejé seguir con el trabajo.

Luego me llevé a Adeline.



—Me encanta tu casa —dijo Addy mientras subíamos los escalones del porche.

—No es tan grande como la tuya —contesté yo metiendo la llave en la cerradura.

La había construido yo mismo, con ayuda de Bishop y de unos obreros a los que habíamos contratado, claro, y me encantaba el diseño de cabaña tradicional que escogí, aunque no fuera gran cosa.

—Pero parece más un hogar que la mía —repuso ella cuando abrí la puerta.

—¡Eh! —Zeus salió disparado por la puerta y me derribó. Con sus más de cincuenta kilos sobre mi pecho, me dejó sin aliento y empezó a darme lametones en la cara, lloriqueando—. Sí, yo también te he echado de menos, colega —lo tranquilicé, acariciándole el grueso pelaje.

Me miró con cierta desaprobación en aquellos ojos azules, como si yo pudiera controlar la duración de los incendios, y luego me dejó levantarme. Le masajeé la cabeza unas cuantas veces más y empezó a perdonarme.

—Vuelve cuando termines —le dije, y salió escopeteado hacia el bosque.

No estaba mal tener cuatro hectáreas de terreno solo para mí.

Me llevé dos dedos a los labios y planté un beso en la foto enmarcada de mi padre que tenía colgada nada más entrar en casa.

Había que mantener algunos rituales, y ese era uno, desde luego.

—Ya estoy en casa, papá.

—¿Por qué haces eso? —quiso saber Addy.

—Porque siempre le cuento que sigo entero cuando vuelvo de trabajar en un incendio —le expliqué, y pasé de largo el recibidor, cargado con mi equipaje.

—¿Porque él no lo consiguió?

Aquella pregunta inocente me pilló desprevenido.

—Eso es. Murió junto con toda su unidad, la brigada de élite de Legacy, en un incendio que asoló nuestro pueblo.

Addy miró la foto de mi padre, vestido con su equipación de bombero, y luego a mí.

—¿Cuánto hace de eso? —quiso saber.

—Diez años.

«Diez años y un par de semanas», me dije.

—Qué pena. Lo siento mucho.

—Gracias. Es duro perder a un padre o una madre, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo no me acuerdo de mi madre, la verdad, así que... —repuso encogiéndose de hombros.

—No creo que eso lo haga más fácil. Una pérdida es una pérdida.

Me dio la razón con la cabeza y escudriñó la foto de mi padre.

—Era guapo.

—A mi madre se lo parecía, desde luego. —Se habían querido de una forma que me había hecho pensar que yo no podía conformarme con menos—. Aún tienes tus cosas en la cómoda —le dije a Addy mientras entraba en el salón.

No era la primera vez que se quedaba a dormir en casa cuando Avery tenía turno de noche, ni sería la última.

—¡Gracias! —contestó, y se metió en el cuarto de invitados, donde estaba el televisor de setenta pulgadas que había comprado casi exclusivamente por ella.

Quería muchísimo a Avery, pero Adeline era mi debilidad.

Zeus lloriqueó al otro lado de la puerta y lo dejé entrar; luego llevé mi bolsa al cuarto de la colada.

Como de costumbre, toda mi ropa olía a humo, pero en realidad no me molestaba hasta que llegaba a casa. En cuanto entraba, me faltaba tiempo para quitarme el pestazo de la piel, del pelo, de la ropa. Lo metí todo en la lavadora, eché detergente y la puse en marcha. Con suerte, el primer lavado se llevaría el olor del incendio.

Me hizo falta una ducha larga para conseguir lo mismo con mi cuerpo.

Ya limpio, cogí una cerveza de la nevera, puse la tele para ver qué pasaba en el mundo y, plantándome el portátil en el regazo, eché un ojo a las redes sociales. Zeus se acurrucó a mi lado y yo lo acaricié distraído mientras curioseaba.

«Drama».

«Drama».

«Un bebé monísimo».

«Drama».

«Joder, ¿cuándo se ha casado?».

Hacía tanto que me había ido de Colorado que había perdido por completo el contacto con aquella realidad.

Al cabo de unos minutos, cerré el ordenador, dejando atrás a mis amigos, tanto a los de la universidad como a los de Colorado, cambié de canal y desconecté del mundo un ratito.

Había salido ileso de otro incendio. Miré la foto de mi padre y le dediqué un brindis con el botellín de cerveza. Luego le di un trago largo y recosté la cabeza en el sofá.



—¿Riv...?

Aquella voz suave me sorprendió y levanté la cabeza mientras alguien me quitaba la cerveza de la mano.

—¿Avery? —pregunté, con la voz pastosa a causa del sueño.

—Sí —contestó, acariciándome el pelo—. Te has quedado frito.

—Mmm... —repuse cediendo a sus caricias—. ¿Qué hora es?

—Las dos y cuarto.

Me incorporé y me desperecé.

—¡No me jodas!

—Estarás agotado —dijo Avery acurrucándose a mi lado.

La envolví con un brazo y, con el otro, le eché una manta por encima.

—Pues sí —reconocí—. Y fijo que tú también.

—Ajá —respondió, e instaló la cabeza en aquel sitio de mi pecho en el que encajaba a la perfección mientras soltaba un bostezo tremendo.

«Hazlo ahora». Siempre que iba a un incendio me juraba que, al volver a casa, le contaría lo que sentía.

Sabía que ella no buscaba una relación, que pensaba que solo tenía tiempo para cuidar de su padre, casi postrado en una cama, y que cumplir con sus dos trabajos y criar a su hermana prácticamente sola eran sus únicas prioridades... Pero quería que supiera que ella era mi única prioridad.

Y si la cosa se complicaba, si se ponía chunga, entonces, ¿qué? Yo no iba a irme a ninguna parte, y ella tampoco. Ya encontraríamos un modo de arreglar lo que fuera.

Además, aunque pasaran los años, yo no querría a nadie más; eso lo tenía claro. Todas mis relaciones fallidas me habían demostrado que no existía reemplazo posible para Avery Claire.

Inspiré hondo e intenté echarle huevos.

—Oye, Avery...

No contestó.

Me moví lo justo para ver que tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, y que respiraba de forma profunda y regular. Se había dormido.

Debería haberla llevado a su cama, pero apoyé la cabeza en el sofá y disfruté de la sensación de quedarme dormido con ella entre mis brazos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando alguien aporreó la puerta de la cabaña. Me incorporé sobresaltado y por poco tiro a Avery al suelo.

—¿Quién cojones...? —mascullé, mirando por la ventana.

Ya era de día, claro que en Alaska eso no significaba mucho.

—¡Joder, que son las ocho! —exclamó Avery, desperezándose a mi lado.

No me fijé en cómo la camiseta de tirantes se ajustaba a sus pechos ni en su bostezo soñoliento, con el que doblaba la lengua como un gatito. Tampoco me imaginé colocando de inmediato su cuerpo calentito bajo el mío, ni despertándola del todo con un orgasmo que hiciera que aquella voz ronca gritara mi nombre.

No, qué va.

«Joooder».

Seguían aporreando la puerta, así que me levanté y fui al recibidor, donde ya estaba Zeus, meneando la cola. Abrí y el perro salió, pasando como una bala al lado de Bishop, que me miraba con los labios apretados.

Aquella cara nunca era buena señal.

—Menudo perro guardián tienes —comentó mientras entraba.

—Zeus sabía que eras tú —respondí—. Además, tengo veinticinco años. No seas peñazo, que solo me sacas tres.

—Ya —contestó él, mirando la foto de nuestro padre antes de irrumpir en el salón.

Si con aquel comentario no saltaba, era porque pasaba algo muy chungo.

—Hola, Avery —saludó hacia la cocina, donde ella estaba haciendo café.

—Bishop... —contestó con una sonrisa—. ¿Un café?

—Me vendría de perlas —respondió mi hermano, y se volvió hacia mí—. ¿Estás despierto?

—Te he abierto la puerta, ¿no? —Me crucé de brazos—. No habíamos quedado hasta dentro de dos horas. ¿Qué haces aquí?

Él apretó la mandíbula.

—Me han llamado esta mañana temprano.

—¿Quién?

Como no fuera una llamada de ultratumba de nuestro padre, no veía motivo para que me hubiera arrebatado tan bruscamente de los brazos de Avery.

—Sebastian Vargas.

—¿Bash? ¡No me jodas! —Negué con la cabeza, convencido de que había oído mal—. ¿Ha pasado algo en casa?

¿Por qué iba a llamar Bash? Él estaba en una unidad de bomberos forestales en California. ¡Se había ido de Legacy a la vez que yo!

Bishop tragó saliva y apretó los puños.

—Van a resucitar la brigada de élite.

Me quedé pasmado.

—¿Cómo? Repítelo.

Él asintió.

—Ya, a mí ha tenido que decírmelo unas seis veces. No me lo he creído hasta que Emerson Kendrick se ha puesto al teléfono.

—¿Emmy también está en esto?

Tanto el padre de Emerson como el de Bash habían muerto con el nuestro. Los habían enterrado juntos en los montes de Legacy.

—Parecía imposible, pero han conseguido que el ayuntamiento acceda con una condición.

—¿Cuál?

Me asaltaron todas las emociones posibles y me llené de incredulidad, de esperanza, de orgullo y de cierto recelo.

¿Era buena idea resucitar una brigada que había perecido casi entera en un incendio? ¿Sería una forma de hacerle justicia? ¿Estaría la nueva brigada condenada a sufrir el mismo destino que la de nuestros padres? Habíamos enterrado a dieciocho de los diecinueve que la formaban.

Y, aunque era cierto que no habíamos querido otra cosa en los primeros cinco años después de la tragedia, como el tiempo iba pasando y nos lo habían negado una y otra vez, bueno..., lo habíamos dejado por imposible.

—La brigada tiene que estar compuesta principalmente por descendientes de bomberos, de hijos de los miembros originales.

Me quedé allí plantado, contemplando a mi hermano mientras lo digería. Él cabeceó despacio, como si entendiera lo mucho que me estaba costando procesar la noticia.

Luego miré a Avery, que sacaba una taza humeante de debajo de la cafetera Keurig.

—Dilo —gruñí, consciente de que sus siguientes palabras iban a hacer pedazos todos mis planes.

—Nos necesitan. Si queremos resucitar la brigada de élite de Legacy..., hay que volver a casa.

«Me cago en mi vida».

2

AVERY

«¿Cómo que hay que volver a casa?».

La idea de que River fuera a marcharse a algún lado bastó para producirme náuseas. A lo mejor lo había oído mal. Quizá Bishop no lo dijera en serio. Puede que aquella cara de pasmo de River significara algo completamente distinto.

El calor que irradiaba la taza acabó quemándome la mano antes de que reparara en que aún la sostenía. Bordeé la barra de desayuno que separaba la cocina del salón y le di la taza a River, que me miró con sorpresa en los intensos ojos pardos y masculló un «gracias».

—¿A qué se refiere? —le pregunté.

Él se volvió hacia su hermano, apretando la potente mandíbula. Tan serios los dos, se parecían más que nunca. Su genética cheyene era dominante y se reflejaba en sus rasgos afilados, su nariz prominente, sus pómulos grandes y su pelo negro azabache, solo que Bishop era dos o tres centímetros más alto que su hermano pequeño, y River tenía al menos quince kilos más de músculo, de músculo cincelado e irresistible.

«No pienses así en él».

—¿A qué te refieres exactamente? —le preguntó River a Bishop.

Se me tensó el cuerpo entero.

—A que tendríamos que volver a Colorado —contestó el otro, mirándome, aunque mis ojos seguían clavados en River, que cabeceó despacio, como si aún procesara los detalles.

Eso era muy habitual en él: jamás tomaba una decisión sin pensárselo bien.

—¿Y no pueden prescindir de nosotros? —preguntó.

—No, ya les va a costar llegar al sesenta por ciento requerido. Bash me ha dicho que todavía no está claro el cupo final.

—¿Cuánto tiempo tiene para dar nombres?

«Un año, di un año».

Me aumentaron las náuseas.

No concebía una vida sin River. Ya se me hacía cuesta arriba que pasara días y días en un incendio.

—Dos semanas.

Vale, iba a vomitar. Debí de hacer algún ruido, porque River me pasó el brazo por los hombros y me estrechó contra su cuerpo, donde hasta entonces creía que siempre iba a encontrar refugio. No estábamos juntos ni nada, pero él era una parte esencial de mi mundo.

—Dos semanas —repitió, acariciándome el brazo.

—La asamblea solo les ha dado hasta la ceremonia.

—Joder, qué oportunos —protestó River.

—No me estoy enterando —intervine en voz baja.

River me lanzó una de sus miradas superintensas, con el ceño fruncido.

—¿Te acuerdas de que voy a Colorado dentro de un par de semanas?

Asentí.

—Pues ese es el plazo que le han dado a Bash —terció Bishop—. Se lo están poniendo lo más difícil posible, aunque cubra él todos los gastos. Las instalaciones ya están listas, solo falta la dotación.

—Joder, sabía que Bash tenía pasta, pero taaanta... —River inspiró hondo y soltó el aire despacio—. Vale, entonces, si volvemos, podemos resucitar la brigada de élite de Legacy.

—Ese es el plan.

—¿Y si no...?

—No lo conseguirán. No hay forma matemática de conseguirlo sin nosotros dos.

River soltó una carcajada socarrona.

—Y tú no querías que apagara fuegos...

—Y sigo sin querer. Esto no es una orden, sino una decisión.

—¿Tú te apuntas? —preguntó River.

—Yo sí —contestó Bishop.

Se me aceleró la respiración. Si Bishop iba...

—Entonces, yo también. No voy a dejarte solo. Nos cuidamos el uno al otro, ¿no es eso lo que me dices siempre?

Sentí una punzada de dolor tan intensa que creí que la emoción me quemaría los nervios, como si me hubiesen marcado a fuego el alma.

—Sí —contestó Bishop en voz baja—, pero ¿seguro que eso es lo que quieres?

Me miró a mí otra vez, como si fuera a influir en la decisión de River.

Yo nunca había cruzado la línea que me habría otorgado voz y voto; tampoco había cedido a la química intensa que había entre nosotros ni al anhelo que había sentido siempre. No habría sido justo por mi parte, con las responsabilidades que llevaba a la espalda.

Él merecía algo mejor.

River me agarró más fuerte.

—Estamos hablando de papá, Bishop. En realidad, no nos queda otra. Era su unidad y es nuestro hogar. Si hay posibilidad de resucitar la brigada de élite de Legacy, no voy a quedarme al margen.

Se acabó.

Se iba de Alaska.

Me dejaba.



—¿Dónde cojones estabas? —me increpó mi padre cuando Adeline y yo entramos en casa.

Ella se encogió de miedo, pero sonreí para tranquilizarla.

—Ya me ocupo yo de él.

—¿Estás bien? —me preguntó Addy.

—Sí —mentí—, ¿por qué?

—Llevas conteniendo las lágrimas desde que hemos salido de casa de River. ¿Habéis discutido?

Le pasé un mechón de pelo rubio por detrás de la oreja.

—No, River y yo estamos bien. Además, nunca hemos tenido ese tipo de relación.

—Pues deberíais —replicó ella mientras se iba.

Era mi mejor amigo.

Tampoco es que nunca hubiera pensado en que... me hiciera suya de verdad. A fin de cuentas, me sabía de memoria hasta el último relieve de su cuerpo, cómo se le fruncían los ojos al sonreír de oreja a oreja... ¡Si incluso había protagonizado alguna de mis fantasías más sonrojantes! Pero yo vivía en el mundo real.

—¡Avery! —me gritó mi padre desde el salón.

Un mundo real en el que estaba mi padre. Inspiré hondo, me armé de valor y entré.

—¿Sí, papá...?

—¿Dónde cojones estabas? —repitió—. Ni siquiera te has molestado en pasar por casa después del trabajo.

Estaba tirado en el sofá, con la ropa del día anterior y apestando a alcohol, o igual era por la botella casi vacía de Jack Daniel's que tenía al lado, en el suelo. La mesita de centro estaba llena de restos de comida, todos a su alcance.

—Hemos pasado la noche en casa de River —le dije recogiendo los platos.

—Tendrías que haber estado aquí, no tonteando como una cualquiera con ese Maldonado.

Ni se molestó en mirarme, siguió viendo *Family Feud*. Aunque ¿qué sabía él lo que era una familia? Para mi padre, esa palabra solo incluía a mi madre y, desde su muerte, bueno..., mi hermana y yo no significábamos gran cosa.

—Solo somos amigos, papá —contesté, y me llevé los platos a la cocina.

—¡Y una mierda! Tráeme las medicinas, anda —me pidió, de pronto todo ternura.

Dejé los platos en la pila y abrí el agua caliente para ablandar los restos resecos y encostrados. Luego me agarré al borde de la

encimera, agaché la cabeza e inspiré hondo varias veces.

River se iba, y mi vida era la que era.

Ya no habría pequeños instantes de felicidad con sus carcajadas, contemplando las estrellas con él, aprovechándome de la comodidad de sus brazos bajo el disfraz de la amistad. Todo eso había terminado.

Sentí como si me machacaran el corazón, como si me lo estrujaran hasta desangrarlo. La vida que llevaba no era nada glamurosa, ni siquiera satisfactoria. Solo obligaciones, bien con Adeline, bien con el cuidado de mi padre.

«Obligaciones».

Planté el bote de pastillas en la encimera con más fuerza de la que pretendía.

«Obligaciones».

Desenrosqué el tapón y oí a mi padre gritarme otra vez porque tardaba demasiado.

«Obligaciones».

Nada de esto me había importado la noche anterior, porque aún tenía mi pequeño refugio: River.

Pero, de pronto, viendo el rumbo que tomaría mi vida, el vacío se me hizo abrumador.

—¡Avery! —me chilló.

—Sí, papá, ya voy —contesté, consciente de que, si no iba, los gritos se convertirían en alaridos y luego empezaría a tirar cosas. Y, si me hartaba y le decía que viniera a por ellas, terminaría rompiendo algo. A nosotras no nos haría nada, nunca nos había puesto un dedo encima, pero destrozaría lo que más queríamos para dejar claro quién mandaba.

Nuestra madre había muerto en el accidente de tráfico que le había dejado la columna rígida a nuestro padre, y nosotras íbamos a pagar eternamente esa desgracia, la pena infinita de él y la pérdida de su empleo en el cuerpo de policía.

A fin de cuentas, cuando ocurrió, iban de camino a buscarnos a casa de la abuela, donde habíamos pasado el fin de semana. Para mi padre, si no hubiéramos nacido, mi madre seguiría viva y él continuaría entero y aún podría trabajar.

Yo lo tenía clarísimo, aunque él nunca fuera a reconocerlo.

Era nuestro secreto: él lo guardaba porque jamás iba a exponerse voluntariamente a las consecuencias de sus actos; yo, porque él era el tutor legal de Addy y, si abría la boca, podía echarme de la vida de mi hermana y, entonces, ¿qué sería de ella? Aunque lo denunciara por negligencia, no tenía la certeza de que ella fuese a terminar viviendo conmigo.

Enjuagué los platos y los metí en el lavavajillas; luego cogí los analgésicos de mi padre del armarito de arriba, donde había decidido esconderlos esa semana. Los iba cambiando de sitio para asegurarme de que no se tomaba más de los que le tocaban. Cogí una botella de agua de la nevera y le llevé las pastillas.

—Ya era hora —protestó, y chilló de dolor al incorporarse en el sofá. Se tragó las pastillas con un sorbo de agua y después se rascó la barba sin afeitar. Hacía años que no lo afeitaba—. ¿Cuándo piensas limpiar esta pocilga? —dijo señalándome el desorden general del salón.

—Luego, quizá —contesté—. Tengo que pasarme por la oficina un momento.

—¿Por el periódico? —dijo con desdén.

—Sí, el periódico, donde trabajo.

«Para que no nos corten la luz».

Mi padre se rio.

—Eso no es un trabajo. Con un trabajo se gana dinero de verdad. ¿Por qué no lo dejas y coges más turnos en el bar? Una chica guapa como tú se sacará sus buenas propinas.

Claro que me sacaba buenas propinas, las suficientes para ahorrar casi un semestre completo de la matrícula de Adeline. En otros cinco años, quizá consiguiera llevarla a la universidad sin tener que pedir un préstamo como el que había tenido que pedir yo para mi grado de Periodismo.

Con todo, fue la universidad lo que me llevó hasta River, y eso ya justificaba hasta el último centavo de mi deuda.

—Bueno, si no me necesitas, tengo cosas que hacer —le dije.

Mi padre cambió de canal.

—Sácame ropa limpia y hazme el desayuno —me ordenó.

Me mordí los carrillos y, sin embargo, salté:

—Pídemelo por favor.

—¿Cómo dices? —replicó él, mirándome por fin, con los ojos empañados por la medicación, pero muy abiertos.

—Que me lo pidas por favor —repetí.

—¿Y eso por qué? —gruñó como un niño enfurruñado.

La tristeza que me producía la marcha inevitable de River se transformó en una rabia brutal.

—Porque aún no me ha dado tiempo ni a cambiarme de ropa; porque tengo dos trabajos para poder pagar los impuestos, los suministros y todo lo que Adeline necesita; porque River vuelve a Colorado y mi vida es esto, y necesito que hoy seas un poco comprensivo, papá, ¿vale?

—Vamos, que te quedas sin novio, ¿no? —respondió, centrando de nuevo su atención en la tele. Me dieron unas ganas terribles de estampar el puñetero mando contra la pantalla.

—No es mi novio.

—Entonces, ¿qué más te da? Déjalo que haga su vida, que encuentre una mujer que lo cuide. Alégrate de que se largue de este puto pueblo, porque nosotros no vamos a poder movernos.

«No voy a salir de aquí jamás».

—Genial, gracias por los ánimos.

—Tienes razón —dijo de pronto, encogiéndose de hombros.

Se me aligeró un poco el pecho, como si el padre al que había querido tantísimo asomara entre los nubarrones que lo habían ocultado los últimos once años.

—¿Ah, sí?

—Tu vida es esto. Te lo has ganado. Tráeme ropa, que esta ya huele.

—Dúchate de vez en cuando —le espeté, girándome para mirarlo mientras me alejaba de él y de aquel hedor que empezaba a ser habitual en el salón desde que se había cansado de acostarse en la cama.

—¡Cierra el pico! —gritó.

Subí a mi cuarto y me tiré en la cama, mirando al techo.

«Mételo en una residencia».

«Sal de esta casa y lárgate».

«Ya eres mayorcita, no tienes por qué aguantarlo».

Los consejos de mis amigos se agolpaban en mi cabeza mientras estaba tumbada. Todos esos amigos habían seguido con su vida; se habían mudado a zonas más cálidas, a ciudades más grandes. No tenían que cuidar de sus padres.

«La familia siempre consigue llevarnos al límite, y nosotros no paramos de ceder por la familia». La voz de River se impuso a mis otros pensamientos. Él siempre había entendido por qué me quedaba aunque los demás se fueran.

Miré la foto que nos habíamos hecho el verano anterior, en el lago. River me abrazaba por detrás, con la barbilla apoyada en mi cabeza mientras los dos sonreíamos a la cámara. Él llevaba el torso al descubierto, y los tatuajes tribales que le inundaban el pecho resaltaban la definición de aquellos músculos tensos y bien esculpidos que tanto se esforzaba por mantener en forma.

Como me decía siempre, no era por vanidad, sino por supervivencia, para ir un paso por delante de los fuegos que tenía que apagar. Claro que nunca lo había visto quejarse de las tías que se volvían a mirarlo en un radio de cien kilómetros a la redonda. Les devolvía la sonrisa y les guiñaba un ojo, y yo sabía que todas, sin excepción, se habrían ido a la cama con él encantadas.

Tampoco podía ponerme celosa. Para empezar, no éramos pareja. Aunque se acostara con todas las chicas de Fairbanks, no podría ni chistar. Ninguna era digna de él, pero...

En cualquier caso, yo tenía algo de él que ellas nunca tendrían. Nuestra amistad había durado mucho más que todas las relaciones fallidas de los dos juntas.

Si había una constante en lo nuestro, éramos nosotros, el uno para el otro.

¿Qué iba a pasar si volvía a Colorado?

¿Se mudaría y acabaría saliendo con una chica de su pueblo?

¿Me invitaría a la boda, al bautizo? ¿Su mundo se ensancharía hasta convertirse en algo hermoso mientras yo me quedaba aquí estancada, sin él?

«Debería», me dije.

River se lo merecía todo: una mujer guapa y cariñosa que le diera bebés con sus ojos y su pelo, y con su valentía.

¿Cómo iba a hacerme la fuerte mientras él preparaba la mudanza?

No podía obligarlo a elegir, ni ofrecerle gran cosa: «Oye, River, sé que tienes el mundo a tus pies y puedes salir con quien quieras, pero apuesta por mí, que vengo con una hermana pequeña a la que criar y un padre borracho e inválido al que cuidar. ¿A que soy un partidazo?».

Me llevé la almohada al pecho como si pudiera llenar el vacío que amenazaba con hacerme implosionar o plegarme sobre mí misma hasta que no quedara nada.

Me sonó el móvil con su tono y cogí la llamada.

—Hola, Riv.

—Hola, Ava. Te has ido muy rápido esta mañana.

Se hizo el silencio mientras pensaba una respuesta.

No era justo que me desahogara con él, que cogiera todas mis inseguridades, todas las responsabilidades de mi vida y se las echara encima.

—Sí, es que tenía mucho lío y me ha parecido que tú también.

—La verdad es que aún estoy como atontado.

Me mordí el labio inferior.

—Normal.

—Nunca se me había ocurrido que pudieran volver a montar la unidad —dijo en voz baja.

Sabía lo que significaba para River; era el legado de su padre, literalmente. Quería hablar con él, de verdad, pero no sabía cómo enterrar mi secreto para no agobiarlo más. Solo le faltaba tener que cargar también con mis mierdas.

—Te entiendo, pero, oye, ¿hablamos luego? Tengo que irme pitando a la oficina —dije, orgullosa de lograr que no se me quebrara la voz.

—Claro, claro. Avery, ¿estás bien? —me preguntó.

Su inquietud me produjo un calorcito en el pecho que me hizo cerrar los ojos.

Con él siempre me sentía valiosa, protegida. En un mundo en el que me pasaba casi todo el día cuidando de los demás, River era el

único que cuidaba de mí.

Y ahora me tocaba a mí cuidar de él.

—Sí, sí, estoy bien.

La mentira me supo amarga y me asqueó nada más soltarla. No estaba bien, ni mucho menos.

La idea de perderlo me dolía tantísimo que me aturdía, y temía examinarme y descubrir entonces el daño, la hemorragia.

Pero eso él no podía saberlo nunca.

3

RIVER

¿Podía empeorar más el puto día?

Por un lado, en la inmobiliaria me habían dicho que, tal como estaba el mercado de la vivienda por la zona, iba a perder dinero cuando vendiera mi casa; por el otro, acababa de avisar de mi marcha al equipo de Sol de Medianoche y Avery me estaba evitando.

Ni siquiera durante la relación más seria que había tenido se había comportado de esa forma conmigo. Hacía ya dos días que me había dicho «Sí, sí, estoy bien» y se había ido corriendo a la oficina.

En esos dos días, yo había firmado un contrato para poner a la venta mi casa con una fecha aún por determinar, lo había organizado todo para quedarme un par de días más de lo previsto en Legacy y poder buscar vivienda allí y me había puesto en contacto con una empresa de mudanzas para que se llevaran todas mis cosas.

Con tanto jaleo, había dejado de prestar atención a mis emociones, algo que había funcionado hasta que, de pronto, delante de casa de Avery, me asaltaron de nuevo las dudas. ¿Cómo iba a dejarla? ¿Cómo iba a mudarme a Colorado y no volver a verla, no volver a abrazarla, no volver a ayudarla aunque se quejara cuando era obvio que lo necesitaba?

Tragué saliva y llamé a la puerta.

Poco después, me abrió Adeline.

—¡Hola, Riv!

—Hola, Addy. ¿Está Avery por ahí?

—Sale ahora del periódico, pero ha llamado para decir que estaba de camino. ¿La esperas dentro?

En circunstancias normales habría dicho que no, que ya la llamaría luego, y después la habría interceptado por la carretera para poder estar a solas con ella unos minutos. Pero como no me había cogido el teléfono y me había contestado los mensajes con monosílabos, aquella iba a ser probablemente la única forma de verle la cara un rato.

—Sí, genial —dije, y entré en la casa.

Era bonita, lo bastante espaciosa para una familia, y se había construido con cariño, pero los últimos once años le habían sentado fatal y estaba claro que su padre no estaba como para ponerse a hacer bricolaje.

«Por cierto, tengo que arreglar la barandilla antes de irme», recordé de pronto.

—¿Avery?, ¿eres tú? —gritó su padre desde el salón.

—No, señor Claire, soy yo..., River.

—Pasa, hijo.

Me sorprendió no solo la elección de palabras, sino también el tono. Yo, desde luego, no era su hijo. Y mi padre le habría dado una buena paliza a aquel tipo por haberse abandonado de esa forma.

Pero, por Avery, hice un esfuerzo.

—Señor... —dije al entrar en el salón.

Madre mía, aquello era una pocilga: platos en la mesita de centro, basura en el suelo y el hombre olía como si llevara sin ver el agua una semana o dos.

Me dieron ganas de recogerlo todo antes de que llegara Avery, pero sabía que se habría muerto de la vergüenza, así que hice lo que había aprendido a hacer el primer día de nuestra amistad: ignorarlo.

—Te vas a Colorado, ¿no? —me preguntó, moviéndose lo justo para alcanzar la cerveza que tenía en el suelo.

—Parece que ese es el plan.

—¿En busca de pastos más verdes?

Bebió un trago y yo me pregunté por un segundo si estaría mezclando el alcohol con las pastillas o si Avery habría conseguido esconderle la medicación antes de irse a trabajar.

—No, señor, van a volver a montar la unidad de bomberos forestales de mi padre y no pueden hacerlo sin mí.

—Pues sí que eres importante...

Me dieron ganas de suspirar, de maldecirlo, de apartar a Avery de aquella vida que él pensaba que le correspondía, pero contesté con una sonrisa forzada:

—Es cuestión de números, en realidad.

Gruñó.

—Pues igual a Avery no le hace mucha gracia.

—Puede ser.

Se hizo un silencio incómodo que, gracias a Dios, interrumpió enseguida el ruido de la puerta de la calle.

—¿Riv? —resonó la voz de Avery por la planta baja.

—Estoy aquí —contesté.

Se asomó al salón, con la coleta medio deshecha y una camiseta vieja de los Beastie Boys.

—He visto tu camioneta en la entrada. ¿Va todo bien?

—Ha venido a verte —contestó su padre.

—Ah —dijo ella, mirándonos alternativamente, y me hizo una seña para que la siguiera.

—Un placer volver a verlo, señor Claire —me despedí.

—Lo mismo digo, River —contestó, y eso que no había apartado la vista de la tele ni un segundo—. Buena suerte en Colorado.

Seguí a Avery por el pasillo y subí las escaleras detrás de ella, hipnotizado por la forma en que los pantaloncitos cortos le envolvían aquel espléndido trasero. Esforzándome por hacer lo correcto, miré para otro lado, pero me encontré con esos muslos tersos y bien torneados que no pude evitar imaginar a ambos lados de mis caderas.

Me llevó a su cuarto y cerró la puerta.

Observé la estancia, aún decorada con fotos de la época del instituto y la universidad.

—No han cambiado mucho las cosas por aquí —dije.

—Es mi cápsula del tiempo particular —contestó, instalándose en la cama.

Cogí la silla del escritorio y me senté en ella a horcajadas, con el respaldo por delante para poner alguna barrera entre los dos.

Desde que sabía que iba a marcharme, parecía que la contención que, por norma general, exhibía en su presencia, y el placaje constante que me hacía a mí mismo y al deseo que ella me inspiraba se debilitaban, como si mi libido supiera que nos quedaba poco tiempo.

—Me gusta. Es muy tú —repuse.

Ella se rio de aquella forma tan desdeñosa que me repateaba.

—Porque yo no cambio, estoy estancada y cogiendo polvo, ¿no?

—Porque es constante y fiel.

Nos miramos y la electricidad que había entre los dos me pareció palpable. ¿La sentía ella también? Si era así, ¿por qué la negaba?

«Porque nunca le has dado motivo para no hacerlo, gilipollas».

—Te he estado evitando —me confesó con franqueza.

—Ya...

—No sé cómo gestionar esto, y me parecía más fácil enterrar la cabeza en la arena y dejarlo correr —explicó, y se llevó la almohada al pecho.

—Pues coges y hablas conmigo y yo contigo. Así ha funcionado siempre nuestra amistad.

—Pero ¿cómo va a funcionar si te vas a Colorado? Sé que debería alegrarme por ti, que es la brigada de tu padre y sé lo mucho que te importa. Pero egoístamente... —Negó con la cabeza.

—¿Qué? No te cierres conmigo.

Ella se encogió de hombros.

—Es que... El día que te compraste el terreno para hacerte la casa fue uno de los más felices de mi vida.

Me dejó de piedra.

—Espera..., ¿cómo?

—Es una tontería, lo sé.

—Yo no he dicho eso. Solo he dicho que no lo entiendo.

«Habla conmigo, Avery».

—Eso fue hace... ¿cuánto?, ¿tres años? —preguntó.

—Más o menos. Tú estabas saliendo con aquel capullo que estudiaba Matemáticas.

Enarcó las cejas.

—Buena memoria.

—Me acuerdo de todo lo que tiene que ver contigo —dije, pero me arrepentí al verle la cara de sorpresa. «Te has lucido, tío»—. ¿El terreno? —la insté entonces.

—Sí, eso. Que te compraras el terreno significaba que ibas a echar raíces, que te quedarías cuando te graduaras, cuando se fuera todo el mundo. Parecía algo sólido, fiable.

—¿Hablas de mí o de la casa?

Aquello no eran palabras de amor, ni siquiera de atracción. Joder, acababa de describir mi coche.

—Hablo de ti, y es bueno. En ese momento, me dio la impresión de que siempre estarías aquí, de que eras la persona en la que podía apoyarme. Nunca he imaginado mi futuro sin ti, y esto me tiene acojonada.

Me levanté de la silla para sentarme en la cama, a su lado.

—A mí también. Pero debo ir.

Me apoyó la cabeza en el hombro y yo apoyé la mía en la suya.

—Nunca te pediría que te quedases —susurró—. Sé que no puedes.

—Pero tampoco me imagino dejándote.

—Pues creo que estamos en un callejón sin salida.



El reloj del salpicadero marcaba la 1:36 de la mañana.

Llevaba una hora sentado en el coche, delante del Golden Eagle Saloon, buscando el modo de exponer el plan que había ideado al salir de casa de Avery.

El bar cerraba dentro de veinticuatro minutos, así que solo disponía de ese tiempo para aclararme antes de entrar.

Se abrió la puerta y dejé de respirar hasta que vi que eran dos chicas de la zona. Kris me saludó con la mano y yo bajé la ventanilla. Se subió a los estribos de mi coche y asomó aquella cara bonita al interior. Apestaba a alcohol.

—Hola, River —farfulló.

—Hola, Kris. ¿Cómo es que sales hoy?

—Es mi cumple...

—Felicidades. O sea, que ya eres mayor de edad, ¿no?

Ella me guiñó despacio uno de sus ojos pardos y se apartó el pelo de la cara de un soplido.

—¡Sí! ¿Qué haces tú?

—Esperar a Avery.

Al oírlo, echó la cabeza hacia atrás, exasperada.

—Vaya dos. Todavía no entiendo cómo puede seguir siendo amiga de un tío como tú. Yo me agarraría a tu cuerpo como si fuese una barra de bomberos —dijo riendo—. Porque eres bombero, ¿lo pillas?

—Claro, claro —contesté. La pobre llevaba encima un pedo tremendo, pero la conocía desde que apenas sabía conducir.

—Perdona, River —intervino su amiga—, la pobre va fatal.

—¡No es verdad! —se defendió la otra, humedeciéndose los labios —. ¿Quieres que espere contigo? Puedo tenerte entretenido.

En otras circunstancias, me lo habría pensado. Kris era preciosa, y yo tampoco era precisamente célibe, pero no solo iba borracha, y yo jamás me aprovechaba de eso, sino que además, bueno..., no era Avery. Y yo quería estar con Avery.

—Esta noche no, pero feliz cumple. Lauren, ¿la llevas tú a casa?

Lauren asintió y la apartó de mi coche.

—Sin problema, yo no he bebido. ¡Me alegro de verte, River!

Cuando subieron al coche de Lauren y se fueron ya era la 1:45. El corazón me iba a mil y tenía el estómago revuelto como antes de meterme en un incendio, antes de dar un paso que podía cambiarme la vida.

Me bajé de la camioneta y subí los escalones de la taberna sin haber siquiera decidido de forma consciente que no podía esperar hasta las dos. No podía esperar ni un segundo más.

Abrí la puerta de golpe y Avery levantó la vista, sobresaltada, de la mesa que estaba fregando.

—¿River...?

No contesté, me limité a mirar a Mike, sentado al final de la barra, como todas las noches.

—Mike, vete a casa.

—Aún no son las dos —protestó.

—Pero casi.

El tipo de cuarenta y tantos se levantó del taburete y tiró unas monedas en la barra.

—Gracias por la compañía, Avery.

—No hay de qué —respondió ella con una sonrisa.

—River... —se despidió al pasar por mi lado.

—Gracias, Mike.

Dio una cabezada al aire y se fue; la puerta se cerró a su espalda. Sabía que no estaba borracho: iba allí todas las noches huyendo de su mujer, se bebía una cerveza hacia las ocho y media y luego pedía refrescos hasta la hora del cierre.

Es lo que tienen los pueblos: todo el mundo se sabe los rollos de todo el mundo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Avery humedeciéndose los labios, nerviosa.

—¿Estás sola?

—Lo va a estar —contestó Maud, que apareció de pronto detrás de la barra, donde debía de estar reponiendo—. Divertíos —dijo arqueando las cejas de manera cómplice hacia Avery—. Salgo por detrás para echar el cierre.

—Maud... —suplicó Avery.

—No te oigo, no te oigo... —canturreó ella, tapándose los oídos con los dedos como si tuviera cinco años.

Por algo me caía tan bien. Salió por la trastienda canturreando y luego oí que cerraba también la puerta exterior.

Avery se apoyó en la mesa, agarrándose fuerte al canto.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar a mañana?

Me apoyé en la mesa situada frente a la suya, de forma que quedamos muy cerca el uno del otro.

—Ya sé cómo arreglar nuestro problema.

—Ah, ¿sí?, porque, aparte de que decidas no marcharte a Colorado y luego me odies por haberos privado a todos de la posibilidad de recuperar esa brigada, lo cierto es que no se me ocurre nada.

—Opción uno: podría aceptar un puesto de temporada, vivir allí en verano y volver aquí a pasar el invierno.

Ella negó con la cabeza antes de que terminara siquiera de explicárselo.

—Ni hablar, no puedes permitírtelo. No te aceptarán allí con esas condiciones, y tu unidad de aquí tampoco lo toleraría. ¿Alguna otra idea genial?

—Vale, pues opción dos: te vienes conmigo a Colorado.

Y, según lo dije, fui yo el que se agarró fuerte a la mesa al verla palidecer.

—¿Qué? Es broma, ¿no?

Joder, ¿se me había subido el corazón a la boca o es que me había tragado algo inmenso?

—En mi vida he hablado más en serio.

Se hizo el silencio mientras ella me miraba, sorprendida y algo boquiabierta, con aquellos ojos indescifrables clavados en los míos.

—Lo digo en serio, Avery —repetí tranquilo.

—Ya lo veo —contestó.

—Lo he pensado bien...

—Claro, porque hemos hablado del tema hace doce horas... Es obvio que has tenido tiempo de pensártelo muy requetebién.

—Tú siempre has querido marcharte de aquí —dije, empezando a exponer mis argumentos, según había previsto.

—Y tú sabes por qué no puedo —me espetó—. ¿Qué te has creído, River? Yo no puedo coger y marcharme. No soy tú. Tengo responsabilidades aquí. Tengo que pensar en Adeline y en mi padre.

—Lo sé. Te he visto luchar cada día desde que te conozco y convertirte en una mujer fuerte y maravillosa.

—¡Para! —Se tapó los oídos y cerró tan fuerte los ojos que le salieron unas arruguitas en el entrecejo.

Salvé la distancia que nos separaba y le aparté las manos de la cara.

—Abre los ojos —le rogué.

Levantó despacio los párpados y dejó al descubierto aquellos iris azules, tan inundados de emoción que casi me faltó el aliento.

—Dime una cosa: si no fuera por Adeline, por tu padre y por todas las obligaciones que te retienen aquí, ¿querrías venir conmigo?

La vi desplazar la mirada de un lado a otro, señal inequívoca de que algo se estaba cociendo en su cabeza.

Avery siempre había sido implacable en la lealtad a su familia, en su insistencia en que era responsable de su padre y de su hermana. Era algo que siempre me había encantado de ella, pero en ese momento necesitaba que cediera un poco.

—¿Querrías venir conmigo, salir de aquí? Las Montañas Rocosas son una preciosidad y en Colorado el sol es algo más fiable que aquí. Ah, y lo mejor de todo: me tendrías a mí.

Me miró de pronto a los ojos.

—Pero es que no soy libre, por muy bonito que me lo pintes.

Le acaricié suavemente las muñecas.

—Sé que nuestra vida no es perfecta, pero lo que te pregunto es si, en un mundo ideal..., haz una abstracción, por favor: si no tuvieras las obligaciones que tienes, si solo dependiera de ti y de mí esta decisión, ¿querrías venir conmigo?, ¿darías ese salto?

—¿A Colorado? —preguntó.

—A Colorado —confirmé, por si pensaba que le proponía ir a mi casa a tomar el té.

Cerró los ojos otra vez.

—Sí —susurró.

Solté de golpe todo el aire que había estado reteniendo y mi cuerpo entero se liberó de la tensión que me inundaba desde que Bishop me había dicho que teníamos que marcharnos.

—Vale, menos mal.

—¡Pero da lo mismo! —exclamó, con la cara deformada por el intento de contener las lágrimas—. Da igual lo que yo quiera o lo mucho que me apetezca largarme a un sitio nuevo donde no sea la hija de «ese borracho» y pueda empezar de cero, o que sigas siendo mi mejor amigo... Eso no importa. Mi vida es la que es.

—No tiene por qué ser así —repliqué, cogiéndole la cara con ambas manos y agarrándola después por la nuca.

—Claro que sí. ¿Y Adeline?, ¿qué sería de ella?

Me compungía que siempre antepusiera a los demás.

—Se vendría con nosotros.

Eso la dejó pasmada.

—¿Qué?

—En Legacy hay un instituto estupendo, con instalaciones nuevecitas. Es una población pequeña, pero allí hay una bondad que no he encontrado en ninguna otra parte. A Addy la recibirían con los brazos abiertos, y a ti también. Deja de mirarme como si estuviera soñando. Esto es posible.

—¿Te la llevarías contigo? ¿Nos la llevaríamos?

—Por supuesto. Forma parte de ti y necesita salir de aquí tanto como tú.

—¿Y mi padre?

Apreté la mandíbula. Ese era el único punto que me había costado digerir, pero sabía que debía hacerlo si quería conservar a Avery en mi vida. Además, por ella, merecía la pena saltar cualquier obstáculo o caminar descalzo por cristales si hacía falta.

Estaba convencido de que la chica que tenía delante era la pieza central del resto de mi vida.

—Él también puede venir —le dije con ternura.

—Ahora tengo claro que estás de broma —contestó, e intentó zafarse de mí, pero no la dejé—. Odias a mi padre.

—Odio cómo te trata —la corregí—. Nunca he entendido por qué se lo permites.

—Es el tutor legal de Addy —me explicó—. Y a ella no la abandonaría nunca. Por más que le prometiera a mi madre que iba a ser discreta, que no iba a divulgar los asuntos de la familia..., Addy siempre fue mi prioridad, y si eso significaba quedarme a vivir en casa y haber tenido que desplazarme a la universidad todos los días para poder proporcionarle un futuro a ella, pues estupendo. Estaba dispuesta a pagar ese precio y lo hice.

—Entonces, si yo tengo que aguantar a tu padre para que sigas en mi vida, para tenerte cerca, pues genial, también lo haré. Hay centros especializados en Colorado y, a lo mejor, si conseguimos que deje de beber...

Sollozó y soltó un gemido largo, que era la única reacción que no me esperaba.

—Avery, no llores —susurré.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a hacer algo así? ¿Por qué querrías meter en tu vida la peor parte de la mía?

Se dibujó en mis labios una sonrisa mientras le limpiaba la lágrima solitaria que se le había escapado.

—Por ti. No puedo abandonarte. No me he quedado aquí por Bishop, sino por ti.

—¡Pero ¿por qué?! —chilló.

—Dios, ¿aún no lo sabes?

—No —susurró, mientras asomaba a sus ojos azules algo que se parecía mucho a la esperanza.

—Sí, sí lo sabes. Siempre lo has sabido, igual que yo.

Rezando para que no me soltara un bofetón, la besé.

Puso cara de sorpresa y yo procuré ser suave, tomándome mi tiempo con sus labios, aguardando una reacción.

Era tan dulce... Le pasé la lengua por el labio inferior, saboreando la delicada curvatura. Bebí de esa boca con besos suaves tanto rato que estuve a punto de perder la esperanza. Mientras se dejaba besar, no me respondía.

Me aparté despacio, con miedo de ver lo que albergaban sus ojos, y recé para que no fuera asco.

¿Cómo se me ocurría besarla así? Nunca habíamos hecho ademán de cruzar esa línea y yo, de repente, me la había saltado de un brinco.

Como había cerrado los ojos, además, me era imposible saber qué sentía.

—¿Avery...? —dije en voz baja.

Se le aceleró el pulso bajo mi mano.

Abrió despacio los párpados y no vi rabia en su mirada, solo sorpresa.

—¿Me deseas?

—Siempre te he deseado.

Con un llanto suave, ancló sus labios a los míos e inició un beso voraz.

Paseé la lengua por esa boca con la que llevaba tantos años soñando y, ¡joder!, sabía aún mejor que en mis fantasías: un poco a

esa infusión de hierbabuena que tanto le gustaba y a pura y dulce Avery.

Exploré su boca lentamente con la lengua y ella me siguió en todo momento, generando una fricción cuyo calor me recorrió todo el cuerpo y se me acumuló en la entrepierna.

Le ladeé la cabeza para besarla mejor. Si aquella era la única vez que conseguía hacerlo, iba a dejarle un recuerdo que la atormentaría por las noches de la misma forma que el suyo me atormentaba a mí.

Cedió a mis caricias y nuestros cuerpos se amoldaron sin esfuerzo el uno al otro.

De pronto, caí en la cuenta: «¡Joder, que estoy besando a Avery!». Y ella me estaba besando a mí como si le fuera la vida en ello.

Le deslicé una mano por la espalda, despacio, para que le diera tiempo a protestar (no lo hizo) antes de que la agarrara fuerte por el culo y la subiera a la mesa. Me situé entre sus muslos separados y ella se restregó contra mí, gimiéndome en la boca al descubrir mi erección.

En la vida me había excitado tan rápido con ninguna mujer.

Claro que Avery no era solo «una mujer», no: era todo lo que había querido siempre. La mujer con la que había comparado a todas las demás chicas desde que la conocía. La única que me tenía secuestrado el corazón sin saberlo siquiera.

Echó la cabeza hacia atrás y le llené de besos el cuello, con cuidado de no dejarle marcas sin querer en la piel suave. Ya no teníamos dieciocho años y no iba a manosearla como un adolescente inexperto por mucho que mi cuerpo me gritara que por fin la tenía entre mis manos.

Me enterró los dedos en el pelo y, restregándose contra mis caderas, gimió mi nombre.

Era el sonido más hermoso que había oído jamás.

Acerqué mi boca a la suya para regalarle un último beso largo y seductor, dándolo todo. Casi olvidé cómo me llamaba mientras me entregaba a todo lo que significaba Avery.

Luego, con la paciencia de un santo, me aparté de ella. Me miró con los ojos empañados de deseo y los labios inflamados por los besos.

«Pues sí, un santo».

—¿River...? —dijo con la voz pastosa y tan sensual que sentí la necesidad imperiosa de ver de qué color llevaba la ropa interior y qué tal quedaba en el suelo del bar.

En cambio, le di un beso en la frente y le quité las manos de encima para no terminar acostándome con mi mejor amiga en el bar en el que trabajaba. Avery se merecía algo mucho mejor que eso y, con todo lo que había esperado, yo también.

—Te deseo —le dije, con una voz tan grave que casi ni la reconocía.

Ella abrió la boca para hablar, pero sellé aquellos labios tentadores con el pulgar.

—No digas nada. Solo quería que supieras que tienes opciones, que yo soy una opción y que, ya sea como amiga o como algo más, quiero que vengas a Colorado conmigo. Me voy allí la semana que viene y ya te he comprado un billete. No serán más que unos días, no es un compromiso para toda la vida, pero quiero que vengas y veas si podrías construir tu vida allí. Una vida conmigo o sin mí, eso ya es cosa tuya.

Le acaricié el labio con el pulgar e, inclinándome hacia delante, le robé otro beso.

—Dios, he esperado tantos años para hacer esto.

—River...

—No —le pedí—. No hables, solo piensa. Espero fuera a que cierres y luego... igual podemos hablar. ¿Mañana?

Asintió y yo retrocedí despacio, procurando no fijarme en lo rápido que le subía y le bajaba el pecho ni en que aún tenía los labios separados, como si esperara que volviese a besarla apasionadamente.

A lo mejor lo había jodido todo. A lo mejor había echado a perder la mejor relación de mi vida por insistir en algo que ella no quería, pero, cuando miré atrás y la vi tocarse los labios mientras yo salía por la puerta, no pude evitar sonreír.

A lo mejor había tomado la mejor decisión de mi vida.

4

AVERY

Mientras esperábamos a que nos atendiera el doctor Stone, hojeé una revista, ajena a lo que estaba impreso en sus páginas porque no paraba de pensar en River.

Me había besado.

Con los ojos cerrados, recordé sus labios en los míos, el tacto de su lengua, sus manos, su sabor dulce. Me pasé los dedos por la boca como si aún lo sintiera ahí.

¿Cómo era posible que un solo instante lo cambiara todo?

«Así, sin más».

Había sido el mejor beso de mi vida, tan sensual que, si no llega a parar, no sé dónde habríamos terminado.

«En la mesa, en la barra, en su cama».

Noté que me acaloraba y abrí los ojos, sonriente.

¡Dios, qué feliz era!, y eso era algo que hacía muchísimo que no sentía.

Nuestro beso no había sido como el que se dan por primera vez dos amigos por probar algo más, sino como dos imanes que de pronto se giran y ya no hay forma de impedir que se acoplen.

—¿Qué te tiene tan contenta? —rezongó mi padre, sentado en la camilla.

—River —contesté con sinceridad.

El día anterior me había estado escribiendo sin parar desde el trabajo, pero no habíamos conseguido cuadrar nuestros horarios para vernos.

Mi padre entornó los ojos.

—No te encariñes mucho con ese chico, Avery. Te romperá el corazón cuando se marche y te amargará la vida. Y, joder, ya estás bastante amargada. Mírate —dijo señalándome.

Me guardé las garras, que amenazaban con dispararse en mi defensa.

—Pues tengo pensado irme con él a Colorado la semana que viene.

Mi padre se quedó a cuadros y me miró, furibundo.

—¡Ni hablar!

—Claro que sí —respondí con una determinación que no había sentido esa mañana al despertarme.

«Supongo que la decisión está tomada».

—Serán solo unos días, papá. La tía Dawn ya me ha dicho que vendrá a quedarse con vosotros. —De hecho, se había puesto contentísima cuando la había llamado esa mañana.

—¡No puedes ponerla en ese compromiso!

—Papá, vive a media hora de casa y está jubilada. Dudo que le suponga un compromiso pasar algo de tiempo con su hermano.

Él refunfuñó y empezó a dar golpecitos con el pie en el lateral de la camilla.

—¿Y Adeline?

—¿Qué pasa con ella? —Cerré la revista y dejé de fingir que leía.

—¿Estás pensando en mudarte allí... con él? Porque, si no, ¿para qué ibas a ir?

Tendría que haber esperado a que estuviéramos en casa para contárselo, o habérselo dicho antes de aquella cita.

—Luego lo hablamos.

—No, el médico llega tarde, como siempre. Lo hablamos ahora —dijo cruzándose de brazos. Llevaba las uñas demasiado largas, pero al menos había conseguido que se duchara esa mañana.

Por una milésima de segundo, me planteé la posibilidad de un futuro distinto; un futuro en el que no tuviese que pelearme con él todos los días, en el que viviese para mí y entrase de lleno en esa madurez independiente que siempre me había dado miedo anhelar; un futuro en el que River me besara y yo por fin me permitiera examinar lo que sentía por mi mejor amigo.

—¿Y si quisiera mudarme? —contesté con ternura—. ¿Y si quisiera tener una vida de verdad, papá?

—Una en la que no estuvieses atada a un padre inválido, quieres decir, ¿no?

—No eres un inválido. Además, River ya me ha dicho que podrías venir con nosotros...

—¡Basta ya! —espetó—. No voy a mudarme a Colorado, y tú tampoco. Tu vida está aquí, conmigo. Sé que no es lo que querías, pero tampoco es lo que quería yo. Estamos en esto juntos. Siempre hemos sido tú y yo, Avery. ¿Qué iba a hacer sin ti? ¿Qué iba a hacer Adeline? Sabes que no podemos prescindir de ti. Así que, si quieres, vete y disfruta de tu fantasía, pero sabes que vas a volver, porque tú no eres de las que abandonan a su familia. —Enarcó las cejas, como desafiándome a que dijera que sí.

¿Tenía razón? ¿Importaba acaso lo que yo quisiera?

El médico llamó a la puerta con los nudillos y me ahorró el mal trago.

—Señor Claire —dijo el doctor Stone sentándose a su mesa, delante del ordenador, y buscando la ficha—. A ver, ¿qué tal se ha encontrado este mes? Ha engordado.

—Me gusta comer —bromeó mi padre sacando su lado encantador, como hacía siempre con el médico. A fin de cuentas, él tenía algo que mi padre quería.

«Le está vacilando a él también».

Me guardé mis pensamientos mientras el doctor procedía a explorarlo al tiempo que le hacía las mismas preguntas de todos los meses.

—¿Y cómo va de dolores? —inquirió.

Presté especial atención entonces.

—Mal, doctor —contestó mi padre, haciendo una mueca a la vez que se presionaba la zona lumbar—. Cada vez peor.

El médico asintió, pensativo, frotándose la perilla. Costaba creer que tuviese los mismos años que mi padre, o a lo mejor es que había hombres sanos de esa edad y ya está.

—No voy a engañarle, Jim: el dolor siempre va a estar ahí. No hay garantías con una fusión vertebral como la suya. Sé que le duele.

—¿No podríamos subir la dosis diaria de medicación, para darme un respiro?

El médico suspiró, se sentó de nuevo delante del ordenador y volvió a consultar el historial médico.

—Creo que ya está al máximo de opioides. No puedo recetarle más sin arriesgarnos a que sufra una sobredosis.

—¡Es que duele mucho! —estalló mi padre, sobresaltándome.

Nunca mostraba su rabia fuera de casa. No, ese lado lo reservaba para Adeline y para mí, claro.

—Lo sé —contestó el médico recostándose en el asiento—. A lo mejor ha llegado el momento de comentar otras opciones.

—¿Algo más potente? —propuso mi padre.

¡Por Dios! Como se pillara un globo mayor, iba a salir volando.

—No, pero ahora hay otros métodos, formas de ir directos al nervio. —Ladeó la cabeza—. Y hay que vigilar ese peso. Otros pacientes con el mismo tipo de fusión vertebral llevan una vida relativamente activa y normal. Tienen dolor, sí, eso es innegable, pero hemos podido reducir la dosis de analgésicos por vías naturales.

—Eso no me interesa. Quiero que deje de dolerme ya. ¿Va a ayudarme?

El doctor Stone me miró a mí y yo agaché la cabeza. Delatar a mi padre podría acarrear repercusiones desastrosas.

—Avery, ¿podemos hablar un momento fuera? —me pidió el doctor.

—¿Para qué quiere hablar con ella a solas? —saltó mi padre.

—Cosas de cuidadora. Le otorgó a ella la capacidad legal de decidir por usted, ¿no?

—Sí —gruñó mi padre.

—Entonces, no debería haber problema, ¿verdad? Salvo que esté ocultando algo.

—No hay problema —contestó mi padre.

«Mierda».

No me hizo falta mirarlo para saber que me estaba echando una mirada furibunda. ¡Si hasta notaba el calor de su rabia!

Salimos al pasillo y el doctor Stone cerró la puerta de la consulta.

—¿Cómo está de verdad? —me preguntó.

«Rabioso. Borracho. Verbalmente agresivo. Y es el tutor legal de mi hermana».

—Bien —contesté.

—Avery... —me dijo en el mismo tono paternal que seguramente habría usado con su hija, Michelle... Michelle, que había ido a la universidad en Texas después de que las dos nos graduáramos en el instituto. Michelle, que, seguramente, tenía una vida.

Podía mentir y dejar que mi padre siguiera degenerando o dar un paso minúsculo para forzar algún cambio en su vida. Si no era por mi propio bien, que fuera por el de Addy.

—Está rabioso —contesté, y miré al suelo mientras traicionaba al único progenitor que me quedaba—. Bebe demasiado, no se levanta del sofá y solo se esfuerza en moverse para coger el mando a distancia, aparte de cuando venimos aquí una vez al mes para que le renueve la receta de la medicación.

—Madre mía —masculló.

—Usted ha preguntado —dije, alzando la mirada—. Se está autodestruyendo.

—Y arrastrándote con él —observó.

Negué con la cabeza.

—Esto no es por mí, sino por Adeline.

Él asintió despacio y aguardó a que continuara.

—Necesito que lo que le he dicho quede entre nosotros —susurré.

El doctor Stone suspiró, frotándose el puente de la nariz.

—Vale. Te agradezco que te sinceres conmigo.

Inspiré hondo y me armé de valor mientras volvíamos a entrar en la consulta.

Entre aquello y el bombazo que acababa de soltarle a mi padre con lo de irme Colorado, cuando llegáramos a casa sus gritos me pondrían la cabeza como un bombo y la que iba a necesitar analgésicos iba a ser yo.

—A ver, Avery me cuenta que sigue más o menos igual —dijo el médico con una sonrisa forzada—, así que voy a mantenerle la dosis. No quiero que tenga dolor, pero exploraremos alguno de esos otros

tratamientos, ¿le parece? Me interesa que vuelva a rehabilitación, y que esta vez se lo tome en serio.

—No, gracias —dijo mi padre sin más, como si el médico le hubiera preguntado si quería puré de patata con el filete.

El doctor Stone garabateó algo en su bloc, arrancó la hoja y se la dio a mi padre con una sonrisa.

—No es una sugerencia, Jim. Si quiere que le renueve la receta el mes que viene, llame a este número —le dijo, y añadió a la prescripción una tarjeta de visita—. La doctora Maxwell es maravillosa, y antes de que nos veamos para la próxima revisión hablaré con ella para asegurarme de que ha estado yendo a las sesiones que voy a recomendarle.

Mi padre me miró de pronto.

—¿Qué le has dicho?

—Papá... —le supliqué.

Bastante malo era ya tener un padre ermitaño y borracho del que hablaba todo el mundo como para que encima me avergonzara en público. Eso era un infierno de otro nivel por el que no había vuelto a pasar desde que había tenido que bajarlo de un taburete del Golden Eagle a mis dieciséis años.

Ahora yo trabajaba allí.

—Me ha dicho que esta medicación le va bien, pero que el dolor le incomoda —contestó el doctor—. Esto no es un castigo. Buscamos una solución a largo plazo que le permita volver a ser totalmente funcional. La fisioterapia le ayudará a fortalecer los músculos de la espalda y puede que incluso a perder algo de peso. Le irá bien. Y tampoco les vendrá mal a estas chicas que lo están cuidando a usted de maravilla.

Mi padre refunfuñó.

Porque lo cierto era que hacía tantísimo que le dábamos igual que ya no sabía ni cómo preocuparse por nosotras.



—¡Madre mía! —chilló Adeline, y bailó a mi alrededor, como la adolescente que era.

—Chisss —le dije mientras íbamos hasta mi coche.

—¡No me mandes callar! —replicó ella, ocupando el asiento del copiloto al tiempo que yo me sentaba al volante.

—Claro que te mando.

—¡No fastidies! ¡River y tú! ¡Por fin!

Casi le veía los corazoncitos danzando por encima de su cabeza.

—¡Para ya! —reí—. Mira, solo te lo he contado porque necesito asegurarme de que te parece bien que la tía Dawn venga de visita la semana que viene.

—Por supuesto. Si ella está en casa, papá se portará fenomenal.

Siguió parloteando, dejando bien claro un montón de veces lo mucho que le costaba creer que hubiéramos tardado tanto en liarnos. Y yo le recordé, todas ellas, que solo había sido un beso y que no estábamos juntos.

—Sí que lo estáis. ¡Os vais de viaje!

—Voy con él a ver su pueblo y el sitio en el que va a vivir. Aún no sabe cuándo tendrá que mudarse.

«Demasiado pronto».

—Deberías irte con él —dijo Addy, trasteando con el móvil.

—¿Qué? —contesté aferrándome al volante.

—Que deberías largarte. Salir de aquí de una puta vez.

—No digas palabrotas —la reñí automáticamente—. Y ese es un cambio demasiado grande para planteármelo siquiera.

—¿Por qué?, ¿porque la vida es maravillosa aquí? —se mofó—. En serio, si tienes ocasión de irte, hazlo. Yo pienso pirarme en cuanto pueda.

—¿No eres feliz aquí?

Mi hermana se encogió de hombros, sin apartar la vista del puñetero teléfono.

—A ver, no estoy mal, pero tampoco es que tenga mogollón de amigos. Esto está... estancado —dijo encogiéndose de hombros otra vez—. Nada cambia. Es como una de esas charcas que no hacen más que acumular mierda y mosquitos.

—Pero también hay cosas buenas, ¿no?

—Sí, claro: que tú estás aquí y que me gusta ver a la tía Dawn de vez en cuando. Pero no pienso quedarme para siempre en este pueblo. Me iré a la universidad y luego, cuando ya haya visto lo que hay por ahí fuera, igual vuelvo. No quiero tener la sensación de que me he quedado porque era la única opción. No te enfadas, ¿no? —preguntó, mirándome de pronto.

—En absoluto —contesté mientras girábamos hacia la casa de su amiga—. A tu edad, yo pensaba exactamente lo mismo.

—Pero entonces murió mamá.

Asentí despacio.

—Entonces murió mamá.

«Y mi futuro se fue con ella».

Me metí por el camino de acceso a la vivienda, aparqué el coche y me apresuré a coger a Adeline de la muñeca antes de que abriera la puerta.

—Addy, ¿tú en mi lugar te irías si tuvieras la oportunidad?

—Ya mismo —contestó ella sin pestañear—. Papá te hace la vida imposible. Cuando se vaya River... Creo que mereces ser feliz, que os lo merecéis los dos.

Me dio un brinco el corazón; sabía que debía preguntarle. No podía tomar ese tipo de decisiones sin ella.

—Vale, y si existiera la posibilidad de que te vinieses conmigo, ¿vendrías? Sé que no es tan fácil, que tienes amigos y una vida, y que está papá, pero contéstame a eso: ¿vendrías?

Addy ladeó la cabeza de una forma que me recordó muchísimo a nuestra madre.

—Haría las maletas mañana mismo. En ese caso hipotético.

—En ese caso hipotético —repetí.

Se abalanzó sobre mí por encima del cambio de marchas y me dio un beso en la mejilla.

—No te comas la cabeza, hermana. ¿Nos vemos más tarde?

—Sí.

—Vale.

Un par de tequieros después, dejé a Adeline en casa de Mandy, donde se quedaba a dormir esa noche.

Mientras conducía, la cabeza me iba a mil. ¿Qué supondría llevármela conmigo? «Si al final te vas». No podía dejarla allí. Ya me costaba pensar en dejar solo a mi padre. Por muy bajo que hubiera caído, seguía siendo mi padre.

Habría dado cualquier cosa por estar cinco minutos con mi madre.

¿Qué sería de mí si me marchaba, luego perdía a mi padre y entonces me asaltaba el mismo remordimiento?



Aparqué delante de la cabaña de River, a la que llegué como por inercia. Pretendía irme a casa, pero mi subconsciente debía de saber lo que necesitaba de verdad.

Zeus no ladró cuando me acerqué a la puerta, con lo que deduje que no estaba dentro. Habría salido a correr un rato con River.

Me detuve con la mano en el pomo. ¿Aún podía entrar como si tal cosa? Tenía llave, claro, pero nuestra relación se había vuelto tan rara que no tenía claro en qué punto estábamos.

Que tu mejor amiga tenga llave de tu casa no es nada raro.

Que la tenga tu novia es un gran paso, grande como el iceberg del *Titanic*.

«Grande como mudarse a Colorado».

Preferí aprovechar el sol de las tres de la tarde, situado justo encima de mí, y estiré las piernas en los escalones del porche.

En aquella quietud, me inundó una paz que me inflaba el pecho con cada respiración, que se propagaba por mi interior de una forma que solo River, o incluso simplemente su casa, podía provocar.

Oí el crujido cercano de la gravilla y, sobresaltada, abrí los ojos.

«¡Joder!».

River corría con Zeus suelto a su lado, zampándose el terreno con sus zancadas según se aproximaba.

Iba sin camiseta, con toda aquella piel bronceada y preciosa expuesta al sol. Siempre había sabido que estaba bueno: era muy consciente del interés que despertaba en las chicas y de la atracción que ejercía sobre mí.

Sin embargo, la necesidad de controlar mi nivel de babeo era nueva.

El tatuaje tribal que llevaba en el pecho se ondulaba con sus movimientos y, conforme venía hacia mí, divisé los pequeños regueros de sudor que le corrían por los relieves del torso hasta los abdominales perfectos.

El tío era un reclamo sexual andante.

Recogí las piernas al verlo detenerse, esbozando una sonrisa.

—¡Hola! —me saludó, con la respiración agitada pero sin ahogarse ni un poco.

—Hola —contesté, de pronto vergonzosa.

La última vez que habíamos hablado había sido justo después de que me sacara la lengua de la boca. Y, por cómo me miraba, con aquella voracidad descarada en sus ojos pardos, tuve la sensación de que estaba pensando justo lo mismo que yo.

—¿Qué haces aquí fuera? —me preguntó mientras Zeus me daba lametones en la cara.

—Esperándote.

Frunció el ceño, pero se limitó a tenderme la mano y levantarme del suelo sin esfuerzo.

—Buena respuesta, ¿quieres entrar?

Asentí y entramos, directos a la cocina. River sacó dos botellas de agua de la nevera y me ofreció una.

—No, gracias —respondí, por miedo a vomitarla en un segundo si bebía.

—Vale —contestó, y se bebió la suya casi de un trago.

¡Hasta los músculos de su cuello eran sexis!

—¿Y qué hacías sentada en el porche como una desconocida? Tienes llave —me dijo, y tiró la botella vacía al cubo del reciclaje.

—He pensado que eso de que tenga llave a lo mejor ahora se ha complicado un poco —respondí, paseándole la mirada por la espalda musculosa mientras él cogía la otra botella.

Sabía que Bishop lo machacaba en el gimnasio, pero, madre mía... ¡Madre mía!

Antes, cuando estaba conmigo siempre se ponía una camiseta, salvo que estuviéramos en el lago. Y la verdad, yo no lo miraba

mucho, porque ¿para qué desear lo que no puedes tener? Pero ahora podía tenerlo.

Era como si, de pronto, siete años de frustración sexual contenida me asaltaran aporreando los muros de mis defensas con un ariete hecho de acero puro... como su cuerpo.

—Pues descomplícalo. Tienes llave, úsala.

Me miró de una forma que casi consiguió que me derritiera.

¿Era ese el encanto del que hablaban con tanto entusiasmo las chicas del bar? ¿Lo había pasado por alto porque jamás lo había empleado conmigo?

—Como me la diste antes de..., ya sabes...

—¿Antes de qué? —preguntó.

—Venga ya, lo sabes de sobra —resoplé.

La sonrisa pícara que me devolvió me encendió la entrepierna.

«Menos mal que sabe cómo apagármela».

—Antes de que me besaras y dejase de ser Avery, tu mejor amiga, para convertirme en..., yo qué sé, ¿en Avery, una chica a la que has besado?

Caminó hacia mí hasta que lo tuve a un suspiro de distancia, lo bastante cerca para tocarlo..., pero mejor no.

—Tú siempre has sido Avery, mi mejor amiga y una chica a la que quería besar, solo que nunca me había permitido hacerlo. También eres Avery, una chica a la que me foll...

—¡River! —lo reprendí, ruborizándome.

Se ensanchó su sonrisa, absolutamente preciosa.

—Ah, no, ya no tengo nada que perder. Se acabó la contención, el andarme con cuidado contigo, el esforzarme por disimular lo mucho que te deseo...

Madre mía, qué bien se le daba: solo con aquellas palabras ya había conseguido que me dieran ganas de desnudarlo en la cocina.

«O igual es porque llevo más de un año sin sexo».

—Vale —susurré.

«Qué patética».

River me acarició la mejilla con el pulgar.

—Y en cuanto a lo de Avery, mi mejor amiga, eso no cambiará nunca, por muchas veces que te bese ni por mucho que me dejes

tocarte. Aunque decidas que ese es el único beso que vamos a darnos en la vida, seguirás siendo mi mejor amiga.

La sola idea me revolvió el estómago.

—¿No te importaría que te parara los pies?

—No, pero me deslomaría por hacerte cambiar de opinión.

—Ah.

—Ah —repitió él y, besándome la frente con suavidad, se apartó.

Noté una punzada de decepción en la entrepierna.

—Entonces, ¿a qué has venido? —añadió mirando el móvil y volviendo a soltarlo—. Juraría que entras a trabajar dentro de veinte minutos.

—Sí. No sé... He terminado aquí sin darme cuenta.

—No pasa nada, me gusta verte —contestó, llevándose la segunda botella de agua a los labios y dando un trago, sin dejar de mirarme en ningún momento.

Vi algo tan cotidiano en aquel gesto, en lo fácil que era nuestra relación, que anhelé un futuro distinto, me pregunté si sería posible cambiar el rumbo de mi vida.

—Me voy contigo —le solté de pronto—. Este finde —concreté.

—¿En serio? —Se le iluminó tanto la cara como la vez que le regalé entradas para un concierto de Mumford & Sons por su cumpleaños.

—Sí —respondí.

Y, antes de terminar siquiera la palabra, me encontré entre sus brazos, dando vueltas por la cocina pegada a su pecho sensual y sudado.

—¡Te va a encantar! —me prometió mientras girábamos.

Me brotó la risa de dentro y me sentí más ligera de lo que me había sentido en años, como si me hubiera quitado un peso de encima y ahora mi alma fuera mucho menos pesada.

—¿Puedo besarte? —me preguntó, mirándome los labios.

—Sí —contesté—, pero date prisa, porque me largo en cinco minutos.

Suspiré cuando sus labios rozaron los míos, aprendiéndome su forma. Luego los dos abrimos la boca y aquel beso tierno se volvió apasionado tan rápido que incluso me mareé un poco.

Madre mía, qué bien besaba.

Me consumía todos los pensamientos hasta que solo me quedaba en la cabeza el anhelo de saber cuánto más podía acercarme y si podía besarlo más fuerte.

Entonces me retiró las manos de su cuello.

—Como no te vayas ya, no sales de aquí.

—Tampoco me importaría mucho.

Renegando, me dejó en el suelo y se apartó despacio.

—Vete. Ya. Y prepárate para una excursión perfecta a Colorado, porque allí vas a ser mía.

—Me gusta cómo suena eso de «mía».

—Y a mí —respondió en voz baja.

Todo aquello estaba muy bien. No, estaba mucho mejor que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Y cuando me miraba así, como si se hubiera pasado la vida esperando a probar mis besos y ahora estuviera planeando el segundo asalto, me derretía.

¿Cómo lo había conseguido? ¿Cómo había logrado que pasáramos de amigos a adolescentes cachondos en cuestión de un par de días?

—Vete, Avery —me dijo.

Cuando se pasó la lengua por el labio inferior supe que, si me quedaba un segundo más, no iría a trabajar. Nunca más en la vida.

Salí corriendo.

5

RIVER

«¡Nada mal!».

Eché un vistazo a la larguísima zanja que habíamos cavado al sur del incendio y busqué puntos de peligro en ella.

Habíamos elegido el único sitio viable para cavar y luego habíamos procurado retirar todo el combustible que había sido posible.

—¿Estás bien? —me preguntó Bishop, guardando la motosierra en su estuche.

—Sí, agotado.

Me caía el sudor a mares por la cara. Estaba deseando bajar de aquel monte y quitarme el casco.

El fuego era pequeño comparado con el del último incendio, pero, cuando me había entrado el aviso poco después de que se fuera Avery, había acudido enseguida. Siempre iba a acudir. Lo consideraba mi servicio de despedida de la unidad del Sol de Medianoche.

Además, había despotricado de lo lindo. Aquel fuego, aun siendo pequeño, me había robado cuatro días con Avery. Puede que, en conjunto, cuatro días no fueran mucho, pero, teniendo garantizadas solo dos semanas con ella, cuatro días me parecían una eternidad.

—Vámonos de aquí —dijo Bishop colgándose la motosierra del hombro.

Eché un vistazo al monte. ¿Sería aquella la última vez que me avisaran para apagar un incendio en los bosques de Alaska?

Fue un pensamiento agridulce. El año siguiente por estas mismas fechas estaría ya en la brigada de Legacy... si conseguíamos la cuota que exigía el ayuntamiento, claro.

—¿River? —me llamó mi hermano cuando el equipo empezó a descender la loma.

—Sí, voy —contesté, y me sumé a la fila de compañeros.

Si lográbamos bajar en las próximas dos horas, aún podría llegar a tiempo para ver a Avery por la noche.

—¿Preparado para volver a casa? —me preguntó Bishop cuando le di alcance.

—¿A cuál? —pregunté.

—A las dos, supongo.

—Estoy preparado para ver a Avery.

Se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Así que esas tenemos, ¿eh?

—Lo cierto es que no sé qué tenemos. De momento, ha accedido a ir conmigo a Colorado este finde, y me vale con eso.

—¿Y todo lo demás que tiene que ofrecerte? —inquirió mirándome de reojo.

—Me vale con cualquier cosa que esté dispuesta a darme —contesté en voz baja.

Mi hermano, que no era muy dado a hablar de sentimientos, apretó la mandíbula. Luego abrió y cerró la boca unas cuantas veces, hasta que empezó a incomodarme mirarlo.

—¡Suéltalo ya, joder! ¿Qué pasa?

—Si prefieres pensarte lo de Legacy... Tú tienes una vida aquí, una casa, un gran equipo y una chica estupenda. Entendería que no quisieras venir.

Medité la idea de quedarme, en apariencia simple.

Me encantaba nuestra unidad, mi casa, el paisaje... Hasta el horario loco del sol empezaba a calar en mí. Si me quedaba, tenía una posibilidad de conservar a Avery, de ver en qué podía convertirse lo nuestro. Si tener una relación era tan fácil como ser su mejor amigo, lo nuestro iba a ser flipante.

Pero, igual que estaba convencido de eso, sabía que las posibilidades reales de que se mudara conmigo eran pequeñísimas.

Ella nunca abandonaría a su padre y él nunca accedería a mudarse.

Por otro lado, si no me iba, Legacy no recuperaría su brigada de élite y yo perdería lo único que me quedaba de mi padre, igual que Bishop y el resto de los hijos de los bomberos forestales fallecidos.

Así que lo tenía jodido en cualquier caso.

—¿River? —me llamó Bishop otra vez mientras seguíamos bajando.

—Perdona, es que tengo demasiadas cosas en la cabeza. No he cambiado de opinión respecto a Legacy. Solo espero que la escapada a Colorado baste para que Avery se decida a venirse conmigo.

Mi hermano soltó un silbido por lo bajo.

—Eso es mucho pedirle a una chica con la que llevas saliendo una semana.

¿Estábamos saliendo? Aún no habíamos hablado de lo que éramos.

—Voy un poco a la desesperada, lo sé. Su situación es complicada, pero no podía irme sin intentarlo.

—Estás enamorado de ella —resolvió.

Apreté fuerte el mango del hacha.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le pregunté.

Él se encogió de hombros, recolocándose la motosierra.

—Desde nuestro primer año aquí. Supuse que te aclararías tarde o temprano.

—Un poco más tarde y no me da tiempo.

—Ya, bueno, lo fácil siempre queda en el olvido, ¿no? Las victorias que recordamos son las que conseguimos en el último minuto, en el tiempo de descuento.

—A la desesperada —dije.

—A la desesperada —contestó, dándome una palmada en la espalda.



El bar estaba muy concurrido para ser martes, pero era la Noche de Chicas, esa noche en que ellas salían a beber, y ellos, a ligar.

Me abrí paso entre la multitud, pillé una mesita alta al fondo y me senté de forma que viera a Avery en la barra.

¡Qué guapa estaba! Llevaba el pelo recogido en una coleta que se mecía con cada uno de sus movimientos mientras servía las bebidas.

—Así que estás con Avery, ¿eh? —me dijo Jessie, agarrándose a la silla libre que yo tenía a la derecha.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté sin dejar de mirar a Avery.

Se puso de puntillas para coger una botella de un estante, con lo que pude verle perfectamente el culo, e inspiré hondo por instinto.

Estábamos en un local con al menos treinta de nuestros vecinos. El sentido común me decía que aquel no era el mejor sitio para comérmela con los ojos, y menos aún fantasear con subirla a la barra y bajarle los vaqueros para poder saborearla.

Nunca había tenido problemas para controlarme con Avery. Mi cuerpo siempre había reaccionado a su presencia, desde luego, pero ahora que había probado lo que era estar con ella y sabía que ella quería lo mismo que yo..., bueno, mi cuerpo se empeñaba en imponerse a mi sentido común.

Y, para colmo, la barra tenía la altura perfecta.

—Venga ya, ¡como si en este pueblo pudiera haber secretos! Prácticamente todo el mundo ha visto cómo os miráis desde hace años. Estábamos esperando a que Avery se decidiera a decir algo y tú dejaras de follisquear por ahí con tus colegas.

—¿Cómo nos miramos? —inquirí sin apartar la vista de Avery.

Estaba claro que se me había notado. No era capaz de quitarle los ojos de encima cuando coincidíamos en el mismo espacio (de ahí que encadenara una ruptura tras otra), pero ella nunca me había dado a entender que quisiera más de lo que teníamos.

Con que hubiera respirado una sola vez más cerca de mí de lo habitual, me habría abalanzado sobre ella sin esperar instrucciones. Pero nunca me había dado señales.

A lo mejor esa era una de las razones por las que toda aquella situación resultaba aterradora. ¿Me estaba devolviendo los besos solo porque no quería perder a su mejor amigo? ¿La estaba empujando yo a algo que ella, en el fondo, no quería?

Esa inseguridad era nueva para mí, y algo muy inoportuno, teniendo en cuenta que apenas disponía de una semana en Colorado para convencerla de que dejara su vida por mí.

—Por favor —rio Jessie, toqueteando el botellín de cerveza—, si la miras como si fueras a comértela viva...

—Bien visto —reconocí, harto de disimular lo que sentía por Avery. Tragué saliva, con la garganta de pronto seca, y pregunté—. ¿Y ella?

—¿En serio? —replicó Jessie, enarcando una ceja.

—En serio.

—Ella te mira como si nunca hubiera querido otra cosa; como si estuvieras recubierto de chocolate y listo para un sabroso mordisco. Siempre ha sido así.

Aparté la vista de Avery y miré a Jessie, que negó con la cabeza despacio mientras se reía.

—Fíjate en la cara que estás poniendo —me dijo—: como se te descuelgue un poco más la mandíbula, va a rozar el suelo.

Alterné la mirada de una a la otra.

¿Avery me miraba? ¿Por qué cojones no me había dado cuenta? ¿Estaba ciego?, ¿o es que a ella se le daba muy bien disimular sus sentimientos?

—Jamás pensé que algún día vería enmudecer a River Maldonado.

—Tiene que haber una primera vez para todo —contesté.

A lo mejor lo nuestro funcionaba. Igual Avery me quería lo bastante para venirse conmigo.

Repasé mentalmente varios escenarios mientras sacaba el móvil. Podía quedarse en Alaska durante el curso si Addy necesitaba ese tiempo o si quería darle a su padre unos meses más para que accediera a mudarse, y luego venirse a Colorado en verano. Para entonces, yo ya tendría la casa lista y podrían quedarse conmigo hasta que supieran qué iban a hacer.

O a lo mejor Avery nunca buscaba otro sitio y mi casa se convertía en nuestra casa.

Se me encogió el pecho dolorosamente al verla sonreír a Maud. No podía obligarla a ir tan rápido; que yo llevara siete años enamorado de ella no significaba que ella sintiera lo mismo.

Claro que tampoco me quedaba alternativa, con el plazo que teníamos para la unidad de Legacy...

Aunque me encantaba mirarla, estaba deseando tenerla en mis brazos.

River:
¿Qué haces?

Le di a «Enviar» y la vi sacar el móvil y sonreír mientras tecleaba en el dispositivo.

Avery:
Trabajar. ¿Y tú? ¿Qué tal el incendio?

River:
El incendio está controlado al cien por cien. Estoy pensando en llevarme por ahí a una rubia buenorra.

Ella frunció el ceño y torció el gesto.

River:
El lazo verde que lleva en el pelo me pone muchísimo.

Levantó la vista de pronto y, alerta y emocionada, exploró la barra, con lo que tanto el lazo como la coleta se menearon de lado a lado.

Dio un respingo al verme y salió disparada de detrás de la barra. Apenas me había levantado de la mesa y ya la tenía en mis brazos, todo ternura y buen olor.

—Hola, nena —dije con la boca pegada a su pelo mientras la estrechaba contra mi pecho, levantándola del suelo.

Me enroscó aquellas piernas increíbles en la cintura y me enterró la cara en el cuello.

—River... —suspiró mi nombre como si fuera una oración—. ¿Por qué no me has dicho que habías vuelto?

—Quería darte una sorpresa —contesté, sosteniéndola en brazos fácilmente, encantado de sentir la presión de su cuerpo contra el mío.

Ella me abrazó más fuerte y enterró los dedos en mi pelo, arañándome un poco.

—Estaba preocupadísima.

Dios, cuánto la quería.

—Ha ido bien, te lo prometo. Siento que no hubiera cobertura allí arriba, pero este ha sido fácil.

—Me alegro. No sabía si iba a darte tiempo a pasar por casa antes de que nos fuéramos.

La obligué a apartarse y la miré a los ojos.

—Nada me va a impedir llevarte a Colorado.

Nada. Ni su padre, ni siquiera Addy, y eso que la adoraba. Aquellos días eran para nosotros.

Me miró los labios y me asaltó el deseo, más intenso que ninguna de las veces que había vuelto a casa después de un incendio.

—Como sigas mirándome así, voy a tener que besarte delante de toda esta gente. A mí los cotilleos me dan igual, pero a lo mejor a ti no.

Avery sacó la lengua para humedecerse el labio inferior.

—No me importa —contestó.

«¡A la mierda!».

Enterrando los dedos en la base de su coleta, posé mis labios en los suyos.

Procuré no olvidar dónde estábamos; no podía desnudarla en un bar atestado de gente, así que intenté que el beso fuera corto, lo justo para satisfacer el anhelo de su boca que había sentido desde que había recibido el aviso del incendio.

No lo conseguí.

Empezó a pasear su lengua por la mía y eso fue mi perdición. Me zambullí en ella, ladeándole la cabeza para llegar más lejos, tener mejor ángulo, y me olvidé de dónde estábamos.

Me olvidé incluso de que había más gente en el planeta, aparte de nosotros.

Ella apretó el culo contra mi mano, arqueándose, robándome el aliento con la presión de sus pechos en mi cuerpo. Hizo aquel ruidito gutural tan sexi y me dieron ganas de sacarla de allí y hacerla mía

en la maldita camioneta si con eso conseguía aliviarme un poco la tensión en la bragueta.

Alguien carraspeó a nuestro lado y me acordé de que, en realidad, no estábamos solos, sino todo lo contrario. Me aparté, pero Avery me retuvo el labio con una leve succión, arañándome un poco con los dientes antes de soltarme.

«¡Dios...!».

Respiraba demasiado rápido, demasiado descontroladamente, y estaba demasiado excitado para comportarme con normalidad en público en aquel instante.

—Bienvenido a casa —me susurró ella, con aquellos ojos azules empañados de pasión y de felicidad.

—Me encanta cómo suena eso —confesé mientras la dejaba bajar, pegando cada puñetero centímetro de sus curvas a mi cuerpo—. Me estás matando.

—Lo mismo digo.

—¡Ya iba siendo hora! —se oyó desde la barra.

Al grito lo siguió un aplauso general que hizo que Avery escondiera su cara preciosa y ruborizada en mi camisa.

—Vale, vale —dije mientras cesaban los aplausos.

—Madre mía —masculló ella.

Le eché la cabeza hacia atrás y le besé la naricilla arrugada.

—Creo que me largo a hacerme la maleta para mañana.

—Vas un poco justo, ¿no?

—Sí, bueno, ya me conoces: tengo que hacerlo todo en el último segundo.

«Como decirte que te deseo».

Sonrió y me dio un beso suave.

—¿Me recoges por la mañana?

—Allí estaré, como un clavo.

Me despedí con un beso simplemente porque podía y me fui hacia la puerta antes de que me dieran ganas de besarla otra vez.

Ella me dijo adiós con la mano cuando me volví a mirarla, y de pronto las ocho horas que iba a tener que esperar para besarla otra vez me parecieron una eternidad.



No pensé en otra cosa mientras hacía una maleta pequeña, ni mientras intentaba dormir unas horas. Después de los últimos siete años, me costaba creer que todo se redujera a los próximos días.

Debía encontrar un modo de convencerla de que iba a ser feliz en Colorado, de que merecía la pena apostar por mí. No era poco lo que le pedía. ¡Qué va! Quería que arrancara de cuajo su vida entera y la trasplantara a miles de kilómetros de distancia, todo porque estaba convencido de que solo lograríamos ser felices si estábamos juntos.

Pero ¿y si su padre se negaba a mudarse?

¿Y si ella se negaba a abandonarlo?

El tictac uniforme del reloj de la mesilla de noche me hizo caer en la cuenta de que debía levantarme dentro de escasas horas, pero eso no puso freno a mi cabeza ni a las náuseas que me recordaban que, por mucho que yo la quisiera, ella nunca abandonaría a su familia.

Como tampoco yo podía permitir que la brigada de élite de mi padre se extinguiera sin haber tenido siquiera ocasión de resucitarla, pero era consciente de que me convertiría en una sombra de quien era si Avery se quedaba en Alaska.

Debía conseguir que el viaje fuera lo más perfecto posible.

6

AVERY

—¿Cómo que habéis perdido las maletas? —le preguntó River al día siguiente a la empleada de la aerolínea mientras aguardábamos explicaciones, apoyados en el mostrador.

Después de que se retrasara el vuelo desde Fairbanks, de haber tenido que correr por todo el aeropuerto de Seattle para pillar por los pelos el de enlace a Denver y luego subirnos al avión más pequeño que yo me había visto capaz de coger en mi vida, rumbo a Gunnison, estaba claro que la escapada no había empezado bien.

Habíamos pasado diez horas viajando y, por mucha ilusión que me hiciera estar allí y conocer la tierra natal de River, como no encontrara pronto algo de comer, iba a terminar asaltando en modo zombi la máquina expendedora del vestíbulo del aeropuerto.

—Me comunican que ahora mismo están en ruta de Seattle a Denver, señor —contestó aquella chica menuda, subiéndose las gafas por el puente de la nariz con cara de «por favor, no me mates».

Tampoco es que River intimidara.

«Mentirosa».

Era un tío grande y estaba de muy mal humor en ese momento.

—No pasa nada —le dije, cogiéndolo del bíceps.

—Sí que pasa —replicó—. Todas nuestras cosas...

—Puedo comprar lo que necesite mientras llega el equipaje. —Me dirigí entonces a la chica, que tecleaba como una posesa—. ¿Sería posible que lo mandarais a Legacy cuando llegue?

—Por supuesto —contestó ella, cabeceando afirmativamente—. El siguiente vuelo de Denver llega... —siguió tecleando, sin levantar la

vista por encima del pecho de River— a las siete y media de la mañana.

—¡Venga ya! —protestó él.

Le apreté suavemente el brazo y luego le pasé el mío por la cintura y lo estreché contra mi cuerpo.

—Perfecto, entonces.

Tecleando a toda velocidad, la empleada de la aerolínea tomó nota de nuestros datos.

River se tensaba por segundos, tanto que pensé que los músculos le iban a estallar bajo mis dedos.

La chica miró a nuestra espalda, con cara de absoluto espanto, y yo giré la cabeza. Bishop venía hacia nosotros, más ceñudo a cada paso que daba. A lo mejor yo no era la única que se estaba poniendo de muy mal humor por culpa del hambre...

—¿Qué pasa? —preguntó River.

—No quedan coches de alquiler. Ha habido *overbooking* o algo así.

—¿Qué cojones me estás contando? —espetó River.

—Con el día que llevamos, tampoco me extraña —respondí, y me dio la risa.

Los dos hermanos se me quedaron mirando como si estuviera loca.

—He llamado a Knox y viene para aquí. Tardará unos cuarenta minutos.

—Perfecto, el tiempo justo para comer algo —tercié.

—Lo siento mucho, pero la cafetería del aeropuerto ha cerrado hace media hora —dijo la empleada de la aerolínea, encogiéndose de miedo cuando la miramos los tres—. Cierra después del último vuelo del día, que era el suyo.

River apretó la mandíbula.

—Apenas son las ocho.

—Este es un aeropuerto pequeño.

—Vamos fuera a esperar —propuse—. Nunca he visto la puesta de sol en Colorado.

«Ni en ningún otro sitio que no sea Alaska».

Forcé una sonrisa y recé esperando que con eso bastara para que River dejara en paz a la pobre chica. No era culpa suya que

hubiéramos tenido una suerte de mierda ese día.

Le tiré un poco del brazo y me siguió al exterior, con Bishop pisándole los talones.

Una chocolatina Snickers más tarde, me sentí un poco más humana. River se metió mi dedo índice en la boca para chupar los restos de chocolate y a mí se me contrajeron los muslos. Me pasó los dientes por el dedo y luego lo soltó, sonriendo con picardía al ver mi cara de pasmo.

—Siento mucho que el día haya sido un desastre —dijo acariciándome los mechones sueltos de la coleta maltratada por el viaje. La brisa vespertina me enroscó unos cuantos en el cuello mientras estábamos sentados fuera, esperando a que nos recogieran.

—No es un desastre —repuse—. Solo un caleidoscopio de inconvenientes.

—Los caleidoscopios son bonitos.

—Y este también. Míralo así: acabamos de comernos una chocolatina riquísima mientras vemos ponerse el sol por detrás de las Montañas Rocosas. Hace un tiempo maravilloso y esta podría ser la mejor primera cita de mi vida.

Esbozó una sonrisa.

—Conque primera cita, ¿eh?

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Un anticipo.

—¿De qué?

—De todo lo que podríamos tener —susurró, y luego acarició mi boca con la suya y me pasó la lengua por el labio inferior.

¿Me iba a cansar alguna vez de besarlo? Solo ansiaba más y más.

Y, ya puestos, ¿cuánto tiempo debía esperar para besarle otras partes del cuerpo? ¿Dónde estaba el manual de normas de «oye, ya sé que acabamos de empezar a salir, pero yo hace años que quiero lamerte los abdominales»?

Inspiré hondo cuando se apartó y me ardió el pecho.

—Guau, solo besarte me deja sin aliento.

A River le dio la risa al oírlo.

—Eso, querida Avery, es por la altitud —contestó—. Pero gracias por el piropo. Estamos a casi dos mil quinientos metros, y será un poco más en el pueblo al que vamos.

—Allí es más fácil emborracharse —terció Bishop, que doblaba en ese momento la esquina.

Me puse como un tomate, preguntándome cuánto habría visto.

—Tranquila —dijo como si me hubiera leído el pensamiento—. Llevo años esperando a que os decidierais de una puta vez. Y ahí está Knox —añadió al ver un SUV negro que aparcaba junto a la acera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó River.

—Porque no hay nadie más aquí y han cerrado el aeropuerto hace veinte minutos.

—Bien visto —contestó River mientras nos levantábamos.

Bajó del coche un tío guapísimo que vino hacia nosotros y entonces River me envolvió con el brazo.

«Muy sutil».

—Knox —lo saludó Bishop, y se estrecharon la mano y luego se abrazaron como suelen abrazarse los tíos, fuerte y dándose muchas palmadas en la espalda.

—Me alegro de verte, Bishop —contestó Knox. Se volvió hacia River, sonrió y lo abrazó—. River, tío, estás enorme. ¿Qué coño os dan de comer en Alaska?

—Alce, sobre todo —bromeó él.

Knox me tendió la mano y yo se la estreché mientras él me pasaba revista descaradamente.

—Y tú eres...

—Avery —contesté con una sonrisa.

El tío estaba bueno al estilo de Scott Eastwood, con unos ojos risueños que prometían ratos muy divertidos.

—Viene conmigo —dijo River, pegándome a su cuerpo.

—Eso está clarísimo —contestó el otro, sonriendo, y señaló el coche con la cabeza—. Estamos a unos cuarenta y cinco minutos de casa. Os llevo a que os instaléis y luego ya nos organizaremos.

Subimos a la parte de atrás del SUV y, cuando cogimos la autopista para salir del pueblo, el murmullo suave del coche y el

agotamiento me hicieron caer en brazos de Morfeo. A la tercera cabezada, River me soltó el cinturón de seguridad, me pegó a su costado y me puso el cinturón del asiento del medio.

—Descansa un poco —me pidió con ternura.

Encontré el hueco ideal para la cabeza debajo de su hombro.

Con su calorcito y el ritmo regular de su corazón, me quedé dormida antes de que sonara una segunda canción en la radio.



Noté vagamente que River me levantaba con sus brazos fuertes y que el aire fresco de la montaña me acariciaba la piel mientras me llevaba a algún lado.

—Tranquila, sigue durmiendo, que yo me encargo de todo —dijo, y me besó la frente.

Unos parpadeos después estábamos en una habitación de hotel. Empecé a enfocar la estancia justo cuando me dejaba con cuidado en la cama.

—¿Quieres comer o dormir? —me preguntó, dejando mi mochila en el suelo.

Sopesé las opciones, pero ganaron las tres horas que había dormido en total combinadas con el largo viaje y el cambio de altitud.

—Dormir, ¿y tú?

—Ya son las diez. Si tú duermes, yo también. —Se inclinó sobre mí y me dio un beso suave en la frente—. Estoy en la habitación de al lado con Bishop. Si necesitas algo, avisa, ¿vale?

Sentí una punzada de pánico. Estábamos en Colorado, adonde él iba a mudarse, y aunque en ese momento lo tuviera para mí, no había nada garantizado después de aquella escapada.

—¿Te quedas conmigo? —le pregunté.

—Avery... —me susurró, con aquellos ojos pardos llenos de ternura iluminados por la lamparita, y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Tampoco sería la primera vez que dormimos juntos —argumenté.

Asomó a su semblante una sonrisa pícara.

—Sí, bueno...

—No me refería a eso —traté de matizar.

Pero, ahora que lo decía..., ¿tan mala idea sería?

River era tremendamente sexi. Se me alborotaba el corazón solo de pensar en el tacto de sus manos en mi cuerpo. Sus labios eran pecaminosos y sus ojos me decían que me deseaba tanto como yo a él.

Y, por supuesto, sabía, sin quitarle ni una sola prenda, que el sexo iba a ser brutal.

Explosivo.

—¿River...? —le susurré.

Entornó un poco los ojos mientras se decidía.

—Sabes lo mucho que te deseo, ¿verdad? —me dijo.

—Creo que sí.

—Puedo controlarme, Avery. No voy a abalanzarme sobre ti, pero es muy posible que terminemos dando un paso para el que quizá no estés preparada.

Le acaricié el pelo, aquellos mechones negros que le llegaban justo hasta la barbilla.

—Lo sé, pero, si solo voy a tener este tiempo contigo, no quiero desperdiciar ni un segundo. Aunque nos durmamos los dos.

Asintió despacio.

—De acuerdo.

Solté el suspiro menos sensual de la historia de los suspiros y él rio.

Llamaron a la puerta, fue a abrir y cogió una bolsa que le traía Bishop.

—No tenían nada más abajo, tío, lo siento. Las maletas estarán aquí por la mañana.

—Yo quería que todo fuera... —susurró en respuesta.

—¿Perfecto? —preguntó su hermano en voz baja.

—Sí, y está siendo todo lo contrario. ¿Se puede joder algo más?

—No tentemos a la suerte —respondió Bishop; luego le dio las buenas noches y cerró la puerta.

River se metió en el cuarto de baño un momento.

—Avery, dejo pasta de dientes y demás en el baño, por si quieres, ¿vale? —me dijo al salir.

Sin camiseta.

«¡Madre mía!».

Siempre había apreciado su cuerpo, ¿cómo no iba a hacerlo? Aunque ver aquellos músculos y aquella piel suave y tatuada y saber que podía tocarlos eran dos cosas muy distintas.

—Los dientes, vale. —Asentí, obligándome a levantarme de la cama.

Me notaba los pies como si me pesaran un quintal, pero me cepillé los dientes con el cepillo nuevo que Bishop había comprado y me preparé para acostarme.

¿Qué iba a ponerme para dormir? Unos pantalones pirata y una blusa no favorecían precisamente la fase REM... River había dejado su camiseta doblada en la encimera del lavabo. Acaricié el algodón suave.

«Perfecta».

Unos minutos después, salí del baño y lo vi sentado en la cama leyendo el libro que yo había traído conmigo. Miró dos veces cuando entré en su ángulo de visión, como incrédulo, y me resultó enternecedor.

No fingía, no simulaba interés solo por conservar mi amistad. De verdad me deseaba.

Abrí mi lado de la cama y sus ojos siguieron todos y cada uno de mis movimientos, encendiéndose más cada segundo.

—Espero que no te importe que te haya cogido prestada la camiseta.

—No me importa en absoluto.

Apagó la luz en cuanto me metí en la cama y me tapó con las sábanas tan pronto como hube apoyado la cabeza en la almohada.

—Siento mucho que el día haya sido un desastre —me dijo.

—No lo ha sido —respondí.

Recordé entonces lo que River le había dicho a Bishop y fui pegando la espalda a su cuerpo hasta chocar con su pecho. Me cogió por la cintura y suspiré feliz cuando me estrechó en sus

brazos. Me paseó la nariz por el cuello y me arqueé para que llegase mejor.

—Sí lo ha sido.

—Puede —convine, entrelazando mis dedos con los suyos—, pero esto lo compensa. Esto es perfecto.

—Sí, como tú.

Tensó los brazos a mi alrededor y yo me derretí al notar su fuerza.

River me relajaba como ningún otro hombre había sabido hacerlo. En muchos sentidos, aquello podía seguir siendo un abrazo de mi mejor amigo, pero no lo era.

Continuaba siendo River, sí, el tío que me había cambiado la rueda pinchada el primer año de universidad, el que le había dado un puñetazo a Troy Williams cuando me había besado el segundo año a pesar de haberle dicho que no. Era, también, el tío que me había ayudado con Addy, con mi padre y con mi vida en general.

Era mi mejor amigo.

Pero aquel deseo de tumbarlo de espaldas, subirme encima de él y explorar el contorno de su cuerpo hasta quitarme de la cabeza a todas aquellas chicas a las que se había llevado a casa a lo largo de los años... Eso no era muy de amigos.

¿Eran nuestra amistad y ese anhelo descarado que sentía por él razón suficiente para desarraigarme de mi vida por completo?

—Avery...

—Sí...

—Deja de darle vueltas.

—¿Cómo has sabido que...?

—Porque te conozco. Deja de pensar que tengo alguna expectativa para estos días y limítate a estar conmigo, ¿vale? Procura olvidar todo lo demás. ¿Podrás?

Si aquella era de verdad mi única oportunidad de estar con él, tenía que intentarlo.

Debía tirarme de cabeza y ver qué había allí, porque, si su marcha no acababa conmigo, quedarme con la duda terminaría haciéndolo.

—Sí.

7

RIVER

Despertar con Avery entre mis brazos no estaba nada mal, la verdad. Su cuerpo calentito encajaba perfectamente en el mío, como si estuviera hecha para eso.

Yo ya me había levantado, me había desenganchado su pelo de la barba incipiente y me había escabullido a darme una ducha.

Cuando hube terminado de cepillarme los dientes, eran las ocho y media, pero ella seguía dormida.

Debería haber bajado a por algo de comer (tenía un hambre voraz); en cambio, volví a meterme en la cama con ella.

En cuanto me colé bajo las sábanas se giró hacia mí como un misil termodirigido, usó mi pecho de almohada y me acercó un muslo a la entrepierna.

Era su mejor amigo, sí.

Pero no era de piedra.

Le pasé el brazo por la espalda, enredándolo en los abundantes mechones de su melena rubia. Era perfecto tenerla pegada a mi cuerpo y resultaba demasiado fácil imaginar nuestra vida así.

Le apoyé la mano libre en la rodilla y empecé a acariciarle la suave piel del muslo. Mantuve la mano como mucho a medio palmo de su rodilla, disfrutando con los dedos de la sedosidad de su piel, pero sin subir más, porque sabía que tenía mi camiseta hecha un gurruño en la cintura y que nada se interponía entre mi mano y la suavidad que ocultaba su ropa interior.

Cuando había salido del baño por la noche con mi camiseta puesta, me había sobrevenido un ataque de posesividad cavernícola

y había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no meterle las manos por debajo.

Solo de pensarlo se me ponía dura, o a lo mejor era por la forma en que ella me restregaba el muslo por el cuerpo. En cualquier caso, mi erección no tardó en recordarme que Avery estaba casi desnuda, igual que yo.

—Mmmmmm —gimió, acercándose más.

Giró la cabeza para plantarme los labios en el cuello y el pulso se me aceleró con aquella caricia inocente.

Si Avery hubiera sabido de verdad cuánto la deseaba, lo mucho que me costaba no ponerle las manos encima, no habría querido que me metiera en la cama con ella.

A ella le gustaba tomarse su tiempo para pensarse las cosas, analizar todas las posibles consecuencias de sus actos y adoptar, después, la medida que le pareciera más prudente.

Tenía suerte de haber conseguido que se viniera conmigo cinco días enteros como para andar pensando en lo fácil que sería provocarle un orgasmo antes del desayuno.

«Y pensar en ello no ayuda, precisamente».

Se movió de nuevo y me dio un beso suave en el cuello; tensé la mano con la que le cogía el muslo y apreté aquella extremidad bien torneada.

—Buenos días —dijo entonces.

Su voz aún ronca por el sueño era lo más sexi del mundo.

—Hola —contesté, a la espera de que entendiese la situación en la que nos encontrábamos.

En vez de apartarse, se subió encima de mí sin dejar de besarme el cuello.

—Avery... —protesté, con las manos bajo sus nalgas, apenas cubiertas.

«Joooder, lleva braguitas de encaje».

—¿Ajá? —ronroneó, y la vibración de su voz me asaltó el sistema nervioso y se me alojó en la erección.

Luego se meció suavemente hasta encajarme directamente en la zona caliente de su entrepierna. Quería acabar conmigo, esa era la única explicación lógica que se me ocurría.

—¿Estás despierta?

—Sí —contestó, recorriéndome con los labios la clavícula.

—¿Sabes...? —Inspiré entrecortadamente cuando me rozó la piel con los dientes. «Dios, qué maravilla»—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

Se deslizó un poco por mi cuerpo y la fricción me excitó tanto que pegué las caderas al suyo. Entonces recorrió con los dedos el relieve de mis abdominales.

—¿Te refieres a si soy consciente de que estoy subida encima de ti, besándote?

—Sí, eso —contesté, agarrándola de la nuca con una mano mientras me aferraba a la sábana con la otra.

—¿Que si me doy cuenta de que te la he puesto dura? —susurró, mirándome sensual, con unos ojos tan azules que rivalizaban con el cielo de Colorado.

—Eso también —contesté, y la entrepierna me palpitó en consecuencia.

—Sí —dijo, y siguió besándome el vientre.

«¡La madre que la trajo!».

El contacto de sus labios con mi piel era la más exquisita de las torturas.

—Siempre he querido hacer esto —añadió, antes de recorrer con la lengua las ondulaciones de mis abdominales.

Inspiré de nuevo mientras se tensaba hasta el último músculo de mi ser. Avery era todas las fantasías de mi vida hechas realidad.

—Tienes un cuerpo increíble. Seguro que te lo han dicho un millón de veces... —murmuró.

«Ay, Dios, no».

Le di la vuelta tan rápido que aterrizó debajo de mí con un resoplido. Luego le levanté los brazos por encima de la cabeza y me instalé entre sus muslos.

—Antes de conocerte a ti, no me importaba nada ni nadie. ¿Entendido?

Cuando asintió y se mordió el labio, me incliné hacia ella y no pude evitar succionárselo.

—A propósito de cuerpos increíbles... —Seguí con ambas manos sus curvas, la cintura estrecha, el culo perfecto—. Joder, Avery, cómo me pones...

Ella movió las caderas en mis manos y yo le planté la boca en el cuello, encantado con su gemido, con la forma suave en que dijo mi nombre. Cada movimiento minúsculo que hacía o sonido mínimo que emitía me excitaba más, me llevaba más al límite.

Mi camiseta se le había arrugado un poco por encima de la cintura, con lo que su vientre quedaba a disposición de mis labios. Fui regándola de besos, descendiendo, dejando que mi lengua y mis dientes se recrearan allí donde la hacían suspirar. La zona del hueso de la cadera era la más sensible y, en cuestión de minutos, la tenía retorciéndose debajo de mí.

—River... —gimió, tirándome del pelo, instándome a que continuara.

—Me muero por tocarte —reconocí, respirándole en la cinturilla de las braguitas azules de encaje.

—Pues tócame.

Sus palabras me catapultaron a un nivel de deseo que no había experimentado jamás. Me daban ganas de rugir, de hacerle saber al mundo que aquella mujer me consideraba digno de ponerle las manos encima.

Le pasé la mano por la cara interna del muslo, con los ojos clavados en los suyos para detectar cualquier indicio de que aquello no era lo que quería. Recorrí con los dedos el borde de sus braguitas y luego me colé por debajo hasta que...

Toc, toc, toc.

—Vamos, no me jodas —mascullé—. ¡¿Qué?! —grité mientras Avery se reía como una boba debajo de mí.

—¿Señor Maldonado? Soy de la aerolínea.

Abandoné el refugio calentito del cuerpo de Avery, crucé la habitación de unas zancadas y abrí la puerta.

—¿Las maletas?

—Aquí las tiene —contestó el hombre, con los ojos como platos.

Las cogí y las metí dentro, perfectamente consciente de que mis bóxeres no disimulaban en absoluto mi erección.

—¿Le importa firmar? —preguntó.

Garabateé mi nombre en el albarán.

—Gracias por traérmelas —dije, y cerré enseguida la puerta.

Avery se había sentado en la cama, con el pelo alborotado y maravilloso, y mi camiseta bajada hasta los muslos. Estaba deseando quitársela. Me sonrió y me llamó haciendo gancho con un dedo.

«¡Ya te digo!».

Pero llamaron otra vez a la puerta y me cagué en todo.

—¿Y ahora qué? —pregunté mientras abría.

Bishop, completamente vestido, estaba allí plantado de brazos cruzados. Me miró la entrepierna y luego a los ojos, y suspiró.

—Deja los juegos para luego, hermanito, tenemos cosas que hacer hoy. Hemos quedado con Knox dentro de media hora.

—¿De media hora? —chilló Avery, y se metió corriendo en el baño, llevándose la maleta consigo.

—¿No podrías darme una hora más? —le pregunté cuando ella cerró la puerta.

—Considéralo una venganza por joderme el lío con Sarah Ganston.

—¡Tenía catorce años! —le grité mientras se iba.

—No es nada personal —respondió, repitiendo las palabras que yo le había dicho cuando me habían mandado a buscarlo por incumplir el toque de queda.

Me puse ropa limpia y esperé a Avery. Aunque tuviéramos la agenda completa, lo único que había en la mía para esa noche era ella.



—¡Qué pasada! —susurró Avery mientras echábamos un vistazo a la casa club, como llamaban ellos cariñosamente al parque de bomberos de la brigada de élite de Legacy.

—Bash no ha escatimado en gastos —dijo Knox señalando la estancia principal del complejo, cuyos ventanales ofrecían una vista

impresionante de las montañas—. Quería asegurarse de que la brigada tenía todo lo necesario.

—¿Y la gente? —preguntó Bishop, reparando en los despachos acristalados de un lateral y las enormes mesas de comedor del otro.

Las instalaciones eran inmensas. Dos cocinas, comedor, despachos, salón, gimnasio y dormitorios de sobra en la planta baja con salida al jardín para alojar al equipo propuesto de veintidós miembros.

—No te voy a engañar: andamos cortos —confesó Knox—, pero tanto Emerson como Bash están trabajando en ello, y hemos llamado a todos los hijos de los bomberos originales. De momento han dicho que vuelven a casa, pero mañana sabremos más.

—¿Qué pasa mañana? —preguntó Avery, entrelazando sus dedos con los míos.

—Se celebra la asamblea del consistorio —respondió Knox—. Hay que presentar la brigada al ayuntamiento. Si cumplimos el cupo exigido, nos dejarán usar el nombre de Legacy.

—¿Y si no? —quise saber yo.

—¿Recuerdas alguna vez que a Bash no le haya salido algo bien? —replicó Knox.

—¿Y a alguno de nosotros? —repuse.

—Pues eso.

Noté que Avery ponía los ojos en blanco.

—Vale, supongamos que se congela el infierno y vuestra masculinidad infalible no es suficiente. Entonces, ¿qué?

Knox la miró sonriente.

—Me caes bien.

—Ni se te ocurra —le dije.

Avery lo miró a él y luego a mí.

—¿Todos tus amigos de aquí son así de guapos? Porque, en ese caso, a lo mejor no es mala idea que me mude a Colorado...

Me quedé boquiabierto un segundo mientras ella sonreía de oreja a oreja.

—Igual puedes ir y venir de Alaska todos los días —propuse.

Knox soltó una carcajada.

—Si no cubrimos el cupo, la brigada de élite se creará de todas formas, solo que no será bajo el mismo estandarte.

—El de tu padre —terció Avery.

—Eso es.

—En cualquier caso, cuenta con nosotros —contestó Bishop—. Aunque no tengamos el nombre de Legacy, esta seguirá siendo su brigada, su monte.

—Está bien saberlo —dijo Knox—. Y, ahora, vamos a lo divertido. Seguidme.

Se puso a la cabeza y nos llevó a uno de los despachos, en el que había un mapa de Legacy en la pared.

—¿Estás bien? —me preguntó Avery en voz baja mientras lo seguíamos.

—Sí.

—Te noto tenso.

Intenté, en vano, relajarme.

—La única razón por la que quiero marcharme de Alaska y arriesgarme a perderte es que esta era la brigada de mi padre, la que no nos dejaron recuperar hace años, y si ahora tenemos esa oportunidad...

—Hay que aprovecharla —terminó la frase por mí, mirándome comprensiva y con una sonrisa tierna—. Lo entiendo. Y te respeto aún más por eso.

—Pero, si no es la auténtica brigada de Legacy, ¿qué sentido tiene? —repuse.

Ella me apretó la mano.

—Espérate a ver qué pasa mañana y luego decides. De momento... —Se interrumpió y miró a Bishop, que estaba al lado de Knox, junto al mapa.

—¿De momento qué? —pregunté.

—¿Y si fingimos un par de días?

—¿Que finjamos qué? —dije, cogiéndole la cara con la mano libre para que no mirara a otro lado.

—Que esto es algo hecho, que voy a venirme aquí contigo —contestó, y asomó a sus ojos un amago de pánico.

—¿Solo fingir? —le pregunté en voz baja.

—No quiero que sea solo eso —explicó—, pero los dos sabemos que todo esto es mucho más complicado de lo que estamos dispuestos a admitir.

La besé y dejé que mis labios le prometieran lo que aterraba a mi corazón.

—Vale, fingimos. A lo mejor así te haces una idea de lo que sería aceptar la posibilidad de que haya vida más allá de los límites que te has impuesto.

Tragó saliva y asintió.

—De acuerdo. ¿Vamos? —dijo señalando el despacho.

Le apreté la mano a modo de respuesta y entramos juntos.

—¿Estáis bien? —preguntó Bishop, mirándome con los ojos entornados.

—De lujo —contesté, acercándome con Avery al mapa.

—Vale, esta es la parte divertida. Resulta que ahora Bash está forrado. Era consciente de lo que iba a costar reubicar la unidad completa de bomberos forestales aquí y, cuando la semana pasada se enteró de que la formarían los hijos de los antiguos bomberos de la unidad, pues... llamó a algunas inmobiliarias.

Bishop y yo nos miramos y él se encogió de hombros.

—Eso significa que puedes aceptar la bonificación contractual con la que pagar la casa que quieras comprarte o quedarte con una de las once que él ha comprado ya.

—¿En serio? —pregunté atónito.

—En serio —contestó Knox—. No iba a permitir que nada se interpusiera en su camino. Aquí hay barracones, claro, pero, si te traes a la familia... —dijo mirando a Avery— Bash se asegurará de que la transición sea fácil. Ese dinero no es nada para él, te lo garantizo.

—Tecnología —dije respondiendo a la pregunta muda de Avery—. Ha vendido unas apps y ha invertido muy bien el dinero.

—Cojonudamente bien —matizó Knox.

—Eso parece —terció Avery con los ojos como platos.

—¿Qué decís? ¿Venís a ver casas conmigo?

«Vamos, Avery, finge».

—Yo sí —contestó con una sonrisa que rivalizaba con el sol.



Cinco horas más tarde, la había llevado a comer dos veces, le había enseñado mis sitios favoritos del pueblo e incluso la había colado en la redacción del periódico. El viejo señor Buchanan seguía al mando, pero le dijo que andaba buscando un nuevo reportero/editor/diseñador gráfico.

—La vida típica de un pueblo —le dije mientras volvíamos al coche.

Knox nos había prestado un jeep que sacó del nuevo garaje de la unidad. Estaba por estrenar y hacía un día perfecto para llevar la capota levantada.

—Me encanta —contestó Avery, bajándose las gafas de sol al tiempo que se subía al asiento del copiloto y se ponía el cinturón—. Y gracias por pasar por delante del instituto. Addy quería fotos.

—Un placer —respondí cuando salíamos a la calle mayor—. ¿Qué tal se las apaña?

—Dice que la tía Dawn lo tiene todo bajo control. Claro que, aunque la casa estuviera ardiendo, tampoco me lo diría.

—Sabe que necesitas desconectar —comenté—. ¿Dónde está la siguiente casa?

Agarró fuerte el papel porque el viento lo azotaba.

—El 615 de Pine Ave.

Lo metí en el navegador y viramos a la izquierda, rumbo a las afueras del pueblo.

—No tengo claro dónde es eso.

—¿Ha cambiado mucho Legacy desde que te fuiste? —preguntó.

—Hay más cosas que antes. Cuando me marché a Alaska, ya estaba casi terminada la reconstrucción, pero esto ha crecido. Ya rondará los cuatro mil habitantes.

—Es precioso —dijo ella contemplando las montañas circundantes mientras salíamos a la periferia.

—¿Qué te han parecido las seis primeras casas que hemos visto?

—No están mal. No son precisamente el sitio en el que te... nos imagino —rectificó—. Muy modernas, aunque quizá demasiado pegadas entre sí.

—Estoy de acuerdo. Me gusta la idea de vivir cerca de la casa club, pero creo que Alaska me ha cambiado; ahora prefiero estar lejos de la gente.

—Te has asilvestrado —bromeó.

—Un poquito —repliqué.

Nos adentramos en las montañas hasta alejarnos al menos cinco kilómetros del pueblo.

—Pinos —dije metiéndome por una pista de tierra.

—Más de tu estilo —bromeó ella de nuevo y, alargando el brazo, me masajeó la nuca.

Seguimos un par de kilómetros y por fin vimos una casa a la izquierda.

—Guau —suspiró Avery.

«Guau, desde luego».

Enfilamos el largo acceso a la finca y aparcamos. Era una casa tipo cabaña de madera, similar a la mía de Alaska, pero más grande.

—Ha dicho que era de nueva construcción —le comenté mientras bajábamos del jeep—. El paisajismo está sin terminar.

Echó un vistazo al jardín delantero.

—Aquí tendrías que poner unos parterres. Yo podría plantar flores bonitas, de las grandes, para que dieran color a la altura del porche.

Entrelacé los dedos con los suyos y subimos juntos los escalones del porche.

—¿Mecedoras? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Un columpio.

—Un columpio —coincidí mientras tecleaba el código en el cajetín de seguridad, que se abrió para que pudiera girar la manilla.

Y de repente, sin pensármelo siquiera, cogí en brazos a Avery, que era como una pluma contra mi pecho.

—¡River! —rio—. ¡Que no estamos casados!

—Íbamos a fingir, ¿recuerdas?

Me enroscó los brazos en el cuello mientras entraba con ella.

—¡Guau! —exclamó.

—Eso ya lo has dicho —comenté contemplando la casa con ella.

—Igual lo digo veinte veces más.

La entrada y el salón tenían doble altura y, en la planta superior, a lo largo de un corredor con barandilla que circundaba aquel espacio diáfano, se encontraban las demás habitaciones, con lo que ambas plantas quedaban comunicadas por una especie de patio interior. Había más ventanales que paredes, todos con vistas al monte y al bosque.

—Es como si estuviéramos solos en el planeta —dijo Avery mientras la dejaba en el suelo.

Caminamos por el parqué de madera noble del espacio concebido como salón para disfrutar de las vistas desde los ventanales y abrimos la puerta corredera que daba a la terraza.

—¿Te apetece explorar?

Ella asintió emocionada y se puso en marcha. Como era habitual en mi vida, no pude hacer otra cosa que seguirla.

Había una cocina semiprofesional con todo el equipamiento, un comedor, un sótano enorme y bien acabado con salida al exterior, y todo eso antes de subir a la planta de arriba.

La casa entera estaba pensada para venderse rápido, y, aunque el mobiliario no era de mi estilo, el espacio sí.

—Guau —repitió Avery cuando entramos en el dormitorio principal, separado de los otros tres por la pasarela que habíamos visto desde abajo, que iba de un extremo a otro del corredor por encima del salón.

En él había una cama pegada a la pared del fondo, dos vestidores, un baño en suite gigantesco y un ventanal con vistas al monte, igual que en la planta baja. Una puerta conducía a un balcón privado.

Salimos y nos asomamos por la barandilla, que nos sostenía a bastante altura.

—En mi vida he visto nada más bonito —dijo Avery pasándose los mechones sueltos del moño por detrás de las orejas.

—Ni yo —contesté sin dejar de mirarla a ella.

Seguía siendo mi Avery, pero me pareció que en Legacy se sentía más libre, menos agobiada.

No pude evitar preguntarme cómo florecería si conseguía decidir quién era sin que otros la definieran.

—Me lo imagino —dijo con ternura, y volvió el rostro hacia mí.

—¿El qué?

Estaba desesperado por saber cómo se planteaba la vida en Colorado, cómo eran aquel lugar y aquella casa a través de sus ojos, porque yo no la veía más que a ella.

—Me imagino viviendo aquí. Yo podría trabajar en el periódico y Addy iría al instituto. Veo un comienzo de cero tan claro como este olor a recién pintado y...

—¿Te asusta? —me adelanté.

—Me encanta. Es una imagen preciosa. Te imagino aquí, guisando en la cocina, despertándome por la mañana con besos.

—Eso es justo lo que yo quiero —respondí.

—Esta casa es perfecta para ti, deberías quedártela —me propuso, con el rostro enmarcado por la luz vespertina y la melena rubia por el sol, mientras contemplaba el patio inmenso, los árboles y las montañas que yo adoraba casi tanto como a ella.

—Esta casa podría ser nuestra —le dije cogiéndole la mano—. Quiero que estés aquí, que duermas en este dormitorio, que me beses en esa cocina, que nos tiremos en ese sofá a ver del tirón alguna serie malísima de Netflix. Quiero explorar esos montes contigo, hablar contigo, reír contigo, hacerte el amor. —Me llevé sus dedos a los labios y fui besándolos uno a uno mientras ella abría la boca—. Quiero construir una vida contigo aquí. No solo por no perder a mi mejor amiga, sino por lo que hay entre nosotros, por lo que podemos llegar a ser si nos damos una oportunidad.

Con el pecho encogido, aguardé su reacción viendo como su mirada pasaba de mis ojos al paisaje.

Había sido muy cauto con ella los últimos siete años, comedido con mis sentimientos y con lo que dejaba entrever, pero poner todas las cartas sobre la mesa era tan liberador como aterrador.

Habría preferido estar en un incendio. Al menos aquellas llamas sabía combatirlas; a Avery, en cambio, la habría dejado abrasarme si ella hubiera querido.

—Es un sueño precioso —dijo en voz baja.

—Puede ser una realidad.

«No te rindas, Avery».

Suspiró.

—¿Y Addy?

—No tenéis por qué vivir conmigo —respondí—, ya lo sabes, pero aquí hay sitio de sobra. Nada me gustaría más que despertar a tu lado todas las mañanas. Además, el dormitorio del fondo a la izquierda tiene unas vistas estupendas que creo que le encantarían.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Harías eso?, ¿vivirías con Adeline?

—Addy es casi como mi hermana pequeña. No tengo inconveniente en ayudarte a criarla. Tú ya lo has hecho genial hasta ahora, y me gustaría aliviarte un poco esa carga. Además, ese dormitorio tiene la ventana a buena altura y es el cuarto donde sería más difícil que se colara un chico.

Avery rio y le rodaron dos lágrimas por las mejillas.

—No sé qué decir.

Le limpié las lágrimas con los pulgares.

—Dime que sí. Dime que vas a tomar la decisión disparatada de venirte conmigo. Dime que vas a dar el salto conmigo. Por una vez, hagamos algo temerario.

—¿Cómo estás tan seguro de que saldrá bien?

El miedo reflejado en sus ojos habría hecho que me lo pensara de no ser por aquel destello de esperanza que detecté en ellos, y a eso es a lo que me aferré.

—Porque tú ya eres la relación más larga que he tenido. Siempre has sido la mujer a la que he puesto por delante de los demás. Nunca te haría daño, ni te traicionaría, ni me apartaría de ti si supiera que tú sientes lo mismo.

—¿Qué sientes tú? —susurró abriendo la puerta que yo me había esforzado por tener bien cerrada todos esos años.

—Avery, ¿no te das cuenta de que estoy total, completa y locamente enamorado de ti?

No esperé la respuesta, me limité a sellar sus labios con los míos y a demostrarle que todas y cada una de las palabras que había dicho iban en serio.

8

AVERY

Su lengua me devoraba la boca del mismo modo que sus palabras me inundaban el alma: por completo y sin disculpas.

Su confesión había conseguido lo que yo creía imposible y había tumbado hasta la última de las defensas que había levantado para protegerme de él.

Aquello no era un lío pasajero.

Era River.

Mi River.

¡Mira que besaba bien! Lo suyo era una exploración carnal descarada que me tenía arqueándome contra su cuerpo, asiendo su rostro con las manos para tenerlo más cerca.

Cuando me levantó por el culo y me cogió en volandas como si no pesara nada, yo le enrosqué las piernas en la cintura.

Me llevó de vuelta al interior del dormitorio y se dirigió a la inmensa cama con dosel sin interrumpir el beso ni detenerse. Me depositó en el colchón y mis sentidos se activaron.

El tacto de la colcha peluda combinado con el sabor de River, su aroma, el peso de su cuerpo descansando entre mis muslos..., todo se fundió para despertar hasta la última de mis terminaciones nerviosas.

El deseo que había latido en mi interior esa mañana volvió multiplicado por diez, exigiendo que lo saciara.

River me besó más profundamente, con cuidado, con una pasión controladísima. Noté que se contenía en la tensión de sus brazos, de sus dedos. Me deseaba, pero no iba a hacer nada para lo que yo no estuviera preparada.

Saberlo me embriagaba, me relajaba y me inflamaba, todo a la vez, porque era consciente de que iba a darme lo que le pidiera.

Y, además, me quería.

La ternura me inundó el pecho y se propagó por mi ser, acumulándose en mis extremidades hasta que River me acarició las costillas y el deseo lo desbordó todo.

Levanté los brazos por encima de la cabeza, instándolo en silencio a que me quitara la blusa.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—Quiero que me toques —le susurré en la boca, tirándole suavemente del labio inferior con los dientes—. Aquí. Ya.

Aquel iba a ser su hogar, no me cabía la menor duda. En aquel momento, era el mío también, porque él estaba allí.

Pasara lo que pasase con nosotros en los próximos meses, quería tener aquello con él y que él tuviese un pedacito de mí allí, aunque solo fuera un recuerdo.

Me quitó la blusa sin gran alboroto y luego inspiró entrecortadamente.

—Increíble —susurró mientras me enmarcaba con las manos los pechos cubiertos por el sujetador de encaje.

Estampó su boca en la mía con renovado deseo. Entonces empezó a acariciarme los pezones a través del encaje y yo me entregué a sus manos porque necesitaba más. Me pasó una por la espalda mientras yo me arqueaba y, con dedos rápidos, me desabrochó el sujetador, que, tras un hábil movimiento mío, acabó en el suelo. Acto seguido, tenía su boca encima, succionándome un pezón.

—¡River! —le grité mientras me lamía la piel sensible de la zona.

Me restregaba incansable contra su cuerpo. Nunca me había excitado tanto con solo unas caricias, nunca había estado tan desesperada por desnudar a un hombre.

Claro que nunca había estado con River.

—Quítatela —le exigí tirándole de la camiseta.

Se sentó sobre los talones con una sonrisa perversa.

—Tus deseos son órdenes —respondió y, agarrándose la camiseta por el cuello, se la quitó de un tirón.

Mi cerebro no encontraba palabras con las que describirlo, palabras para los relieves de sus músculos, el tostado intenso de su piel caliente, el deseo que le oscurecía la mirada. Era la definición misma del sexo y, de momento, era mío.

Sacudiendo los pies, me quité las sandalias mientras él se estiraba encima de mí, apoyándose sobre un costado para no aplastarme.

—Eres preciosa —me dijo, paseando la boca por debajo de mi mandíbula. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y mis caderas se mecieron involuntariamente—. Tan sexi y, por fin, mía.

Sus palabras coincidieron con mis pensamientos mientras volvía a besarme, privándome de cualquier idea que no fuera su cuerpo y la magia que obraba dentro de mí.

Si con un puñado de besos ya me tenía perdida, ¿qué iba a ser de mí cuando...?

—¡River! —jadeé mientras me colaba los dedos por debajo de la cinturilla de los shorts.

—Dime que no —me susurró cuando aquellos dedos llegaron a mis braguitas.

—Si te lo digo, vas a parar —contesté pegándome a su pelvis.

—Suele ser así, sí.

Detuvo la mano justo encima de donde más lo necesitaba, donde había despertado una especie de latido sordo.

—No pares —le pedí enterrando las manos en su pelo.

Me encantaba su textura sedosa, la forma en que se me deslizaba entre los dedos.

—Avery...

Mi nombre me sonó a oración en sus labios cuando apartó mi ropa interior y empezó a acariciarme el clítoris.

Grité moviendo las caderas, arqueando la espalda, tirándole del pelo.

Se le quedó atrapada la respiración en el pecho.

—Dios, si supieras la de veces que he fantaseado con esto —susurró al tiempo que describía círculos en mi clítoris y después desplazaba los dedos arriba y abajo.

Gemí y lo besé mientras me aferraba con una mano a los músculos de su hombro.

—¿Y estoy a la altura de tu fantasía? —pregunté, casi incapaz de retener un solo pensamiento mientras seguía estimulándome allí abajo.

El placer me recorría entera como una corriente eléctrica, tensándome el vientre. Aunque con los shorts apenas había espacio, me metió un dedo y levanté la espalda de la cama.

—Ni punto de comparación. Tú estás mucho más buena, más mojada... —Sacó la mano de dentro de mis pantalones y, ¡joder!, se chupó el dedo que me había metido dentro—. Más dulce de lo que había imaginado.

—Sigue.

Fue lo único que pude decir, porque era lo único que quería.

No era mi primera experiencia sexual, no era una monja, pero nunca había sentido un deseo tan intenso, una desesperación tan absoluta por alguien.

Me besó hasta llegar a mi vientre; luego me desabrochó los shorts y me los quitó.

—Esto también me sobra —dijo, y detrás fueron las braguitas.

No sentí vergüenza ni incomodidad cuando me estudió con atención, como si necesitara memorizar aquel momento. El deseo de su mirada bastó para hacerme sentir una diosa desenfrenada.

Llevó las manos a mis pechos y los retuvo con la fuerza justa; luego las deslizó por mis curvas, por los lados de los muslos, y me puso las manos debajo del culo.

Sin apartar los ojos de los míos, acercó la boca a mi entrepierna. Grité cuando me lamió, me succionó, me hizo el amor con los dedos y también con la lengua.

Mi cabeza perdió el control de mi cuerpo mientras él me adoraba. Yo me mecí contra su cara, encantada con la fricción de su barba de tres días en la cara interna de mis muslos.

Estrujé las sábanas, luego su pelo, cualquier cosa a la que pudiera aferrarme mientras me entregaba sin vergüenza a todas las sensaciones que me estallaban por dentro.

Y no me soltó hasta que el cuerpo se me puso tan tenso que ya no aguantaba más y la necesidad de alivio se tornó imperiosa.

El placer, casi insoportable, me recorrió en oleadas hasta que reventé en mil pedazos de luz y su nombre fue la única palabra que pude pronunciar.

River me recorrió el cuerpo con los labios, por encima del ombligo, entre los pechos, hasta llegar a mi boca para regalarme un beso asombrosamente tierno.

—Dios, me ha encantado —gimió.

—¿Qué parte? —pregunté con una sonrisa mientras me esforzaba por recobrar el resuello.

—Todo: tus reacciones, tu sabor, la forma en que dices mi nombre... Joder, sobre todo eso.

—River —susurré, y le besé el cuello.

Gimió.

—Sí, así.

—River —repetí, explorando con las manos los músculos espléndidos de su espalda.

Su piel era como satén caliente sobre acero trenzado. Jadeó cuando paseé los dedos por el contorno sensual de los músculos que llevaban a sus pantalones cortos.

—Quítatelos —le ordené.

Con unos movimientos rápidos, se quedó desnudo, exhibiendo aquel miembro erecto, caliente y pesado, apoyado en mi muslo.

—¿Estás segura? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos y acariciándome el labio inferior con el pulgar.

—Sí, quiero que seas mío —contesté, y le besé el pulgar.

—Ya soy tuyo de todas las formas posibles —dijo, y me besó él también, reavivando la llama que creía haber apagado con el orgasmo.

Un envoltorio rasgado y ya estábamos protegidos.

Me cogió en brazos con si nada y, sentado, me subió a horcajadas sobre su regazo. Me cedió el control sin dudarlo un segundo y yo disfruté de la habilidad que tenía para volverlo loco.

Le acaricié el miembro y lamenté no haber tenido tiempo de hacerlo antes.

Él me sostuvo la cara entre las manos mientras yo ponía las rodillas a ambos lados de su cuerpo y me colocaba bien.

Con los ojos clavados en los suyos, la respiración entrecortada y el corazón desbocado, nos unimos poco a poco, con deleite.

Se tragó mi grito de placer con un beso apasionado y nos fundimos en todos los sentidos. Mi cuerpo se dilató para recibirlo y él permaneció completamente inmóvil mientras yo lo recolocaba.

Pero luego no bastó con eso, y menos aún sintiéndolo tan grande y tan duro en mi interior.

Con las manos, me acarició las caderas en cuanto empecé a moverme, clavándome los dedos mientras lo montaba.

—Me encajas de maravilla —dije entre penetraciones.

—Nos —me corrigió, besándome el cuello—. Nos encajamos de maravilla.

Y así era.

Aquello no parecía sexo, sino más bien una forma de completar la unión que nuestros cuerpos exigían, porque nuestras almas ya la habían tenido siempre.

Se le tensó el semblante mientras se concentraba en nuestros movimientos; el sudor nos volvía la piel resbaladiza mientras chocábamos el uno contra el otro y el placer me recorría entera con cada embestida.

Llevó la mano de nuevo a mi clítoris para estimular aquella zona hipersensible con el pulgar.

—No hace... —jadeé mientras él presionaba y luego movía el dedo en círculos. Intenté ordenar mis ideas para volver a hablar—. No hace falta que... No creo que pueda...

—Claro que puedes —dijo, y noté su aliento cálido en la oreja.

Con la mano libre, me agarró de la coleta y tiró suavemente para echarme la cabeza hacia atrás y poder recrearse lamiéndome y succionándome todas las zonas erógenas del cuello.

—Han sido siete años de fantasías, Avery, siete años de imaginar cómo ibas a gritar mi nombre, lo fuerte que te agarrarías a mí mientras te la metía. Siete años esperando a que te corras conmigo dentro. Tengo recursos de sobra para llevarte ahí.

Gemí, sintiendo ya aquella tensión que empezaba a generarse. Cambió de ángulo para poder entrar más y nuestros cuerpos

fluctuaron en perfecta sincronía. Era como si lleváramos años haciendo el amor, tan ajustados, tan bien sintonizados.

—Te quiero —jadeó—. Nunca voy a cansarme de esto..., nunca voy a cansarme de ti.

«Oh, sí. Sigue».

Me moví más rápido hasta que mi mundo se convirtió en una nebulosa de sensaciones y de River, de su aliento, su cuerpo, su aroma, su corazón.

Y fui acercándome al orgasmo hasta que estuve a punto de estallar.

—River —le supliqué.

—Sí —susurró apretando los dientes, y luego ancló su boca a la mía.

Moviendo hábilmente los dedos, me deshizo y se tragó mi gemido con un beso.

En cuanto empecé a desmoronarme encima de él, nos dio la vuelta de forma que yo quedé bocarriba. Mientras nos besábamos apasionadamente, empezó a embestirme a un ritmo que me puso a mil y me produjo un nuevo orgasmo.

Gritó mi nombre mientras se corría, tensando los músculos por encima de mí, y en medio de la bruma de placer no fui capaz de pensar más que en lo guapo que era.

Un beso salado después, se derrumbó y nos pusimos de lado.

Nos miramos, jadeando.

—Creo que esto se nos podría dar muy bien —dije.

Sonrió y se me encogió el corazón, gritando un sentimiento al que no podía, no quería, poner nombre.

—Sí, pero mejoraríamos mucho con la práctica...

—Con mucha práctica... —coincidí.

—Toda la que puedas soportar —me prometió, besándome la nariz. Luego se esfumaron las risas—. Ha sido... No sé cómo describirlo. «Perfecto» se queda corto.

«Arrollador. Demoledor».

—«Perfecto» no está nada mal.

Me besó y me abrazó como si fuera valiosísima para él.

—¿Hola? ¿River? —se oyó una voz femenina abajo.

Buscamos la ropa a toda prisa y nos vestimos mientras él gritaba:

—¡Un segundo!

Di un tropezón intentando ponerme una de las sandalias; por suerte, me agarró justo antes de que cayera al suelo.

—Yo solo quería...

—Perfección —dije, y le di un beso rápido en cuanto estuvimos listos—. Pues ya la tenemos. Vamos a ver quién es.

Bajamos cogidos de la mano y nos encontramos en la cocina a una rubia menuda y voluptuosa registrando la nevera. Se volvió al oírnos y sus ojos verdes se iluminaron de alegría.

—¡Madre mía!

—¿Harper? —preguntó River.

Por la forma en que se arrojó a sus brazos, deduje que sí era ella.

La dejó en el suelo y Harper se volvió hacia mí y me abrazó con idéntico entusiasmo.

—¡Tú debes de ser Avery! —dijo apartándose, sonriente—. Ya me ha contado Bishop que vais directos a la pared del Chatterbox. Yo soy Harper, la hermana de Ryker.

—¿La pared del Chatterbox? —pregunté cuando River me rodeó con un brazo—. ¿Ryker?

River me besó la coronilla.

—A Ryker no lo has conocido aún; ahora mismo está en un incendio con Bash. Son los dos de la edad de Bishop, pero yo me gradué con Harper. Y en el pueblo tenemos la tradición de que las parejas graben su nombre en la pared del Chatterbox, la cafetería de la abuela de Knox, cuando están preparadas para declararse amor eterno.

Se me derritió el corazón.

—En mi vida había oído nada más romántico.

Harper suspiró.

—Es que lo es. Hasta que hay algún divorcio o una aventura amorosa y te encuentras a alguien rascando como un poseso la pared con una navaja.

—Pasa a veces —confirmó River—. Me alegro de verte, Harper, pero ¿qué haces tú aquí?

—Ah, es que Knox me ha dicho que esta casa aún no tenía la luz conectada y, al ver que no volvíais, ha supuesto que no querríais andar a ciegas si os quedabais más rato.

—¿Cómo has sabido que estábamos en esta? —preguntó.

—No lo sabía. He mirado en otras cuatro primero —confesó—. El caso es que ya tenéis luz, por si queréis seguir con... —dijo señalándonos— ese polvo brutal que estabais echando.

—No estábamos... —balbucí espantada.

—Llevas la blusa del revés —dijo, quitándole importancia con un manotazo al aire—. Bueno, el caso es que la ceremonia es mañana por la tarde y la asamblea del consistorio por la noche, así que retozad todo lo que queráis.

Me moría de vergüenza. Era como esa pesadilla en la que vas a clase desnuda, solo que en mi caso yo llevaba la ropa del revés y aquello era real.

—Gracias por venir a ver si estábamos bien. ¿Se pueden hacer pedidos a domicilio aquí?

Harper ladeó la cabeza.

—Igual en Magnolia's. ¿Le digo a Knox que os quedáis con esta?

—A Knox, ¿eh? —contestó River sonriente.

Ella se puso más colorada que la camiseta de tirantes que llevaba.

—Calla, anda.

River rio y le vibró el pecho entero.

—Está bien saber que no han cambiado tanto las cosas por aquí. ¿Emerson ha vuelto ya con Bash?

—¿Cómo lo has sabido?

—A ver, lo de Emmy y Bash cantaba un montón. Casi tanto como la forma en que rondabas tú a Knox, rezando para que ni él ni tu hermano se dieran cuenta...

Lo miró con los ojos fruncidos.

—Uf, y no llevas en el pueblo más que un día. —Luego me miró a mí, con una sonrisita en los labios—. Tú y yo nos vamos a llevar de maravilla. Necesito a alguien que haga piña conmigo contra esta panda.

Asentí con la cabeza y contesté:

—Eso suena bien.

Me gustaba su franqueza, y que ni se andaba con rodeos ni coqueteaba con River. Claro que había visto lo bueno que estaba Knox y, si River estaba en lo cierto y a ella le hacía tilín, tampoco se lo podía reprochar.

—Sí, dile a Knox que nos quedamos con esta —contestó River—. ¿Crees que conseguiremos cubrir el cupo en la asamblea de mañana?

Su sonrisa se esfumó.

—Lo lograremos, de un modo u otro.

La determinación de su semblante era la misma que llevaba años viéndole a River, la misma que le había visto a Knox cuando nos había enseñado la casa club.

Aquella era una generación de acero, con una tenacidad que yo notaba solo con mirarlos.

Compadecía a cualquiera que intentase impedirles recuperar su brigada de élite de bomberos forestales.

9

RIVER

Acaricié la inscripción de su lápida y la pena me envolvió el corazón, aunque hiciera ya ocho años que la habíamos perdido.

—Te echo tanto de menos —le dije, y luego miré a Avery, allí plantada, abrazada al ramo de flores—. Le habrías caído genial.

—Si soy un desastre...

—Pero eres mi desastre —la corregí, porque, con la cantidad de veces que la había hecho mía en las últimas doce horas, estaba convencido de que le iba a costar discutirme ese posesivo.

Avery depositó las flores en la tumba de mi madre mientras yo me quedaba allí plantado, y luego le tendí los brazos y se refugió en mi abrazo.

El cementerio estaba tranquilo, en paz.

—Siento que los perdieras a los dos.

—Al menos ellos ya están juntos. Perder a mi padre en el incendio fue brutal, pero cuando a ella se la llevó un cáncer dos años después... —Negó con la cabeza—. Hubo un tiempo en que pensé que estaba maldito, que nunca me iba a pasar nada bueno.

—Te mereces lo mejor —dijo ella con ternura.

—Todo cambió cuando te vi: frustrada, con la coleta medio deshecha, peleándote con la llave de los neumáticos y las tuercas oxidadas.

—Uf, llevaba media hora en el arcén.

Le aparté el pelo de la cara, encantado de que se lo hubiera soltado.

—Estabas preciosa y me enamoré de ti enseguida.

Ella me miró extrañada.

—¿Por no saber cambiar una rueda? —inquirió.

—Por no rendirte. No habrías podido sacar aquellos pernos ni de coña, pero seguías intentándolo. Cuando me enteré de que estabas criando a Addy, cuidando de tu padre..., nada en este mundo me habría impedido quererte.

—Y ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque no estabas preparada y me daba pánico. Había perdido a todos mis seres queridos salvo a Bishop. Cuando se incendió el pueblo y murió mi padre, me marchité un poco por dentro y empecé a acostumbrarme al dolor. No quería que se me notase, claro. El pueblo entero estaba de duelo y éramos dieciséis los que nos habíamos quedado sin padre, e Indigo, sin madre. En medio de aquel pesar colectivo, no nos estaba permitido derrumbarnos, y menos aún con tantísimos ojos encima.

—Ay, River... —susurró, abrazándome más fuerte.

—Luego empezó la reconstrucción y mi madre enfermó. Murió el verano de mi primer año de secundaria, y el instituto nuevo se inauguró cuando yo estaba a punto de graduarme.

—Y entonces Bishop y tú os vinisteis a Alaska.

Apoyé la barbilla en su cabeza, disfrutando de lo bien que encajábamos.

—Y el resto ya lo sabes.

—Ojalá supiera cómo termina.

Se me cayó el alma a los pies al ver que, con lo mucho que le gustaba fingir, aún no se hubiera decidido de verdad sobre lo de mudarnos juntos a Legacy.

Porque, por mucho que yo quisiera a mi equipo y a mi familia, ella también adoraba a los suyos, y no iba a abandonar a su padre.

En un lugar que me había hecho sufrir tanto, no pude evitar preguntarme si la peor de las pérdidas aún estaba por llegar.

—Y yo, nena.



La ceremonia fue sombría.

Bishop y yo cogimos la corona de flores para nuestro padre y la depositamos a los pies del nuevo monumento, junto con las otras diecisiete.

Habían pasado diez años y aún lo echaba muchísimo de menos.

Un hombre extraordinario, una fuerza de la naturaleza. En muchos sentidos, Bishop era idéntico a él, solo que el tiempo dedicado a criarme lo había endurecido mucho: mi padre era optimista, mientras que Bishop le veía peligro a todo; mi padre amaba a mi madre con la misma intensidad que yo quería a Avery, mientras que Bishop se mantenía alejado de cualquiera que pudiera marcharse.

Mirando a los otros hijos de los bomberos de la brigada original, que también habían crecido sin su padre o sin su madre, caí en la cuenta de que las bajas de aquel día habían ido más allá del puñado de bomberos cuyo cuerpo descansaba en el cementerio de Aspen.

Todo el pueblo perdió.

Cuando el fuego acabó con nosotros, las casas, los negocios y los recuerdos quedaron reducidos a cenizas, pero siempre nos pareció que habíamos perdido algo más.

Ocupamos nuestros asientos en la ceremonia y sonaron las campanas, una por cada pérdida, por cada sacrificio, por cada decisión tomada el día en que subieron al monte con las estadísticas y la climatología en contra.

Avery me cogió de la mano y me dio estabilidad, como siempre. Yo me concentré en el tacto de sus dedos entre los míos y procuré mantener a raya los recuerdos, pero los más crudos volvieron a asaltarme: la orden de evacuación, la forma en que mi padre nos abrazó, en que besó a nuestra madre, en que le pidió a Bishop que me echara un ojo en su ausencia.

Mi determinación se afianzó con cada campanada. La asamblea podía temer la responsabilidad de montar otra brigada de élite de bomberos forestales, negarnos el nombre de Legacy y sostener que era por proteger el maltrecho corazón de los habitantes del pueblo, pero esa unidad había sido nuestra familia y, joder, íbamos a recuperarla.

Cuando terminó la ceremonia, nos pusimos los dieciséis en fila, mirando al monumento: de la más pequeña, Violet, que no había

llegado a conocer a su padre, al mayor, Shane Winston, que estaba fuera, en la universidad, cuando ocurrió todo.

Los que no iban a formar parte de la nueva brigada, bien porque eran demasiado pequeños, bien porque no les interesaba ser bomberos, se fueron y nos quedamos solo los que sí.

—¿Estáis del todo seguros de esto? —preguntó Bash, con Emerson a su lado.

El tiempo había convertido a aquel tío temerario de pelo oscuro en un hombre de lo más testarudo.

Miré a mi alrededor y vi que todos asentíamos.

—Nos atacarán con uñas y dientes —nos advirtió Bash—. Esto no les interesa. Les aterra lo que podría ocurrir —añadió mientras observaba a los miembros más jóvenes, que no tendrían más de veinte años.

—Estamos contigo, Bash —contestó Bishop, a mi lado—. No nos lo arrebatarán.

—Cuenta con nosotros —coincidimos todos.

Cuando miré a Avery, le vi una sonrisa forzada y recé por que se quedara; en aquel momento, tuve claro que yo no podía irme.

10

AVERY

—¿Y ese quién es? —le pregunté a Harper mientras inspeccionábamos al grupo que llenaba la casa club.

La unidad de bomberos forestales de Legacy había cubierto el cupo exigido y la asamblea había aprobado a regañadientes la dotación, después de que apareciera Spencer, el único superviviente de la brigada de élite original, y accediera a liderar el equipo.

—Ese es Ryker, mi hermano —contestó Harper.

—Vale —dije, procurando acordarme de todos los nombres—. Y el que está al lado de River es Bash.

—Sí, Sebastian Vargas, pero desde que era pequeño todo el mundo lo llama Bash. Y la de pelo castaño que está a su lado es Emerson, mi mejor amiga.

—Demasiados nombres —mascullé.

Harper rio y le dio un sorbo a su cerveza.

—Tranquila, ya te los aprenderás. Somos como una familia gigantesca. Pasamos mucho tiempo juntos, ya lo verás.

«Si es que me quedo aquí».

Cuanto más tiempo llevaba en Legacy, más me apetecía..., más lo necesitaba, en realidad.

Me encantaba aquel pueblo: la gente, los bomberos... y River. Lo único que tenía que hacer era convencer a mi padre de que viniera, de que a lo mejor el cambio le sentaba bien.

Había sido un detallazo que River se ofreciera a alojar a mi padre con nosotros, pero igual llegaba un momento en que él podía valerse por sí mismo... y yo podría tener vida propia.

Addy me decía en sus mensajes que estaba todo bajo control, así que a lo mejor era posible.

Sí. Iba a conseguirlo... quizá.

—¿Qué pasa, Avery? —me preguntó Bishop, acercándose.

—¿Podemos dar un paseo? —le pedí, porque necesitaba un confidente que no fuera River.

Arrugó la frente, extrañado.

—Claro.

Me ayudó a levantarme y salimos por la puerta lateral de la casa club.

Tomé una bocanada de aire y agradecí la quietud del exterior. Me ardían los pulmones, pero me iba acostumbrando a la altitud, más o menos.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó; Bishop no era muy de andarse por las ramas.

—No lo sé —contesté.

—¿Qué quieres hacer? No me refiero a lo que quiere River ni a lo que quiere tu padre... ¿Qué quieres tú?

Pensé en los dos últimos días, en la paz, la libertad, la felicidad absoluta que me producía la posibilidad de empezar de cero con River.

—Quiero estar aquí.

—Pues ya tienes la respuesta.

Resoplé.

—Lo que quiero y lo que puedo hacer casi nunca coinciden.

—Avery, si estás dispuesta a dejarlo todo, a irte de Alaska y empezar de cero, ya has salvado el mayor de los obstáculos. Bueno, eso y jugarte la vida con las comidas de River.

Esbocé una sonrisa.

—Sí, eso también. ¿Tú crees que podré convencer a mi padre de que venga? Adeline está más que dispuesta, pero no puedo tomar la decisión yo sola. No puedo abandonarlos, como tampoco tú podrías abandonar a River.

Arrugó el gesto.

—A ver, River ya es mayorcito. Si no hubiera querido venir, se habría quedado en Alaska. Sus decisiones las toma él. Me alegro de

que esté aquí conmigo, por supuesto; si va a seguir siendo bombero, prefiero que esté en mi unidad, pero no pienses ni por un segundo que yo no habría venido sin él. Merece tener una vida propia, igual que tú.

—¿Y si me mudo aquí y lo nuestro no sale bien? —le pregunté, verbalizando el mayor de mis temores—. ¿Y si lo dejo todo para venir aquí, terminamos fatal y lo pierdo de todas formas?

Me agarró de los hombros y se inclinó para mirarme a los ojos.

—Ese es un riesgo que vas a tener que asumir. En esta vida no hay nada garantizado, y en el amor menos aún. Solo puedo decirte que te quiere desde que te conoció. Daría y haría cualquier cosa por que esto funcionase. Un amor de esa clase, de los que nacen de una amistad tan profunda como la vuestra, no es fácil de encontrar. Hay que pelearlo. Te digo lo mismo que le he dicho a él: lo vuestro merece la pena.

—Gracias —contesté en voz baja.

—No me des las gracias. Aún te queda mucho por hacer. Ojalá pudiera estar ahí para echarte una mano.

—¿No vas a volver a Alaska? —Me dio un vuelco el corazón.

—¿Para qué? Hice las maletas y recogí todas mis cosas antes de marcharme. River se encargará de mandar el camión con lo mío y lo suyo. Bash me necesita en Legacy. Hay que reubicarse, y allí ya no me retiene nada.

—Supongo que, cuando dijisteis que teníais hasta la primavera, pensé que...

No terminé la frase, porque los dos sabíamos cómo acababa.

Cuando Bash había conseguido que se aprobara la activación de la brigada para primavera, yo había entendido que se ampliaba el plazo, que disponíamos de unos meses más para arreglarlo todo, para convencer a mi padre. Que había tiempo para coordinarnos.

—Igual River sí lo aprovecha —repuso él—. Es lo que te decía: cada uno toma sus decisiones. Si él prefiere pasar el invierno en Alaska, cuenta con mi apoyo. No tiene por qué volver hasta abril.

—Es que yo necesito tiempo.

—Ya, él también, solo que igual ahora mismo no nos sobra, precisamente...

Se abrió la puerta que teníamos a la espalda y salió River.

—Eh, ¿me estás levantando a la chica o qué?

Bishop me apretó los hombros por última vez.

—No, toda tuya. —Se acercó a la puerta, pero se giró antes de entrar—. Recuerda lo que te he dicho, Avery: sus comidas van a acabar contigo.

Luego sonrió a su hermano, entró y nos dejó a solas.

—Capullo —dijo River por lo bajo.

—¿Vas a aprovechar el plazo extra? —le pregunté—. ¿Piensas quedarte en Alaska hasta primavera o te mudas ya mismo?

Él me miró extrañado.

—O sea, que estabais hablando de eso...

—Contesta, por favor, porque estoy empezando a agobiarme.

Vino hacia mí y me abrazó, estrechándome contra su cuerpo. Apoyé la cabeza en su pecho y dejé que me envolvieran su aroma y los latidos de su corazón, que tan bien conocía ya.

—Lo que a ti te venga mejor —me contestó, con la barbilla apoyada en mi cabeza—. Si quieres que nos mudemos ya, cogemos a Addy y a tu padre y nos venimos. Si prefieres esperar a la primavera, tendré que ir y venir unas cuantas veces, pero podemos hacerlo.

—¿Esperarías a que yo lo organizara todo?

—Si me aseguras que te vendrás aquí, a construir una vida conmigo, te espero lo que haga falta —repuso estrujándome.

Inspiré con dificultad, consciente de que lo que estaba a punto de decir iba a cambiarlo todo. Luego miré aquellos ojos oscuros, iluminados por la luz intensa de la luna.

—Quiero mudarme. Quiero vivir aquí contigo. A ver, no aquí, justo aquí, sino en nuestra casa de aquí. Quiero que esto, lo nuestro, funcione. Voy a dar el paso.

Decir aquellas palabras me liberó como nada me había liberado antes.

Todas las posibilidades de mi futuro estaban clarísimas y sus colores eran tan intensos que casi podía saborearlos.

Después, lo único que pude saborear fue a River mientras me besaba.

Esa era la vida que quería: los besos de River, sus abrazos, su amor..., todo.

El beso fue apasionado, exigente, y de pronto me vi con la espalda pegada al edificio, atrapada entre la pared y él.

Daba igual las veces que lo hubiera besado en la última semana, porque cada beso me parecía nuevo y, al mismo tiempo, era como volver a casa.

—Esto es para ti —dijo rozándome la oreja con los labios a la vez que me ponía algo frío y metálico en la mano.

—¿Una llave? —pregunté, examinándola a la escasa luz de la luna.

Con aquella sonrisa podría haber iluminado el mundo.

—Acabo de firmar el contrato de la casa. Esta llave es para ti. Sin presiones. No es más que una llave.

Era bastante más que una llave.

—Me encanta —dije, apretando tanto el puño que me la clavé un poco en la palma.

—A mí me encantas tú —contestó él.

Sentí que iba a estallarme el corazón.

Fue como si, al decir lo que quería, por fin hubiera roto las cadenas con las que me había atado a mí misma.

—River —susurré, apartándolo para mirarlo a los ojos—. Te... —Me sonó el móvil con el tono de Addy. Ella no llamaba nunca, era más de mensajes, así que debía de ser urgente—. Uf... —suspiré, y saqué el móvil del bolsillo—. Un segundo. —Contesté la llamada—. ¿Addy? ¿Qué ocurre?

—¿Avery? —sollozó mi hermana.

Me dio un vuelco el corazón y mi mundo se redujo a la vocecilla del otro lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Es papá. Se... —Oí otro sollozo y me obligué a respirar—. La tía Dawn no le escondió las pastillas y las ha encontrado.

—Ay, Dios. —Me habría desplomado si River no llega a cogerme y enderezarme—. Addy, ¿está...?

—Lo han ingresado por sobredosis. Lo tienen intubado y no saben... —Empezó a hipar—. ¿Puedes venir?

Miré a River a los ojos y, cuando lo vi asentir con la cabeza, supe que había oído lo que me había dicho mi hermana.

Se me volvió el mundo del revés: la realidad de la que había estado tan segura hacía unos minutos se esfumó y una nueva ocupó su lugar.

—Voy para allá.

11

RIVER

Bebí otro sorbo del café de la máquina del hospital e intenté mantenerme despierto.

Llevábamos dieciséis horas de viaje a nuestras espaldas, pues la noche anterior habíamos conducido hasta Denver para coger el primer vuelo que encontráramos. Avery no había querido esperar a coger el que salía de Gunnison por la mañana.

Habíamos ido directos al hospital, donde tenían a su padre en la UCI, y yo me había pasado por lo menos dos horas en la sala de espera, confiando en que ella estuviera bien allí dentro, con él.

—Dicen que, si pasa de esta noche, se recuperará —me comentó Adeline, acurrucada a mi lado.

—Tu padre es un tío duro —contesté, porque, por muy imbécil que fuera, ningún niño se merecía perder a su padre de esa forma.

—Lo odio —masculló—. ¿No puede ser un padre normal?

Dejé el café encima de la mesita y la envolví con el otro brazo.

—Ya, ¿y sabes qué?, que no es justo. Pero tu hermana y tú sois dos de las mujeres más fuertes y más listas que conozco, y eso tiene mucho que ver con todo lo que os ha pasado. No lo odies, Addy. Se enfrenta a algo que nosotros no entendemos.

Lo malo era que yo sí que lo odiaba.

Me fastidiaba que, en cuanto Avery se había enterado de su sobredosis, se hubiera cerrado en banda. Estaba distante; se habían esfumado las miradas tiernas, las caricias cariñosas; se habían evaporado los besos, las conversaciones sobre nuestro futuro.

Desde la llamada de Adeline, Avery se había limitado a mirar fijamente por la ventanilla de todos los aviones que habíamos cogido

y me respondía solo con monosílabos.

Mi Avery había ido desapareciendo mientras hacíamos la maleta, viajábamos en coche, en avión y llegábamos.

Y no me cabreaba solo que se hubiera apartado de mí como pareja, sino que, además, me había dejado fuera como amigo. Se había encerrado en sí misma y había levantado un muro tan alto que iba a necesitar una puta escalera para salvarlo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le pregunté a Addy.

—No, me da miedo que, si me voy...

«Haya muerto cuando vuelva».

Lo oí alto y claro aunque no lo dijera.

—Te entiendo.



Pasó otra hora hasta que por fin salió Avery.

Me erguí en el asiento, pero ella negó con la cabeza.

—Sigue... Aún vive —susurró, y luego señaló a su hermana—. ¿Cuánto lleva dormida?

—Una media hora —contesté en voz baja.

Asintió y se sentó a mi otro lado.

Estaba pálida y ojerosa, pero lo peor era su rostro inmutable, que no daba pista alguna de lo que sentía.

—¿Cómo se encuentra? —quise saber.

—Estable —contestó, encogiéndose de hombros—. La tía Dawn está hecha polvo. No llegué a contarle lo mal que estaba papá. Supuse que, si me las arreglaba sola, ¿para qué iba a airear los trapos sucios?

Entrelacé mis dedos con los suyos y apreté un poquito.

—Lo has hecho de puta madre, mejor que nadie que yo conozca. Lo que ha pasado no es culpa tuya, sino de él.

Avery asintió despacio, repetidas veces, tanto que casi pareció que se mecía en busca de consuelo.

—Debería haber estado aquí.

BUM. Oí cómo se me caía el alma a los pies con cada palabra.

—No es culpa tuya —insistí—. Tenlo presente, porque, si no, acabará contigo.

Siguió meciéndose, pero cambió la dirección de la cabeza y empezó a negar.

—Tendría que haber estado aquí. Yo sé que hay que esconderle las pastillas, porque sé de lo que es capaz.

—Avery... —le supliqué.

Se puso en pie, me soltó la mano y volvió a la UCI.



Dos días después, el padre de Avery seguía vivo.

Ella, en cambio, no lo parecía.

Estaba demacrada, callada y apenas salía de la habitación, salvo cuando las enfermeras se lo pedían. Dormía en los sofás de la sala de espera y solo iba a casa a ducharse.

El día anterior había dejado de intentar que me hablara. Se abriría cuando ella quisiera y, hasta entonces, era como rascar el portón de Fort Knox con un puto palillo.

Así que, en vez de pasar horas allí sentado, esperando a que se diera cuenta de que estaba con ella, me puse con la lista de cosas pendientes que Bishop me había mandado por mensaje.

—El viernes me parece genial —le dije a la empresa de mudanzas —. Me deja alucinado que podáis hacerlo para entonces. Mil gracias.

Colgué y taché de la lista «contratar mudanza» mientras me bebía un vaso de agua de un solo trago.

Ya había puesto a la venta su camioneta en Craiglist y había quedado con un posible comprador para que la viera. No estaba mal para un martes por la mañana.

Bishop, por su parte, había solicitado la instalación de la televisión por satélite en nuestra nueva casa de Colorado.

«¿Nuestra? ¿Ella se mudará al final?».

Alguien llamó a la puerta y sobresaltó a Zeus, que empezó a mover la cola como un cachorro cuando abrí y vio que era Avery.

Llevaba el pelo recogido en un moño revuelto, pero lo llevaba limpio, y los vaqueros y la camiseta de béisbol no eran los que le había visto por la mañana.

—Hola. No hace falta que llames a la puerta.

Ella se encogió de hombros, entretenida acariciando a Zeus.

—No quería irrumpir. ¿Tienes un par de minutos?

Me miró por fin, pero aquellos ojos fríos y desapegados me revolvieron el estómago.

—Claro, pasa.

Entró, con cuidado de no rozarme, y todos mis sentidos se pusieron en alerta máxima mientras las sirenas me atronaban en los oídos.

—Mi padre está consciente —anunció cruzándose de brazos, no en actitud defensiva, sino más bien como abrazándose.

—Qué bien. —Se iba a recuperar. Pero mi alivio no duró mucho, porque, cuando fui a tocarla, se apartó—. ¿Avery...?

Negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior un instante.

—Quédate donde estás. Si me tocas, no puedo pensar.

—Vale —respondí con toda la calma que logré reunir, metiéndome los pulgares en los bolsillos de los pantalones cortos para no ponerle las manos encima.

La veía tan pequeña, tan indefensa, que me partía el alma que no me dejara tocarla.

—Está consciente y habla desde esta mañana. Ha ocurrido justo después de que te fueras, de hecho.

—Eso es muy buena noticia. ¿Qué te pasa? No es que sea buena noticia, es que es maravillosa. Se va a recuperar. Quizá hasta sea un punto de inflexión para él...

Avery soltó una carcajada amarga y hueca.

—No va a cambiar. Nunca cambiará. Tampoco va a mudarse a Colorado. Se niega. Dice que yo tengo la culpa de todo por haberme ido y que, en cuanto vuelva a marcharme, lo hará otra vez.

—Avery...

Dios, me daban ganas de estrangularlo.

Ella no tenía la culpa de nada, pero su padre le había inculcado esa responsabilidad desde tan pequeña, ese sentido del deber, que

se había convertido en parte de su ser.

—Ni siquiera lo ha hecho a propósito, eso es lo más curioso. No es que se tomara el frasco entero ni nada, solo se subió la dosis de los analgésicos, pero, como la que tenía ya era alta, se provocó una sobredosis sin quererlo.

—No es culpa tuya. Pienso repetírtelo cada minuto de cada día hasta que lo entiendas. Tu padre ya es mayorcito. Tomó esa decisión como el adulto que es.

—Sí que es culpa mía. —Se echó a llorar—. Por marcharme. Pensé que podía cuidar de él otra persona, y mira lo que ha pasado. Nada de esto habría ocurrido si yo hubiera estado aquí, en mi sitio, cuidando de mi familia. —Se frotó con las manos los ojos irritados, de un azul todavía más intenso de lo habitual—. ¿Cómo se me ocurre?

Me acerqué a ella, ignorando sus instrucciones, y le aparté suavemente las manos de la cara.

—Se te ocurre porque tú también mereces ser feliz. Mereces una vida, amor, hijos, un futuro que no consista solo en estar pendiente de que a tu padre no se le vaya la olla.

—Pero no es así —replicó en voz baja, suplicándome con los ojos algo que no sabía cómo darle—. A veces nos toca el palito corto. Tú perdiste a tu padre y luego a tu madre, ¿vas a decirme que no te sentirías igual que yo en mi lugar? Si tuvieras la oportunidad de estar ahí, pendiente de ellos, ¿te marcharías o te aguantarías porque es lo que te ha tocado y te conformarías con que siguieran vivos?

El pedacito minúsculo de esperanza que había seguido albergando proclamó su derrota y feneció.

—No vas a mudarte conmigo a Colorado ahora mismo —dije.

Negó con la cabeza.

—No puedo. Mira lo que ha pasado por dejarlo solo.

Inspiré hondo para serenarme y tiré del plan B.

—Vale, pues pasamos aquí el invierno, esperamos a que se recupere un poco y volvemos a hablarlo en primavera. Para entonces, igual está más lúcido y decide otra cosa.

—No —susurró—. Dice que prefiere morir en esa casa que mudarse. Es donde estábamos todos cuando vivía mi madre. Es lo

único que le queda.

—Nunca he intentado trasladar una casa entera, pero puedo hacer unas llamadas —intenté bromear, agarrándome a lo que pude.

—Se siente solo. Me acusa de no estar nunca en casa, y tiene razón. Entre los dos trabajos y quedar con...

—Conmigo —terminé la frase, tenso.

—Contigo —confirmó en voz baja—. Con todo eso, nunca estoy con él, y no quiere meter en casa a ningún desconocido.

—¿Qué intentas decirme, Avery? —pregunté, con un boquete en el pecho del tamaño de un agujero negro.

Ella me miró con toda la tristeza del mundo en los ojos... y lo supe. Lo supe, joder.

—No vas a venir nunca.

—No puedo. Si le pasara algo, no me lo perdonaría jamás.

Mareado, intenté encontrar un plan C.

—Vale, pues pido la temporalidad. Trabajo con la brigada de élite de Legacy en verano y vuelvo aquí en invierno. Es una mierda, pero nos las apañaremos.

Ella negó una vez más con la cabeza.

—No, no saldría bien. Seríamos infelices los dos y, al final, me lo reprocharías. No haríamos más que posponer lo inevitable.

—No me hagas esto.

Avery se zafó de mis manos y me cogió la cara con las suyas, acariciándome con las palmas la barba de un día.

—Eres el más increíble de los sueños. Lo que soñábamos juntos..., tal vez en otra vida, con otra chica que pudiera alejarse de sus responsabilidades. Yo nunca seré esa persona. Quizá si Adeline fuera mayor..., pero son demasiados peros.

—Llamo a Bash y le digo que dejo la brigada. Hay otro tío al que podrían llamar, ya me encargo yo de convencerlo para que acepte —propuse.

Avery me acarició con el pulgar el labio inferior.

—Que te quedes no va a solucionar nada. Perderías la posibilidad de formar parte de la nueva brigada de élite de Legacy, y la perderías por mi culpa.

—Me da igual. Sin ti, todo me da igual —repliqué.

Ella me quitó las manos de la cara y entonces entendí que estaba equivocado: no me estaba agarrando a un clavo ardiendo, me aferraba desesperadamente a ella.

Se me escapaba entre los dedos como el agua, imposible de retener y aún más difícil de eliminar por completo, porque ya me había empapado el alma.

—No puedo estar contigo, River. Ni ahora ni nunca. Yo no puedo irme y tú no puedes quedarte. Nuestro sueño ha sido precioso, los días más felices de mi vida, pero ya es hora de despertar. No soy una cría. No puedo ir por la vida haciendo lo que se me antoje, y no a todo el mundo le toca el cuento de hadas.

—Tú eres mi cuento de hadas —protesté—. Eres la única mujer a la que he querido, la única a la que querré, y no pienso rendirme tan fácilmente.

—¡No te estoy dando elección! —me gritó, alejándose de mí.

Aquella falta de contacto físico era como si me cortaran un brazo o una pierna. Mis nervios pedían a gritos que la recuperara.

—Dios, ¿es que no lo ves? —prosiguió—. Aún soy la chica de la rueda pinchada y las tuercas oxidadas. No voy a ceder. No voy a abandonarlo. ¡La gente decente no hace eso!

Me pasé las manos por la cara, desesperado.

—¿Y qué se supone que me toca a mí?, ¿dejarte porque eres una persona decente?, ¿porque te has ofrecido a hacer lo que no ha querido hacer nadie más? ¿Esperas que me vaya y traicione mis principios?

Avery negó con la cabeza y le rodaron por las mejillas dos lágrimas cristalinas.

—No, lo que espero es que hagas por tu familia lo que debes hacer. Vete a Colorado. Conviértete en quien estabas destinado a ser. Vive en esa casa y sé feliz, River. ¡Sé feliz!

—¡No puedo ser feliz sin ti! ¿En serio piensas eso de mí?, ¿que puedo mudarme, empezar de cero y olvidarme de que existes? Te llevo en cada respiración, en cada pensamiento. No pienso dejarte aquí para que cargues tú sola con esto, para que críes a Addy, cuides de tu padre, te mates a trabajar. No soy así.

—No depende de ti —respondió, limpiándose furiosa las lágrimas —. Tanto si te vas como si no, hemos terminado. No pienso quedarme sentada esperando a que me lo reproches, viéndote besar esa foto cada vez que vuelves de un incendio. Eso me mataría mucho más que saber que eres feliz en otra parte, con otra persona.

Una rabia pura e intensa me ahogaba, y tuve que tragar saliva un par de veces para controlarme.

—Si piensas que puedo reemplazarte tan fácilmente es que no me conoces.

—Solo hemos tenido unos días —dijo en un susurro.

—Hemos tenido siete putos años.

—Y ya está. Hemos terminado.

—Avery...

—¿Cómo piensas arreglar esto, River? ¿Has pensado en qué pasaría si te quedaras aquí y Bishop muriera en un incendio? No lo superarías nunca. El remordimiento acabaría contigo. ¿Y si me fuera contigo y mi padre muriera porque yo no estaba aquí, cuidándolo? Soy su hija. Sangre de su sangre. Se lo debo a mi madre. Se lo prometí, y por mucho que... —Se me paró el corazón al verla inspirar hondo y cerrar los ojos un instante—. Por mucho que me importes, terminaría odiándote por haberme hecho abandonar a mi familia para estar contigo.

«Odiándote».

La palabra fue como una puñalada en el pecho, e igual que con una herida física, me sangró el corazón en aquel suelo de madera maciza.

—Estás rompiendo conmigo de verdad...

—No tengo alternativa.

Negué con la cabeza.

—No es verdad, tienes muchas, solo que te niegas a aceptarlas. No he dicho que sean fáciles, pero las tienes. Yo, en cambio, me quedo aquí plantado dejando que me hagas pedazos porque no te apetece jugártela, ¡joder!

—¡No hay nada que jugarse! La situación es la que es.

—No sabes qué puede pasar durante el invierno. No tienes ni idea. Te estás dejando mangonear por él, como siempre. Como amigo, he

soportado que pusieras a todo el mundo por delante de ti una y otra vez, pero, como el hombre que te quiere, abiertamente y en voz bien alta, no soporto ver lo que te estás haciendo.

—Pues no mires. Vete a Colorado.

—Me alucina que pienses que puedes decidir eso por mí.

—Eres como un idiota al volante que acelera hacia un precipicio sabiendo lo que va a pasar, pero que se niega a dar un volantazo o a frenar.

—Y a ti te da tanto miedo el precipicio que no eres capaz de buscar otra salida —repliqué.

—¿Sabes lo que pasa si saltas al vacío? Que la palmas, te haces papilla.

—O igual sales volando. Joder, Avery, ¿por qué me lo pones tan difícil? ¿Por qué no me dejas quererte y ya está?

Puso la misma cara que si le hubiera dado un bofetón, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas, mientras nos mirábamos con un solo ruido de fondo: el del palpitar de mi corazón, el de mis latidos retumbándome en los oídos.

—Yo no quería que esto terminara así —susurró.

—Sí, bueno, yo no quería que terminara.

—Lo siento mucho —dijo con un hilo de voz.

—Ya somos dos.

Avery asintió con la cabeza, se dirigió a la puerta y se detuvo un momento antes de abrirla.

—Adiós, River.

Resistí todos y cada uno de los impulsos que me pedían que fuera tras ella y la besara hasta que recobrase la cordura, que la obligara a entender que podíamos conseguirlo, porque, por imperfectas que fueran las circunstancias, nosotros éramos perfectos el uno para el otro.

Pero estaba harto de obligarla a ver las opciones.

La decisión era suya.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo mientras pronunciaba las palabras que ella quería oír.

—Adiós, Avery.

El ruido de la puerta al cerrarse resonó por todos los poros de mi ser. Solo entonces dije lo que necesitaba decir.

—Te quiero.

El futuro que había planeado, soñado, anhelado se desintegró delante de mí.

Mi corazón se hizo añicos como el cristal del vaso que estampé contra la pared, por la que chorreó el agua hasta estropear la pintura.

12

AVERY

—Soy yo el que está ingresado, pero tú la que está hecha un asco —me dijo mi padre cuando entré en su habitación.

—Deja a la chica en paz, Jim —me defendió mi tía desde el sillón en el que estaba sentada, al lado de la cama de hospital—. ¿Estás bien, cielo?

—Estoy bien —contesté. Lo mismo que había contestado desde que había roto con River tres días atrás.

Se lo decía a mis compañeros de trabajo cuando me preguntaban por qué tenía los ojos tan irritados; a Addy cuando me sorprendía mirando al infinito, pensando en él, y me lo decía a mí misma cada vez que notaba que se derrumbaban mis muros defensivos y afloraban las emociones peligrosas.

—Pues estás hecha un asco de todas formas —insistió mi padre, incorporándose en la cama con un gemido—. Ojalá no me hubieran bajado la medicación.

—Tienes que volver a ser funcional —le dije—. Además, con la nueva fisioterapia, a lo mejor hasta pueden ir quitándote las pastillas.

—No pienso ir al fisio —protestó.

—Claro, ¿para qué hacer algo que podría sentarte bien? —espeté —. Súbete la dosis, mejor, a ver si terminamos aquí otra vez.

—¡Ojo con ese tono! —replicó furioso—. ¡Tu madre se avergonzaría de ti!

Cerré la boca de golpe, encendida de rabia.

Ella había sabido llevar a mi padre con mucha más elegancia de la que yo iba a tener jamás... y eso le había costado la vida.

—Jim —le advirtió la tía Dawn—. Avery no tiene la culpa de que estés aquí. Esto te lo has hecho tú solito.

Antes de que él pudiera rebatírselo, entró el médico para darle el alta.

Miré por la ventana hacia la casa de River y me pregunté qué estaría haciendo, si seguiría cabreado conmigo.

«¿Me he equivocado?».

Corté de raíz esa línea de pensamiento antes de que acabara conmigo.

No me había quedado otra; tenía que dejarlo libre para que no nos hiciéramos polvo el uno al otro.

«Demasiado tarde».

Escuché con atención las instrucciones que el médico le daba a mi tía para el alta: los analgésicos que podía tomar mi padre, el fisio al que tenía que acudir...

Debería haberme dado las instrucciones a mí; a fin de cuentas, su responsable legal era yo, pero el médico no tenía por qué saberlo. Lo lógico era pensar que la mujer de cincuenta y tantos cuidase del hombre de cincuenta y tantos, y no que lo hiciera la joven de veinticinco.

Poco más de una hora después, ya teníamos a mi padre instalado en el sofá del salón.

—Dame el mando —me exigió cuando la tía Dawn fue al coche a por su bolsa. Se lo di sin rechistar, harta de discutir con él por sus modales—. Y una de esas pastillas blancas.

—No, que aún no te toca —contesté apartando las medicinas.

—¡El adulto soy yo! —me gritó.

—¡Y yo! —repliqué—. ¡Eso es en lo que me has convertido! Si quieres ser adulto, compórtate como tal.

Guardé las pastillas en la bandejita que teníamos sobre el frigorífico, me agarré fuerte a la encimera e, inclinándome hacia delante, intenté respirar hondo.

De pronto, todo me asfixiaba, como si mi vida fuese una habitación en que las paredes se me estuvieran arrimando o como si me encontrara atascada en el compactador de basura de *Star Wars*.

Pero yo había dejado marchar a mi Han Solo.

Ahogada, me dirigí dando tumbos a la puerta, agarré las llaves del coche y salí.

Necesitaba verlo, aunque solo fuera un segundo; aunque me mandara a la mierda, lo necesitaba.

—¿Avery? —La tía Dawn tropezó conmigo en los escalones—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —contesté automáticamente, bebiéndome el aire limpio y dulce—. Tengo que hacer un recado. ¿Te quedas con él?

—Por supuesto.

—Gracias —dije, y fui prácticamente corriendo hacia mi coche.

—¡Cielo! —me gritó—, no tienes por qué hacer esto, cuidarlo tú sola. No sabía que estaba así. Lo has cuidado tan bien... Pero ahora estoy yo, y no voy a dejarte sola, ¿entendido?

—Es mi padre —contesté, encogiéndome de hombros.

—Y mi hermano pequeño. Fue responsabilidad mía mucho antes que tuya. No dejes que las decisiones de tu padre te impidan vivir tu vida, ¿me oyes? No voy a tolerarlo, y tu madre tampoco lo querría.

Asentí sin saber qué decir y me puse al volante.

Mi tía se despidió con la mano antes de meterse en casa y yo salí a la carretera, más que desesperada por ver a River.

A lo mejor él tenía razón.

A lo mejor si la tía Dawn lo presionaba, mi padre mejoraba, al menos lo suficiente para mudarse a Colorado.

A lo mejor bastaba con el invierno.

A lo mejor había algo más al borde del precipicio.

Aceleré por las carreteras secundarias que llevaban a su casa. Nunca había estado tanto tiempo sin hablar con él, salvo cuando acudía a algún incendio; tampoco habíamos tenido nunca una discusión tan grave.

Y, con todo, sabía que podía arreglarlo.

Él era River. Yo era Avery.

Así de sencillo.

Enfilé el camino de acceso a su casa, apagué el motor y eché a correr sin asegurarme siquiera de que la puerta del coche quedaba bien cerrada.

Zeus no ladraba, así que igual habían salido a correr.

Hurgué entre mis llaves, saqué la pequeñita de bronce que me había dado hacía años y abrí la puerta.

—¿River? He usado la... llave.

Me quedé sin aire al ver la casa completamente limpia y vacía.

Todo había desaparecido: los muebles, la vajilla, los cuencos de Zeus...

Aquella casa que tanto me gustaba se había convertido en un armazón hueco.

Sin saber cómo, conseguí moverme y llegar a la encimera de la cocina, donde había una pila de papeles, entre los que se encontraban un contrato de compraventa y una nota para Mindy Ruiz, la agente inmobiliaria.

Hola, Mindy:

Aquí te dejo el contrato de compraventa.

Perdona que haya tenido que irme tan rápido. Me pareció más lógico mandar todas mis cosas con las de Bishop. El suyo está debajo del mío.

Ya te llamaré desde mi número de teléfono nuevo cuando esté en Colorado, por si necesitas algo más.

Aquí están todas las llaves menos una, que la tiene Avery Claire. Deja que se la quede.

Cuando encuentres comprador, ya me encargo yo de que se cambien las cerraduras.

Gracias,

River Maldonado

Se había ido.

Se había ido de verdad.

«Porque yo se lo dije».

Me dejé caer de espaldas sobre el armarito y resbalé hasta el suelo. Llevándome las rodillas al pecho, por fin sucumbí a mis emociones y las dejé escapar de la jaula en la que las había encerrado.

Lo amaba.

Siempre había pensado que, si no lo reconocía, ese hecho no podría hacerme daño, pero me había hecho polvo de todas formas.

Daba igual que no se lo hubiera dicho a él, ni siquiera a mí misma; el amor seguía ahí, y el dolor era pura agonía.

Lo había tenido, lo había tocado, lo había querido.

Había tenido su corazón en mis manos y se lo había tirado a la cara.

Mis sollozos resonaron por la casa vacía hasta que mi cuerpo se quedó sin lágrimas.

Cuando me fui, ya era de noche.

Y estaba rota.



—Quiero mudarme a Colorado —me dijo Adeline mientras me ayudaba a cargar el lavaplatos.

—Tienen universidades muy buenas por allí. ¿Por qué no investigamos un poco? Solo faltan cinco años para eso —le dije, encajando otro vaso en la bandeja superior.

—Porque yo quiero irme ya.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Es que no podemos. Mira lo que ocurrió la última vez que me fui.

Habían pasado tres semanas desde la sobredosis de mi padre, dos desde que River se había mudado a Colorado, una desde que él había subido a Instagram una foto de su nueva casa con un texto que decía que había vuelto a su hogar, Legacy, definitivamente.

—¿Y mi cerveza? —bramó mi padre desde el salón.

—Papá lo hizo porque quiso —susurró Addy.

Cogí un vaso limpio del armarito, lo llené de agua con hielo y salí de la cocina sin contestar.

¿Cómo iba a entenderlo ella? Solo tenía trece años. Yo tenía dos años más cuando había muerto nuestra madre y ni siquiera entonces logré asimilarlo del todo.

—Aquí tienes —le dije a mi padre, poniendo el vaso a su alcance en la mesita de centro.

—¿Qué mierda es esa? —me espetó.

—Es agua. El médico dijo que nada de alcohol, ¿recuerdas?

Conté hasta diez mentalmente, recordándome que estaba hablando con un adicto.

—Me importa una mierda lo que haya dicho ese médico. Tráeme una cerveza antes de que vuelva tu tía de la tienda.

—No —contesté, negando con la cabeza.

—¡Adeline! —gritó, y oí a Addy paralizarse en la cocina; el agua seguía corriendo, pero ya no había ruido de platos.

—No he renunciado a todas las cosas buenas de mi vida para que tú te quedes ahí tirado y te mueras de una borrachera —le dije con calma.

—¡Tráeme la puta cerveza! ¿Que tú has renunciado a todo lo bueno? ¿¡Qué sabrás tú!? ¿Porque has roto con un chico con el que llevabas saliendo cinco segundos? ¡Yo perdí a tu madre!

—¡Yo también! —chillé—. ¡No eres el único que la perdió!

Algo me pasó rozando la cabeza y se estampó contra la pared.

Al girarme, vi chorrear el agua hasta un charco de hielo y cristales rotos.

—¡Limpia eso! —me gritó.

—Límpialo tú —le solté, y me fui.

Con la respiración descontrolada, salí corriendo de casa y tomé varias bocanadas de aire fresco mientras me sentaba en los escalones de la entrada, sujetándome la cabeza con las manos.

Mi padre me había tirado un puto vaso. ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Iba a pegarme? ¿Iba a pegar a Addy?

El médico nos había advertido que, antes de mejorar, empeoraría; que ir quitándole poco a poco los analgésicos no iba a ser agradable. Pero aquello era un horror. Al final, iba a tener que mandar a Addy con alguna amiga un mes o algo así.

Se abrió la puerta y oí gritos dentro mientras Adeline se sentaba conmigo en los escalones.

—Quiero mudarme ya mismo.

—Lo sé —contesté, pasándole el brazo por los hombros—, pero no podemos abandonarlo sin más.

—No vamos a abandonarlo, la tía Dawn está aquí. Ya se ha ofrecido a cuidarlo y, seamos realistas: ella es la única a la que aún le tiene un poquito de respeto.

—Ahí llevas razón, pero sigue siendo nuestro padre.

—Nunca nos perdonará la muerte de mamá —susurró Addy.

Iba a decirle que eso no era cierto, pero me había prometido no mentirle nunca, así que guardé silencio.

—¿Avery?

—¿Sí?

—He hecho una cosa...

Me dio un vuelco el corazón.

—Vale, ¿qué has hecho?

—¿Sabes que tenía unos ahorros...?

—Sí.

Le fastidiaba que la obligase a ahorrar la mitad del dinero que le daba la familia por su cumpleaños.

—Me los gasté ayer.

Antes de que pudiera reprocharle que iba a necesitarlos para la universidad, desdobló un papel que se sacó del bolsillo trasero del pantalón y me lo dio.

Procurando que no me temblaran las manos, lo cogí.

Y me quedé a cuadros.

—¿Quieres que yo sea tu tutora legal?

Asintió.

—Aquí ya no pintamos nada, Avery. Tú me haces más de madre que él de padre. Con esto, podríamos...

—Mudarnos a Colorado sin él —susurré.

—Ser libres.

La abracé y, por primera vez en mi vida, consideré la posibilidad de abandonar a mi padre.



—¿Seguro que no te importa llevarlo a esa cita? —le pregunté a la tía Dawn.

—Claro que no, Avery. Tú vete a trabajar y haz algo cuando salgas, ve al cine...

Hacía un mes que River se había marchado y yo no me había atrevido a salir más que al trabajo, a la compra o a llevar a Adeline a clase.

Del mismo modo que la casa de River se había convertido en un armazón vacío cuando él se había marchado, yo me estaba quedando hueca por dentro ahora que él ya no estaba.

Lo espiaba en Instagram como una demente, disfrutando de las fotos que hacía de Legacy, de las vistas que tenía cuando salía a correr o desde la terraza.

«En la que me dijo que me quería».

Pero, por más que me dolieran aquellas fotos, no era nada comparado con la pena que me había partido en dos el día que se vendió su casa.

Cuando fui a coger un tentempié antes de irme al trabajo, vi un folleto en la encimera de la cocina.

—LaVerna Lodge. ¿Qué es esto?

—Es un complejo de rehabilitación —contestó mi tía—. Quería que lo habláramos luego. Tal como estamos haciendo las cosas, tu padre no va a mejorar nada, y he pensado que igual necesitaba un poco más de rutina, de mano firme.

No había vuelto a tener otro arrebato, pero tampoco había recogido el vaso que había roto. Se había andado con cuidado con lo que decía, sobre todo cuando la tía Dawn estaba por allí.

A lo mejor Addy tenía razón y yo no era lo que papá necesitaba para recuperarse.

—¿Tú crees que es esto lo que necesita?

Mi tía me cogió las manos.

—Lo creo de veras. Y puedo pagarlo yo, no te preocupes. Pero me parece que ambos deberíais iros: él al centro de rehabilitación y tú con ese hombre al que quieres tantísimo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Ese barco ha zarpado.

—Pues ve tras él —me dijo con ternura—. Tienes toda la vida por delante. Deja que tu padre se ponga bueno. Ahora mismo no te merece y necesitas reconocer que no es responsabilidad tuya, por mucho que te empeñes en defender lo contrario.

«No lo cuentes nunca, Avery. No digas nada». Mirando de reojo el folleto, recordé las palabras de mi madre.

—Se va a negar. Su adicción... es algo que jamás reconocería en público.

—Ese barco sí que ha zarpado, cariño. La ambulancia y la estancia en el hospital lo delataron descaradamente. La verdad, todavía no puedo entender por qué no acudiste a mí antes.

—Yo... Él... —farfullé—. Lo hice por mamá, porque tenía miedo de que, si me iba o llamaba la atención sobre lo que ocurría, el sistema me quitara a Addy. Ella era muy pequeña y yo aún iba al instituto.

—Pero ya no. Serías una tutora legal más que adecuada... si quisieras. Me tienes aquí. No voy a irme a ninguna parte, y si quieres marcharte, puedo ocuparme yo de tu hermana. En cualquier caso, a tu padre hay que meterlo en un centro especializado.

Asentí. Tenía razón en todo.

De pronto, el miedo que me había obligado a cubrirle las espaldas todos aquellos años me abandonó.

—Igual puedo hablarlo con él. —Eché un vistazo rápido al móvil y supe que, en cuestión de media hora, tendría que irme corriendo al trabajo—. Voy a arreglarme un poco primero.



Diez minutos después, iba para el salón cuando oí que mi tía estaba hablando con Adeline, y me detuve delante de la puerta para escuchar lo que decían.

—Tienen un programa de Derecho estupendo, y el campus es una preciosidad —dijo Addy.

—Seguro que sí, cielo. Estoy muy orgullosa de ti por ser tan previsora. ¿Has mirado algún sitio de por aquí? —le preguntó la tía Dawn.

Mi padre intentó incorporarse y la tía Dawn lo ayudó, encajándole un cojín detrás de la espalda. Addy se humedeció los labios, nerviosa, y miró un segundo a nuestro padre antes de contestar.

—La verdad es que no. Creo que mi sitio está allí. Colorado me llama.

Me hizo sonreír la ilusión con que lo decía, la forma en que su mundo parecía ensancharse y dar cabida a cualquier cosa. Además, tenía la determinación necesaria para conseguirlo. Cuando Adeline se proponía algo, era cosa hecha.

—¿Y Avery? —preguntó mi padre con unos ojos tiernos que solo le había visto cuando quería algo.

Me recorrió un escalofrío.

—¿Avery qué? —dijo Adeline con cautela—. A ella le encanta Colorado.

—Sí, pero no se irá de aquí. Este es su hogar, y el tuyo también, solo que entiendo que tú quieras echar a volar. Este pueblo no es para todos, ¿no?

—No —contestó ella, mirándose las manos.

—Supongo... —Mi padre negó con la cabeza y yo me acerqué un poco más a la puerta.

—¿Qué? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Supongo que nunca me pareciste de esas chicas que abandonan a su familia.

«Venga, no me jodas».

—No es eso lo que va a... —terció tía Dawn, pero el daño ya estaba hecho.

Vi a Addy abatida.

—No me lo había planteado así.

—Fijo que Avery sí —dijo él cogiéndole la mano—. No sé qué hará ella sin ti.

Me vinieron de pronto a la cabeza todas las veces que me había dicho a mí esas mismas palabras, y el recuerdo trajo consigo una clase de rabia intensa que no había vuelto a sentir desde la muerte de mi madre.

No era la familia lo que le importaba. De haber sido así, se habría contentado con que yo me quedara allí para cuidarlo y habría dejado

que Adeline se fuera. No, lo suyo era una cuestión de control.

Y yo se lo iba a arrebatar.

Fui a la consola de la entrada y saqué con calma el papel doblado de Adeline, agarré un boli y entré en el salón, donde la tía Dawn me siguió con la mirada, intrigada.

—¿Avery?

La ignoré y fui directa a mi padre.

—Quita, Addy —le dije a mi hermana.

Ella se apartó sobresaltada. Ni la miré, me centré completamente en el hombre que me había culpado de su desgracia desde que yo tenía quince años.

—Firma —le ordené, pasándole el papel y el boli.

—¿Qué? —resopló antes de desdoblarlo—. Ni de coña voy a firmar esto.

—Por supuesto que vas a firmarlo —dije—. Me llevo a Adeline a Colorado. Mi hermana va a tener una vida. Va a pasar allí su adolescencia y, cuando sea mayor, será lo que le apetezca ser. No se quedará aquí bajo tu supervisión para que la obligues a encerrarse en esta casa haciéndola sentirse culpable. Me niego. Firma el puto papel.

—¿Te has vuelto loca, niña? —me espetó—. Es mi hija. ¿Quieres marcharte? Pues vete. Nadie te lo impide. Que te vaya bien. Pero ella se queda —sentenció señalándola con el boli.

Me senté en el sillón y me incliné para que solo me oyera él.

—O firmas el papel o le cuento por qué murió nuestra madre en realidad. —Se tensó—. Conducías colocado. Dile a quien quieras que tu adicción es fruto del accidente, pero yo soy lo bastante mayor para acordarme. Estábamos en casa de la abuela porque mamá necesitaba desintoxicarte antes de que tus compañeros polis se dieran cuenta de en qué te habías convertido. Lo sé porque no era ninguna cría cuando pasó, papá. La oí hablar por teléfono. Sabía cómo iba todo eso de las drogas.

—No te atreverás —me susurró aterrado.

—Me atreveré. Por Adeline. Repróchanos todo lo que quieras que hayamos nacido, pero tú ya eras un adicto mucho antes de aquel accidente. Y sé que la única razón por la que no fuiste a la cárcel es

que estabas en el cuerpo y tu compañero creyó que perder a mamá te cambiaría. No quiso que te apartaran de nosotras.

—Avery...

—Te odiaba, pero también agradecía que siguieras vivo.

—Por favor, no...

—Solo que ya no me siento así. No me cuesta nada escribir un reportaje completo para el periódico. Igual no me cree nadie, pero me da que sí lo harán, incluida Adeline. Firma el documento, papá. Libérala, ponte bueno y luego vente con nosotras, y ya veremos si podemos llegar a reparar lo que tú has estado destruyendo sistemáticamente. Pero, por ahora, ¡firma el puto papel!

Con un simple giro de su muñeca, Adeline quedó libre.

Y yo también.

13

RIVER

Al terminar de correr, el corazón me latía a toda velocidad.

¿Cuándo iba a acostumbrarme a aquella puñetera altitud?

Había salido a entrenar todos los días durante las cinco últimas semanas y aún me parecía que necesitaba un trasplante de pulmón a los seis kilómetros.

—Qué vergüenza, Zeus —le dije al perro al llegar a los escalones de casa.

Él respondió con una mueca de exasperación y se tumbó mientras yo estiraba los cuádriceps.

Miré de reojo los parterres que había montado el fin de semana anterior y me pregunté qué habría plantado Avery allí. ¿Habría querido otro alrededor del buzón que acababa de instalar?

¿Qué más daba ya?

Cerré los ojos para defenderme de la avalancha de tristeza que sabía que se me venía encima. Cada vez que pensaba en ella, sentía una punzada de dolor donde antes tenía el corazón.

Chasqué la lengua y Zeus se levantó de un brinco y me siguió adentro.

Se habían llevado todos los muebles que no me gustaban, pero me daba muchísima pereza elegir otros. Había donado casi todo lo que me había traído de Alaska. Sencillamente no encajaba allí. Era demasiado... Avery.

De la casa nueva me había quedado con la cama, eso sí. No había sido capaz de deshacerme del único sitio en el que había dormido a su lado, en el que le había hecho el amor.

A lo mejor tendría que haberle dicho a Bash que prefería vivir en otro sitio, en uno donde ella no hubiera estado, pero ya se había cabreado bastante por que me empeñara en pagarle. Claro que a mí eso no me importaba: no iba a vivir en una vivienda regalada, por mucha bonificación que fuera.

Quizá habría sido mejor escoger otra casa, una en la que no la viera sonreír, gemir de placer ni arquearse bajo mi cuerpo...

Una en la que no la viera plantada en mi cocina.

Se me paró el corazón, me faltó el aire y el único músculo que moví fueron los párpados, en un intento de deshacerme de la visión de Avery delante de los fogones, preparando el desayuno.

Joder, habría dicho que era un espejismo de no ser por el olor a beicon y los ladridos de emoción de Zeus. El puto perro se convertía en un cachorrillo patético cuando ella estaba cerca..., igual que su dueño.

—Hola —dijo en voz baja, con la isla separándonos.

—Hola.

Se humedeció los labios, nerviosa, con el pelo alborotado por los hombros, un pelo en el que yo estaba desesperado por enterrar las manos.

—He entrado con mi llave.

—Por fin. Solo he tenido que mudarme a cinco mil kilómetros de distancia para conseguirlo.

Se me habían congelado los pies. A pesar de lo mucho que deseaba moverme, acercarme a ella, no me obedecían.

Avery se obligó a sonreír y fue lo más bonito que había visto desde que había sonreído allí mismo hacía seis semanas.

—A veces soy un poco lenta.

—Los caracoles son más rápidos —coincidí.

—Pero he venido —dijo retorciendo nerviosa la espátula que sostenía en la mano.

—Ya veo —contesté.

«¿Por qué?».

Por primera vez, me daba miedo hacerle una pregunta. Temía que solo estuviera de visita, que solo buscara conservar mi amistad cuando yo la quería tantísimo que me dolía.

Avery tragó saliva, sacó el resto del beicon de la sartén y la apartó del fuego.

—Pensaba que igual había llegado demasiado tarde —dijo mirándome mientras rodeaba la isla. Llevaba un vestido veraniego de tirantes de color azul claro, a juego con sus ojos—. No sabía si habrías pasado página, que tampoco estás para hacerte ascos...

La miré extrañado, intentando decidir qué decirle para que no volviese corriendo a Alaska. Antes de que pudiera contestar, Avery habló de nuevo.

—Me ha traído Harper. Se ha llevado a Adeline al instituto, a por los papeles de la matrícula.

Mi corazón volvió a su sitio y corrió vida de nuevo por mis venas.

Se mudaba a Colorado.

Había traído a Adeline.

Iba a quedarse.

—Y, cuando me ha dejado en la puerta —siguió—, me ha entrado pánico al pensar que pudiera haber otra mujer aquí..., ya sabes, porque fui tonta del culo dejándote marchar.

Di un paso adelante, pero ella levantó una mano y retrocedió, negando con la cabeza.

—No, ya te lo dije una vez. Si me tocas, no puedo pensar.

Conseguí, con enorme esfuerzo, no moverme de donde estaba.

—Pero entonces, al bajar del coche, he visto los parterres —susurró, y me regaló una sonrisa tan grande que le iluminó la cara entera—. Y luego he visto el columpio que has puesto en el porche y lo he sabido.

—¿El qué? —le pregunté, porque necesitaba oírselo decir.

—Que no habías pasado página, que esta seguía siendo nuestra casa, aunque yo te hubiera rechazado. Que aún me querías.

Casi me dio la risa. Casi.

—Hace siete años que te quiero. Me costaría bastante más de un mes dejar de hacerlo. Como siete eternidades, más o menos.

Su pecho subía y bajaba rápidamente mientras se esforzaba por mantener el control.

—Menos mal —repuso con la voz quebrada—, porque yo estoy tan enamorada de ti que no sé qué haría si dejaras de quererme.

En tres pasos la tenía entre mis brazos, con mi boca fundida en la suya.

El beso fue desesperado, voraz, con una intensidad que no pretendía, pero que estaba ahí de todas formas.

La cogí en brazos y ella me enroscó las piernas a la cintura, clavándome los pies desnudos en la espalda mientras la llevaba a la encimera y la sentaba encima.

—Joder, te he echado tanto de menos... —le dije mientras le besaba el cuello, el relieve de los pechos que asomaba por la tela.

—River... —gimió, agarrándome fuerte del pelo. En mi vida había oído un sonido más hermoso—, que así no puedo pensar.

—Mejor —contesté metiéndole la mano por debajo del vestido para acariciarle el muslo—, porque dejé que pensaras demasiado y mira lo que pasó. A partir de ahora, nada de cabeza, todo corazón —propuse, llevándole la mano al pecho.

—¿Qué te dice el tuyo?

Sonreí y me inundó la alegría por dentro de una forma que había pensado que no volvería a sentir.

—Que voy a quererte hasta que me muera.

—Muy bien —dijo—. Pues ya puedes darte prisa, porque tienes como una hora antes de que vuelva Addy.

—Qué maravilla vivir con una cría —reí, besándola mientras pasaba los dedos por el borde de su ropa interior—. No me he duchado.

—Me da exactamente lo mismo —contestó quitándome la camiseta y gimiendo cuando me abrí paso hasta su clítoris—. Tú no pares.

—Por eso no sufras —dije—. No he pensado más que en ti desde que me fui de Alaska.

Le quité las bragas y me bajé los pantalones hasta los tobillos, arrastrándola hacia el borde de la encimera, con la mente puesta en hacerle el amor hasta que no se le volviera a ocurrir dejarme otra vez, y luego en seguir hasta que accediera a casarse conmigo.

—Mierda, tengo los condones arriba.

—Estoy tomando anticonceptivos —contestó sin aliento mientras pegaba sus labios a los míos—. Ya, River.

Levantándole el vestido hasta la cintura, la penetré hasta el fondo.

«¡Joooder!».

—No me imaginaba —le dije entre besos— que fuéramos a acoplarnos tan bien.

Meció las caderas contra mi cuerpo, clavándome los talones en el culo a modo de anclaje.

Gemí y renuncié a seguir hablando. Me serví de mi cuerpo para decirle todo lo que quería.

Cada embestida era una promesa de amor; cada beso, una súplica de que no volviera a dejarme nunca.

Con cada gemido de sus labios, ella me decía lo mucho que me había echado de menos; con cada arañazo de sus uñas, que ansiaba aquello tanto como yo.

La agarré de las caderas y me arrimé más a ella, cambiando un poco el ángulo para acertar donde sabía que la haría contorsionarse.

—Sí, River, sí —canturreó mi nombre mientras le acariciaba el clítoris y la besaba apasionadamente, metiéndole la lengua en la boca al ritmo de nuestras embestidas.

Estaba derretida, vertiéndose sobre mí, encendiéndome mientras yo la asaltaba una y otra vez, sin darle un respiro.

Se tensó alrededor de mi erección y sus gemidos se hicieron más fuertes, su respiración, más entrecortada y, luego, contenida, mientras se deshacía en mis brazos y se arqueaba contra mi cuerpo.

No pude reprimirme y el orgasmo me recorrió entero, haciendo pedazos todo lo que era y reconvirtiéndome en el hombre de Avery, nada más.

Fue perfecto.

Ella era perfecta.

Mientras jadeábamos, me acarició el pelo y yo le besé el cuello.

—Guau —dijo, y me recordó la primera vez que había visto nuestra casa.

—¿No sabes decir otra cosa? —le pregunté riendo.

—¿Se te ocurre algo mejor? —respondió con una sonrisa mientras yo me apartaba para mirarla a los ojos.

Estaba guapísima, con los labios inflamados de mis besos y el pelo revuelto por mis manos.

—Sí. —Intrigada, enarcó una ceja—. Bienvenida a casa, Avery.

Epílogo

Avery

Dos años después

—Os quiero aquí a medianoche, ¿entendido? —dijo River en voz baja y amenazadora.

—S-sí, señor —contestó el chaval, plantado en la entrada de nuestra casa.

—Me da igual que sea la fiesta de bienvenida o que pienses que esta va a ser tu noche, porque, como le pongas una mano encima sin que ella te lo pida expresamente, no van a encontrar tu cadáver.

El pobre palideció y yo tuve que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada mientras observaba a mi marido desde las escaleras.

—Sí, señor —contestó con un poco más de rotundidad esa vez.

—¿Llevas condones?

—¿C-cómo? —inquirió el chaval.

—¿Llevas? —bramó River.

—¿No, señor? —repuso el crío aterrado, mirando a todas partes como si alguien fuera a salvarlo.

—¿Porque no estás a favor del sexo seguro o porque tienes claro que esta noche no te vas a acercar a ella? —espetó River.

—Eeeh..., eeeh..., sí, estoy a favor del sexo seguro, solo que aún no he comprado ninguno —respondió el chico con vocecilla de pito.

—¿Aún? —contraatacó River.

—¡No pensaba estrenarme esta noche, señor!

—Buena respuesta. A la doce os quiero en casa o salgo a buscaros. Me crie aquí y conozco todos los rincones, y sé perfectamente dónde viven tus padres. ¿Entendido?

—Sí, señor.

El chico consiguió mantenerse erguido, algo que yo sabía que le otorgaba un poco más de respeto a ojos de River.

—Vale. Mientras quede claro, Devin...

—Queda claro, señor.

—¿Ha terminado ya de asustarlo? —me preguntó Addy, que bajaba las escaleras con un vestido de fiesta plateado, por la rodilla, que hacía parecer un ángel a mi hermanita.

—Eso creo. Igual deberías echarle un cable —propuse.

—¿Has hecho fotos suficientes?

Pensé en la treintena o así que tenía en la galería del móvil.

—Creo que sí. Ya le he mandado un par de ellas a papá y me ha dicho que estás preciosa. ¿Has encontrado el bolso?

—Sí, gracias.

Adeline me dio un abrazo.

—Te quiero. Ten cuidado. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

—Sí —contestó.

Luego se acercó a su acompañante, dándole primero un beso en la mejilla a River.

—Estoy de vuelta a medianoche, te lo prometo.

—Ajá —masculló él—. Te creo más capaz de saltarte la hora que a él.

—Sí, sí. Te quiero —le dijo, y ambos se fueron al baile.

Me acerqué a River por la espalda mientras él los espiaba por la ventana del salón.

—Le ha abierto la puerta del copiloto —dijo con aprobación.

En cuanto salieron a la carretera, me estrechó en sus brazos.

—Esa niña me va a matar, te lo juro.

—Se te da bien esto de ser padre —le dije, saboreando el contacto con su cuerpo.

Un año de matrimonio y aún no me había cansado de aquello.

Era la luna de miel más larga de la historia.

—¿Tú crees?

—Sí, y me alegra.

—¿Ah, sí? —preguntó.

—Sí, teniendo en cuenta que te va a tocar hacerlo desde el principio dentro de siete meses —respondí, y me mordí el labio inferior mientras observaba su reacción.

Me miró sorprendido.

—¿En serio? —susurró.

—Confirmado con el médico esta mañana —respondí con los ojos de pronto empañados.

Me miró maravillado.

—Un bebé.

—Nuestro bebé.

Me besó apasionadamente, con una mano protectora sobre mi vientre.

—Flipante. Sencillamente... perfecto.

Suspiré y cedí a su beso.

Aquella era la clase de felicidad que jamás había soñado alcanzar y, sin embargo, allí estaba, en abundancia, llenando todos los recovecos de mi corazón hasta casi hacerlo estallar.

River miró un segundo por la ventana y luego de nuevo a mí.

—Ay, Dios, ¿y si es niña?

Reí.

—¿Tan malo sería?

—Os conozco bien a las Claire. Voy a necesitar otra pistola.

—Sí, bueno, a ver la guerra que da una Maldonado.

Palideció.

—Igual necesito dos.

Volvió a besarme y yo me entregué a sus brazos, me perdí en su amor y en lo que nos prometía aquella eternidad juntos.

Mudarme allí y elegir una vida con River no solo me había liberado.

Me había llevado a casa.

Legacy. Donde todo es posible
Rebecca Yarros

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Ignite*

Diseño de la portada, Lidia Vilamajor
Imágenes de la portada, © Natali Brillianata / Shutterstock y © Swissmediavision / Getty Images

© Yarros Ink, Inc., 2016
Esta edición se publica mediante acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S. L. y The Fury Agency
Todos los derechos reservados

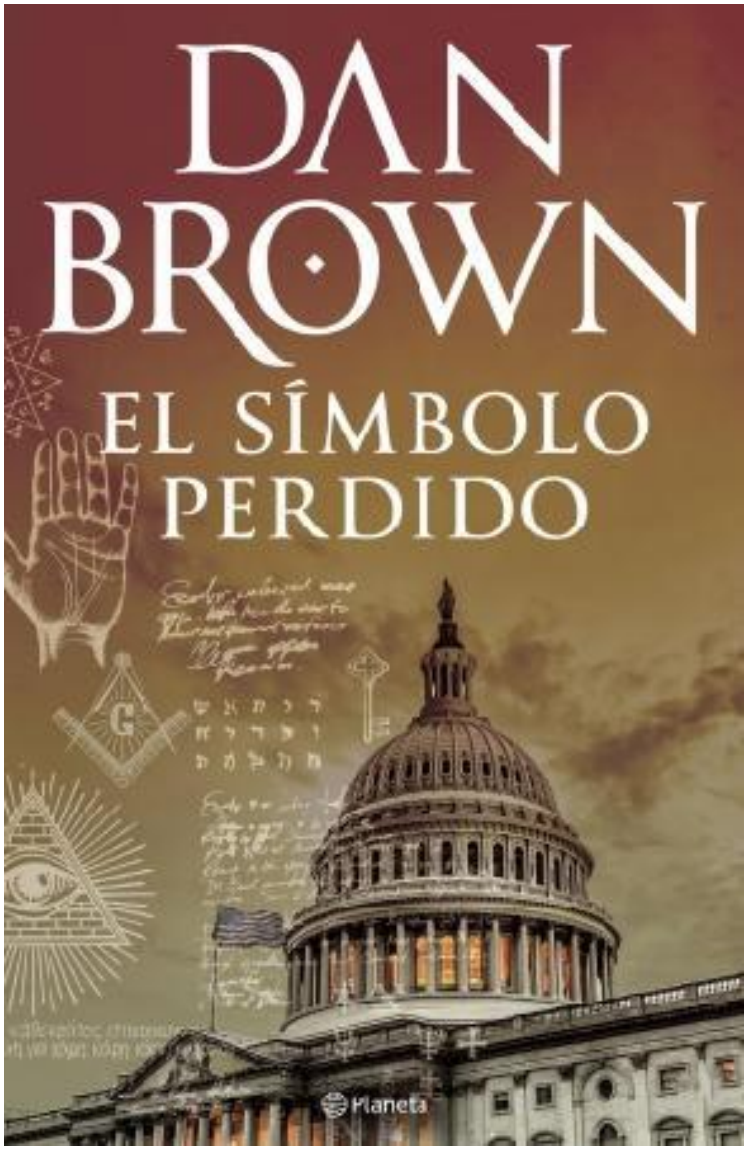
© de la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2026

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2026
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32294-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El símbolo perdido

Brown, Dan
9788408095613
736

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Washington. El experto en simbología Robert Langdon es convocado inesperadamente por Peter Solomon, masón, filántropo y su antiguo mentor, para dar una conferencia en el Capitolio. Pero el secuestro de Peter y el hallazgo de una mano tatuada con cinco enigmáticos símbolos cambian drásticamente el curso de los acontecimientos. Atrapado entre las exigencias de una mente perturbada y la investigación oficial, Langdon se ve inmerso en un mundo clandestino de secretos masónicos, historia oculta y escenarios nunca antes vistos, que parecen arrastrarlo hacia una sencilla pero inconcebible verdad.

Con la ayuda de Katherine Solomon, hermana de Peter y experta en ciencias neoéticas, Robert Langdon tiene doce horas para salvar a su amigo y, al mismo tiempo, evitar que uno de los secretos mejor guardados de nuestra historia caiga en manos equivocadas...

Dan Brown vuelve a retar a los lectores con una historia inteligente y de ritmo vertiginoso que ofrece sorpresas en cada página. *El símbolo perdido* es lo que los fans del autor estaban esperando: su novela más emocionante.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El mago (Serie La leyenda del hechicero 3)

Matharu, Taran
9788408177982
512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La habilidad de un joven para invocar demonios cambiará el destino de un imperio…
Tras el apasionante final de *La leyenda del hechicero. El guerrero*, que dejó sin aliento y con miles de incógnitas a sus lectores, nos reencontramos con Fletcher y sus amigos en el éter. Allí deberán emprender una búsqueda extremadamente peligrosa y mortal, mientras intentan evitar ser capturados por sus enemigos, cada vez más terroríficos. Pero esto no es nada comparado con lo que realmente le espera a Fletcher, ya que su némesis, Khan, el orco albino, está dispuesto a todo para destruir Hominum y todo aquello que Fletcher quiere.
Un desenlace lleno de batallas épicas, secretos y revelaciones…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sentir (Serie Again 3)

Kasten, Mona
9788408218401
480

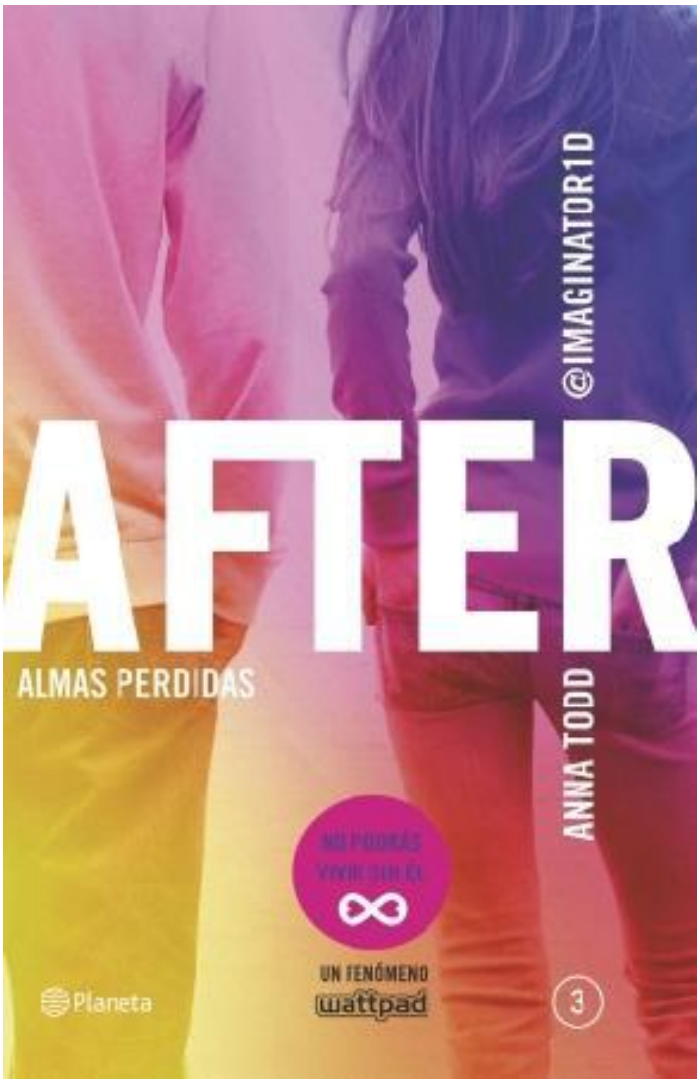
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sawyer e Isaac no podrían ser más diferentes. Ella es dura, desinhibida y aparentemente despiadada. Él es tímido, torpe y, con

sus gafas de nerd y su ropa friki, es un desastre con las chicas. Desde la muerte de sus padres, Sawyer siempre se las ha tenido que arreglar sola y nunca ha permitido que nadie se acerque a ella. Y nunca se habría fijado en Isaac, pero, cuando una noche unas chicas se burlan de él, Sawyer decide actuar: sin pensárselo dos veces, lo besa delante de todos. El plan parece funcionar tan bien que deciden hacer un trato: Sawyer ayudará a Isaac a deshacerse de su reputación de empollón, convirtiéndolo en un chico malo; a cambio, ella documentará el cambio y lo usará para su proyecto de fotografía.
Pero ese acuerdo, a primera vista inofensivo, lo cambiará todo: Sawyer volverá a sentir su corazón vibrar…

"Mona Kasten ha conseguido atraparme totalmente con su nueva historia, un *enemy-to-lovers* muy entretenido que te deja con ganas de más." BLUE JEANS

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



After. Almas perdidas (Serie After 3)

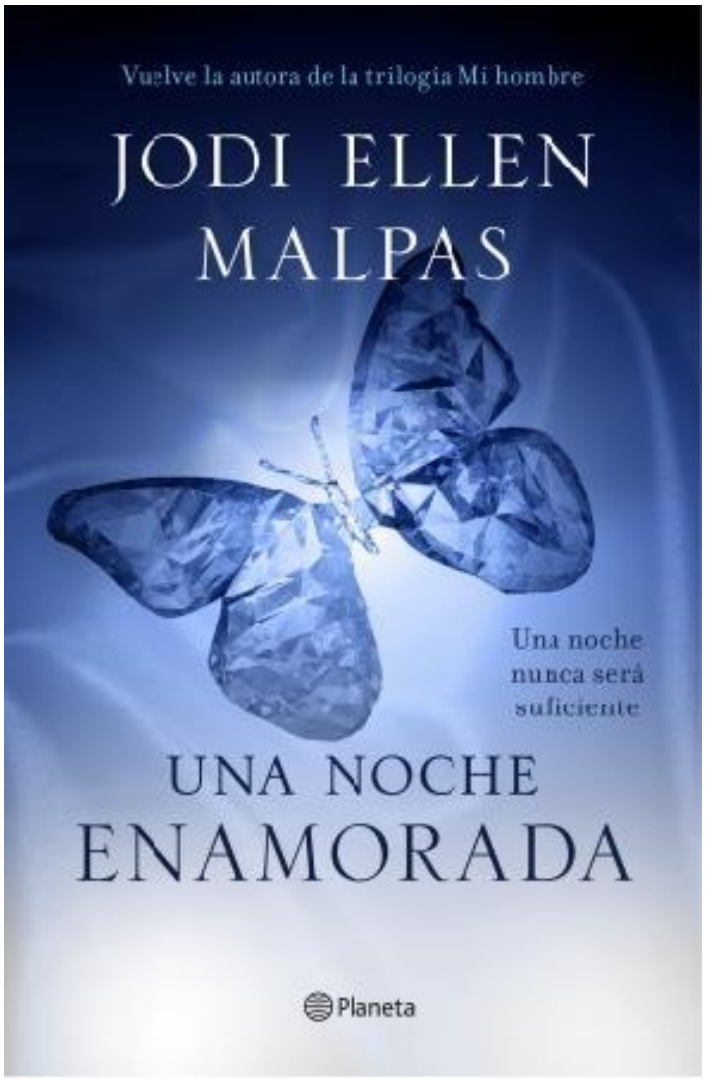
Todd, Anna
9788408137139
792

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia que nadie quiere que acabe y todo el mundo quiere vivir.

El amor de Tessa y Hardin ya ha sido complicado en otras ocasiones, pero ahora lo es más que nunca. Su vida no volverá a ser como antes…
Justo cuando Tessa toma la decisión más importante de su vida, todo cambia. Los secretos que salen a la luz sobre su familia, y también sobre la de Hardin ponen en duda su relación y su futuro juntos. La vida de Tessa empieza a desmontarse, nada es como ella creía que sería. Tessa sabe que Hardin la quiere y hará lo que sea para protegerla, pero existe una diferencia entre querer a alguien y poder vivir con esta persona. Ahora mismo, estas dos almas perdidas viven rodeadas de celos, odio y perdón. Tessa nunca ha sentido nada igual por nadie, pero empieza a cuestionarse si todo esto vale la pena. El amor bastaba para mantenerlos juntos, pero ahora ya no está claro lo que dictan sus corazones…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una noche. Enamorada

Malpas, Jodi Ellen
9788408137122
464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El desenlace de la historia entre Livy y Miller.
Livy nunca antes había conocido el puro deseo. El imponente Miller

la ha cautivado, la ha seducido y la adora de formas que nunca había experimentado; conoce sus pensamientos más íntimos y hace todo lo que ella le pide. Él hará cualquier cosa para mantenerla a salvo, aunque para ello tenga que poner en peligro su propia vida. Pero el oscuro pasado de Miller no es lo único que amenaza su futuro juntos… Cuando descubren la verdad sobre el legado de Livy, sale a la luz un inquietante y perturbador paralelismo entre pasado y presente que hace que el mundo de Livy, tal y como lo conoce, se tambalee. Pronto se verá atrapada entre una incontrolable pasión y una peligrosa obsesión que podría destruirlos a los dos…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
1. RIVER
2. AVERY
3. RIVER
4. AVERY
5. RIVER
6. AVERY
7. RIVER
8. AVERY
9. RIVER
10. AVERY
11. RIVER
12. AVERY
13. RIVER
Epílogo. Avery
Créditos